AÑO XV. MADRID. NÚM. 21.

CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En ESPAÑA, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Floridablanca, núm. 3.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Figuerola, A. Pita, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, Félix Pizueta, García Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Feliu, José Joaquin Ribó, Lopez García, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Labaila (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Sanmartin y Aguirre (D. José F.), Teodoro Llorente, Trueba, Torres Mena (D. J.), Varea, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

—

Revista general, por F.—*Minas de Almaden*, por D José Navarro Reigadas.—*Proceso de la Commune de Paris.—Suelto —Don José de La Luz y Caballero —Estudio biográfico*, por D. José María Prellezo —*Rectificacion del Sr. Castelar.—La inmortalidad del alma*, por D Juan Alonso y Guilaz.—*Joyas y alhajas, ó sea: su historia en relacion con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el dia. Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano, por D. J. F. y V.—Ataque al crédito*, por D J. F. B.—*Sesion de las Academias francesas. Discurso leido por M. E. Legouvé.— Estudios críticos sobre el Fausto de Goethe*, por D. Mariano Calavia.—*Ministerio de Ultramar.—Sueltos.—La vida del éoio* (poesía), por D. E. Sellés.—*Anuncios.*

LA AMÉRICA.
MADRID 13 DE NOVIEMBRE DE 1871.

REVISTA GENERAL.

Es utilísimo recurso, más de una vez empleado, cuando los negocios de la propia casa andan por tan extraviadas veredas que parecen lejos de salvacion, ó descansan tan largamente que no pueden inspirar cuidados, poner la vista sobre los ajenos; ya para buscar honrada compañía en la desgracia, ya para dar alimento á la curiosidad, estudiando sucesos que acaso no han debido interesarnos nunca.

No por esto solo, sino tambien por tener observado que siempre que se dá comienzo á una Revista con la política interior, acaban la Revista y la paciencia del lector sin que se haya podido atravesar la frontera, será bueno cambiar el órden generalmente seguido en la exposicion de hechos, y no tocar á los asuntos nacionales hasta el momento mismo del regreso.

Hablemos, pues, del extranjero.

I.

Torpe ha sido el que, confiado en la histórica alteza del carácter latino, pensara que la Francia iba á salir regenerada de su última lucha con los germanos. Está visto que no hay ni tremendos desastres, ni gloriosas caidas, capaces de curar á los pueblos que entregan su conciencia á toda suerte de devaneos, y fabrican con sus voluntades toda clase de tiranías.

Tras el azote de la guerra ha venido la tempestad revolucionaria, y Francia no ha hecho nada para combatirla, como no hizo nada para defenderse. Es decir; que así como los sentimientos populares no se juntaron para detener la marcha del invasor, así los intereses de las clases amenazadas no se han concertado para detener los progresos del socialismo.

En vano buscaremos allí eso que se llama conciencia pública; en vano se consultará la opinion de la prensa, ó se querrá por el carácter de los consejos generales, por la estructura de la Asamblea, por los principios del Gobierno, averiguar cuáles son los pareceres dominantes en Francia, y á qué lado se inclinará el poder cuando llegue la hora de resolver la interinidad.

Aquella Asamblea que ahora descansa de sus fatigosas y estériles discusiones, no tiene fuerza bastante ni en el país, ni en sí misma para dar soluciones definitivas á ningun problema. Tan gastada y tan sola está, que no han bastado á levantarla en la opinion pública las elecciones parciales no há mucho verificadas, con ser el resultado de estas en gran parte favorable á la república, y hostil al régimen imperial en absolto.

No se puede esperar nada de ella, ni de aquel Gobierno, republicano por el nombre, doctrinario por la conducta, orleanista por el abolengo, liberal que hace reformas de reaccionario, volteriano que hace oficios de católico.

Ni de las clases aristocráticas desacreditadas y divididas entre la córte del emperador, la córte de Enrique V y la córte de los Orleans; clases que no han tenido la menor participacion en ninguno de los progresos realizados en la época presente; que no ofrecen garantías de continuarlos, ni siquiera de conservarlos; que no traen ni sentimientos en el alma ni ideales en la mente.

No se confie tampoco en la clase media, hasta aquí fuerte y valiosa, que ahora huye de las murallas cuando se la llama á defender la integridad de la patria, y de los comicios cuando se le consulta para constituirla.

La interinidad solo se resolverá, en bien ó mal de la Francia, por el triunfo de las clases populares ó por la imposicion de una dictadura militar. Buena traza se dá el Gobierno para provocar á las primeras, disolviendo en todas partes la Guardia nacional; y no ménos trabajan para inclinar al segundo extremo los ánimos del ejército, las comisiones encargadas de apreciar si la graduacion de los oficiales es ó no proporcionada á sus servicios.

Pero no es esto lo que entretiene y divide el dictámen público, sino la forma que deberá darse al monumento que ha de atestiguar las victorias del ejército del Loire y los colores que deberán ponerse en el nuevo uniforme de las tropas.

Solo la familia Bonaparte aparenta atenderá los intereses nacionales, cuando no cuida más que de sus propios negocios,

El príncipe Napoleon, tan fecundo para escribir manifiestos como nuestro compatriota el marqués de Miraflores, ha publicado otro que revela claramente las intenciones del emperador, y concluye, como todos los anteriores, por una apelacion al sufragio universal.

Esta exigencia, que no debiera sorprender á nadie ni irritar á los que proclaman el gobierno del pueblo por el pueblo, ha sido mal recibida en la prensa.

Y en verdad que no hay motivo para tanto. Más valor que el voto de una Asamblea tiene el voto de una nacion; mejor que los representantes conocerán los representados cuáles son sus intereses.

¿Por qué no habia de apelarse al plebiscito, siempre que el llamamiento fuera sincero y la eleccion libre?

Si en los comicios renace el cesarismo, ó la monarquía conservadora, ó la monarquía teocrática, será porque la Francia no merezca vivir bajo otras manos, y porque el espíritu que invariablemente encamina la humanidad hácia su mejoramiento, no encuentra ya en Francia aquel cerebro abierto en otro tiempo á todas las grandes ideas, y aquel audaz carácter, dispuesto siempre á acometer por agena cuenta las más atrevidas empresas.

Mientras á tales riesgos se ven expuestos los franceses, Inglaterra dá soluciones, bien que no definitivas, al problema social.

La aristocracia y el comercio de este país, aunque más respetables y más ricos que en el nuestro, ni se amedrentan ni se desvanecen por la actitud de los obreros. Estudian sus necesidades, oyen sus exigencias, separan las que le parecen injustas de las que están motivadas en la dura condicion de aquella clase, y las atienden poniendo al mal remedios inmediatos. No ha muchos dias que millares de obreros reunidos en Stafford Road acordaron por unanimidad demandar disminucion de trabajo. Los industriales ingleses no han apelado al Gobierno para que resuelva sobre la demanda, ni han creido que merecieran correccion alguna los peticionarios: solo una condicion han propuesto; que la rebaja de horas no comience á regir hasta el próximo año.

Así, pues, desde 1.° de Enero, en ningun establecimiento industrial se trabajará más de nueve horas diarias. Los patronos que no quieran seguir el ejemplo, tendrán que cerrar sus fábricas. Pero no es posible que llegue este caso en un país que posee tan excelente sentido práctico.

En todas partes la cuestion presenta los mismos caractéres.

Desde Chemnitz, en la Sajonia, los fundidores de hierro, declarados en huelga, proclaman la union del proletariado, y esperan, no con la pasibilidad judáica, el dia de la redencion social. En Berlin se conciertan tambien los obreros para pedir como sus hermanos de Inglaterra, aumento en los jornales y disminucion de trabajo.

Tampoco será el Gobierno quien cuide de resolver allí la cuestion que tanto preocupa al nuestro, y tantos dias ha entretenido á la Cámara popular.

Los progresos del cisma, aunque poco ruidosos, son cada dia más seguros. Multiplícanse las asociaciones de católicos contrarias á la infalibilidad del Pontífice, y organizan manifestaciones personales ó escritas, encaminadas aquellas á proponer y estas á solicitar del Reichstag que se rompan las relaciones existentes aun entre Roma y el imperio, toda vez que la proclamacion del último dogma altera esencialmente la situacion religiosa de Alemania.

Seguro es que no contendrá el movimiento cismático la censura lanzada por el Papa en su última alocucion contra los que, apartándose miserablemente de la regla y comunion de la Iglesia, atacan con descaro, ya en libros llenos de errores y de todo género de mentiras, ya en sacrílegas asociaciones, la autoridad del Santo Concilio del Vaticano y las verdades de fe por él definidas y declaradas, y principalmente la suprema y plena potestad de jurisdiccion que el romano Pontífice, sucesor del bienaventurado Pedro, recibe por la voluntad de Dios, sobre toda la Iglesia, y tambien la prerogativa de infalibilidad que le distingue en el cumplimiento de su ministerio de doctor y pastor supremo de los fieles, para definir las verdades relativas á la fe y á las costumbres.

Los alemanes trabajan contra el poder espiritual, en tanto que los italianos completan la destruccion del temporal acordando la instalacion del Gobierno y la reapertura del Parlamento en la ciudad de Roma.

No porque puede inspirar cuidados el porvenir de Grecia, ni causa pesares la merecida suerte de este pueblo, sino por una rarísima coincidencia, más curiosa que interesante, hablaremos de él antes de volver á España.

El Gabinete Komoudouros ha dimitido á causa de la eleccion para la presidencia de la Cámara, en cuya eleccion ha sido derrotado el candidato ministerial.

Por muy inseguras que sean las mayorías, rara vez sucede en Grecia que al principio de una legislatura caiga el Gobierno por no contar con la confianza del Parlamento.

Generalmente hasta los dos ó tres meses, cuando ya han comenzado á desertar de la derecha los pretendientes desairados, el ministerio vive sin molestias y sin riesgo; con tal que no persiga activamente el brigandaje, protegido, aunque cueste trabajo creerlo, por muchos diputados, y deje á éstos entretenidos en escenas y recriminaciones de que pueden dar ligera idea nuestras sesiones de sábado.

II.

Y hablemos ahora de España, aun cuando solo sea para felicitarnos de que hayan terminado sin éxito, los manejos de reconciliacion progresista correspondientes á la última quincena.

Veinte dias á lo ménos ha empleado el Congreso en discutir si el Gobierno piensa bien ó mal acerca de lo que debe hacerse contra los internacionalistas, y hasta el momento anterior á la votacion nadie ha sabido que se trataba únicamente de resolver si el Sr. Candau conoce ó no el ideal de la sociedad cosmopolita, y si entiende de moral y de derecho lo bastante para pasar por buen ministro en una situacion de calamares.

F.

MINAS DE ALMADEN.

Deseoso de mejorar los sistemas de beneficio que hoy se siguen en el establecimiento nacional de las minas de Almaden, me consagré á estudiar las dos operaciones que aque los comprenden: 1.ª, la reduccion del mineral por la que se obtiene el vapor mercurial, y 2.ª la condensacion de dicho vapor. Para conseguir mi objeto, me valí de cuantas obras y medios he podido disponer y de los datos que prácticamente adquirí en dicho establecimiento, cuando serví en él como ingeniero nacional. Existiendo en mí la idea, de que mi trabajo pudiese ser de algun provecho al país como productor de tan precioso metal y no á ningun otro, ni á ningun particular, fué por que lo revestí del carácter inventivo; más no por que tratase de especular con él, sino por el honroso anhelo de resolver este difícil problema de la metalurgia.

A costa de algunos sacrificios, superiores á mis recursos, logré obtener en 14 de Agosto de 1870 la cédula de privilegio de invencion; y cuando ya tenia la propiedad de mi invento, en lugar de entregarme á la especulacion, cedíla para que se ensayase mi sistema en Almaden por cuenta del Estado, sin otra recompensa que la que éste quisiera darme si, efectuado dicho ensayo, ofrecia resultados más beneficiosos que los obtenidos por los que hoy se emplean.

I.

El beneficio de los minerales de Almaden, tal cual hoy se practica, abraza dos sistemas: el llamado de Bustamante, y el de Idria; en ambos la reduccion del mineral es periódica, y se efectúa empleando combustible vegetal con bastante agua, que se quema en hogares abiertos, colocados bajo una rejilla por la que entran las llamas de los gases combustibles en la masa mineral, así como el aire atmosférico, que convierte el azufre del mineral (sulfuro de mercurio) en ácido sulfuroso, produciéndose además el vapor mercurial.

La condensacion de dicho vapor se verifica en los hornos de Bustamante por medio de tubos de barro cocido, llamados aludeles, que se enchufan unos en otros, retapando las uniones con un barro crudo hecho con ceniza, y practicando en algunos de ellos pequeños orificios por donde, saliendo el azogue, corre por una canal existente en un plano inclinado, y se recoje en un depósito. Como se vé, el medio refrigerante empleado para la condensacion, es el aire atmosférico: éste hace que el vapor mercurial cambie de estado, pasando á ser líquido.

La condensacion por el sistema de Idria se verifica en una série de cámaras, á las que yendo á parar el vapor mercurial se condensa, sirviendo tambien como refrigerante el aire atmosférico, que enfria dichas cámaras exteriormente.

¿Son convenientes los sistemas citados, considerados científica y económicamente, para el beneficio de los minerales de azogue? Pregunta es esta á la que no yo, sino varios ingenieros, como se verá, han contestado ya, admitiendo que es necesario y conveniente modificar dichos sistemas con arreglo á los adelantos de la ciencia y á la economía industrial. Efectivamente. ¿Cómo puede admitirse en buenos principios científicos y económicos la reduccion periódica que se practica en Almaden con los minerales de azogue? ¿No es sabido que todo el tiempo que se pierde en un establecimiento industrial se deja de producir y es una pérdida segura? ¿Por qué cuando para la calcinacion de la cal, del carbonato de zinc, de hierro, etc., se emplea la operacion contínua, se ha de aplicar la periódica á los minerales de azogue? ¿Se puede negar que el tiempo que en Almaden se tarda en enfriar los hornos para la carga y descarga se pierde lastimosamente y se deja de producir? Se me podria objetar diciendo que no todos los minerales son lo mismo, que no á todos puede convenir la reduccion contínua, que está aplicada al cinabrio (sulfuro de mercurio), podria producir un enfriamiento en el horno ó una obstruccion siquiera momentánea, que, condensando una parte del vapor mercurial, le hiciese descender hasta el cenícero impropiamente dicho. Esta objecion, que en circunstancias determinadas podria ser fundada, no puede serlo cuando la altura de carga es la conveniente, existe suficiente tiro natural ó artificial ó ambos combinados; se parte el mineral en trozos de un tamaño conveniente para evitar las obstrucciones; se separa para la reduccion el combustible del mineral, á fin de evitar apegotamientos en la masa, como sucede en el sistema de M. Pellet, y por último, se produce la conveniente temperatura constantemente cerca de la rejilla del horno, de modo, que bastante antes de llegar el mercurio á ella, vuelva á evaporarse completamente.

¿Es conveniente económicamente, como sucede en Almaden, para la reduccion de los minerales de azogue, el empleo de un combustible vegetal que tiene por lo ménos un 20 por 100 de agua?

¿Aconseja la economía industrial que cuando se trata de reducir ó calcinar un mineral se empleen hogares abiertos? Dicho combustible, al cual se le puede dar un máximun de poder calorífico de 2.800 calorías, no es comparable con la hulla, cuyo poder medio es de 7.050, si toda ella se quema y de 3.000 si se aprovechan solo los gases combustibles, obteniendo coke. El combustible vegetal con un 20 por 100 de agua, que en Almaden no se quita por una conveniente desecacion prévia, sabido es que pierde una notable cantidad de su número de calorías en evaporar aquella, cuyo vapor para nada se aprovecha, sino en perjuicio de la destilacion.

El establecimiento de hogares abiertos, si bien es ménos inconveniente cuando se emplea hulla, es antieconómico con un combustible vegetal, porque una gran parte del calórico se pierde por irradiacion en la atmósfera, y otra en envaporar el agua que encierra el combustible; por estas razones la economía industrial y hasta el sentido comun rechazan el combustible vegetal.

¿Es conveniente, científico y económicamente, tratándose de la condensacion de un vapor, emplear el aire como medio refrigerante?

La ciencia, la economía industrial y la experiencia aconsejan que, siendo el poder refrigerante del agua quince veces mayor que el del aire, debe emplearse aquella y no éste para dicha condensacion. En un establecimiento industrial como Almaden, no debe emplearse el aire como medio refrigerante, porque solamente puede utilizarse en invierno, sino el agua, que es utilizable en todo tiempo y en todas estaciones, como dice muy acertadamente el señor de Monasterio en una Memoria, que sobre los ensayos del sistema de M. Pellet, practicados en Almaden, publicó en el año de 1870.

¿Es científico y económico, cuando se trata de conducir un gas ó un vapor, especialmente el mercurial, de una gran volatilidad y que se escapa al través de los cuerpos más compactos y homogéneos, emplear, como sucede en el sistema de Bustamante, una tubería de barro cocido, compuesta de varios tubos pequeños, enchufados unos en otros, retapadas las juntas con barro crudo y llena de agujeros? Al sistema de Bustamante nadie le quita su mérito de antigüedad; pero por esto, ¿hemos de conformarnos hoy con él, sin tratar de modificarle como nos enseñan los modernos adelantos de la ciencia? Comprendo muy bien que si se despreciasen las pérdidas de azogue ó se tratara de conducir un líquido, pudiera aplicarse dicha tubería tapando los agujeros; pero cuando se quieran evitar dichas pérdidas y condensar el vapor mercurial, no puede ni debe emplearse sino otra, formada de un cuerpo ménos poroso que el barro cocido, y cuyos trozos se unan herméticamente.

¿Es económico el sistema de condensacion del vapor mercurial por medio de cámaras, cuando, como en Almaden, están formadas de gruesos muros, y no están enfriadas exteriormente por medio del agua, sino del aire atmosférico? El vapor mercurial por este sistema se condensa por el poder refrigerante del aire atmosférico; pero, ¿cuál llegará á ser la temperatura de dichas cámaras, estando pasando por ellas constantemente una corriente de vapor mercurial y gases calientes, de los que el primero desprende un calor latente, y no enfriándose más que por la refrigeracion apenas sensible del ambiente, que tiene que atravesar muros tan gruesos? Muy crecida, y, por lo tanto, la condensacion no puede ser rápida y completa como se necesita.

II.

Para evitar todos los inconvenientes científicos y económicos que entrañan los sistemas de Bustamante é Idria, he ideado un nuevo sistema práctico, que ha merecido de un respetable tribunal el honroso título de invencion, con arreglo á la legislacion vigente de privilegios industriales. Dicho sistema, perfeccionado por mí posteriormente, se apoya en tres principios científico-prácticos de reconocida conveniencia industrial y que no desconoce la persona más torpe y ménos ilustrada, á no ser que obre de mala fe; dichos principios son:

1.° Reduccion de los minerales de azogue por medio del aire atmosférico, como agente desulfurante y las llamas de los gases combustibles de la hulla, cokizando ésta en vasos cerrados, en los que se hace entrar únicamente el aire atmosférico necesario para quemar completamente dichos gases, evitando la produccion de breas, etc.

2.° Condensacion del vapor mercurial por medio de dos tuberías de hierro compuestas de trozos de tubo de 1,70 metros de largo, 0,17 de espesor y 0,70 de diámetro interior; revestidos interiormente de un baño de porcelana, unidos herméticamente por conveniente número de hornillos y masticadas las juntas. Se sumerjen dichas tuberías en depósitos de agua fria, que se renueva constantemente por dos orificios, uno de entrada en la parte inferior y otro de salida en la superior. Para hacer más rápida y completa la condensacion, establezco á la cabeza de cada tubería dos cámaras de 40 á 50 metros cúbicos de capacidad cada una, y divididas en tres compartimentos.

3.° Dos chimeneas de conveniente altura con sus correspondientes registros, las que estableciendo un tiro natural, conducen el vapor mercurial á los aparatos condensatorios, haciendo que los demás gases y vapores salgan á la atmósfera por su vértice.

Reduccion de los minerales.

Para esta operacion, empleo un horno cuya forma es un prisma de base rectangular, de dos metros de ancho, cuatro de largo y cuatro de altura. Está recubierto con una bóveda rebajada y revestidas todas sus paredes interiores con una camisa de ladrillo refractario, construyendo la obra muerta de ladrillo ordinario en contacto del refractario, y el resto de mampostería ordinaria, reforzada con un fuerte engatillado y cadenas de sillares en las aristas exteriores.

Dicho horno tiene en su parte inferior una rejilla móvil horizontal para el sostenimiento del mineral, la que se apoya sobre fuertes barras de hierro forjado. Existen en su parte superior dos pequeños aparatos mecánicos, movidos á mano, para la carga del mineral, que se efectúa por medio de una fuerte válvula cónica de palastro, sobre la que existe una tolba del mismo metal; sirven además dichos aparatos para el movimiento de una plataforma, tambien de palastro, cuyo objeto es evitar, mientras se hace la carga, que pueda escaparse el vapor mercurial, que se recoje en una canal con agua.

Existe en el centro de dicho horno, hasta cierta altura, un muro-diafracma que tiene por objeto obligar las llamas que se reproducen en los hornos de cok á que se extiendan en toda la masa mineral.

El mineral calcinado se descarga por la rejilla, quitando sucesivamente algunas de sus barras, que se reponen cuando se ve que asoma la mitad ó los dos tercios superiores de la carga á medio calcinar: la descarga puede hacerse simultáneamente por los dos costados del horno. Por debajo de éste existe una bóveda subterránea, en la que se establece un ferro-carril, sobre el que se mueven wagones que reciben el mineral reducido y le conducen á los vaciaderos. En el cielo de dicha bóveda, y precisamente en la vertical de la rejilla, existen dos orificios de dimensiones convenientes, por los que entra el aire atmosférico necesario para convertir el azufre del mineral en ácido sulfuroso; próximamente al vértice del horno existen en las dos paredes laterales mayores dos orificios circulares de 70 centímetros de diámetro por los que pasan los gases y el vapor mercurial á los aparatos condensadores. El horno tiene por delante una puerta para la entrada y salida de los operarios que efectúan la descarga y una ventana que da luz al espacio existente entre dicha puerta y el punto de descarga.

Hornos de coke.

En los costados mayores del horno de reduccion, y haciendo parte de él, establezco dos hornos de coke de plaza rectangular y bóveda rebajada: recubro interiormente sus paredes de una camisa de ladrillo refractario, construyendo su obra muerta con materiales de la misma clase que los del horno de reduccion. Estos hornos son de dos puertas, colocadas en los lados menores de su base. En su cara interior ó de contacto con el de reduccion, se eleva un murete de 60 centímetros de ancho, por 80 de alto, formando puente á las llamas de los gases combustibles de la hulla, que pasan de dichos hornos al de reduccion por una série de aberturas de 20 á 30 centímetros de ancho, por 70 de alto. Entre la rejilla del horno de reduccion y la cara superior del puente-muro, existe una distancia de 30 á 40 centímetros.

Se efectúa la carga de la hulla en los hornos de coke por medio de wagones movibles sobre ferro-carriles establecidos en el suelo de dos bóvedas abiertas en la obra muerta del horno de reduccion; en dicho suelo existen dos tolbas inclinadas que comunican con los referidos hornos: wagones de válvula giratoria en su fondo, descargan la hulla por dichas tolbas en las plazas de los hornos.

La descarga del coke se verifica por un sistema mixto de Talabot y François. Una de las puertas de los hornos es una fuerte plancha de hierro movida verticalmente por una grúa móvil sobre un ferro-carril, y la otra la constituye una fuerte pieza de hierro que, movida por un aparato repeledor, saca del horno la masa de coke: sobre dicha pieza existe una pequeña puerta-registro para esparcir la hulla en la plaza y observar la marcha de la operacion. Orificios convenientemente distribuidos en la mampostería del horno y con las dimensiones *ad hoc*, permiten la entrada en los hornos de coke del aire atmosférico necesario para la combustion completa de los gases formados en la cokizacion de la hulla. Esta es menuda y grasa, ó mezclada con parte semi-grasa; pero las dimensiones, tanto de dichas plazas, como de las demás paredes de los hornos son las convenientes prácticamente para que, calentadas por la cokizacion contínua de la hulla, se verifique la combustion inicial de los gases, sin formacion de breas, en el momento que se descargue aquella en las plazas.

JOSE NAVARRO REIGADAS.

PROCESO DE LA COMMUNE DE PARÍS.

(Continuacion.)

Se procede al exámen de los testigos.

El Sr. Valentin, ordenanza en las oficinas del procurador de la república:

—Fuí encarcelado en los primeros dias de Mayo. No sé nada de lo que ha pasado.

—*P.* ¿Habitábais en el palacio de Justicia?

—*R.* Sí.

—*P.* ¿Qué dia fuísteis preso?

—*R.* El 8 de Mayo.

—*P.* ¿Por qué fuísteis preso?

—*R.* Jamás lo he sabido.

—*P.* Y vos, Ferré, ¿por qué fué arrestado el testigo?

Ferré.—No tengo qué contestar.

El testigo.—Cuando estos señores tomaron posesion del Palacio de Justicia se dieron prisa en despedir una parte del personal, encarcelando á los demás.

La Sra. Campagne, vecina del palacio de Justicia:

—Estaba en el palacio cuando prendieron fuego á la Prefectura. El 24 de Mayo, á las diez de la mañana, noté muchas idas y venidas en las habitaciones del prefecto. Ví cómo extendian pintura por las paredes y rasgaban el papel pintado que las cubria. Más tarde ví que en el centro de cada habitacion se hacian montones de papel, y me dije que sin duda querian quemar papeles.

Algunos instantes despues salian llamas por todas las ventanas; poco á poco todos los hombres abandonaron las habitaciones y bajaron al patio de la Prefectura, circulando por el de la Santa Capilla. Ví entre ellos á un hombre de baja estatura, que iba y venia; llevaba paletó grís y tenia abundante cabellera negra; además llevaba un fusil al hombro. He sido careada con un llamado Ferré; como no he visto jamás miembro alguno de la *Commune*, no pude reconocerle.

Habian embadurnado las puertas y las paredes de petróleo, de modo que en un instante las llamas salian por todos los lados. Bajé entonces á casa de Mme. Bertier, la portera, á quien informé de lo que estaba pasando, y convenimos en que seria prudente mudar de casa.

—*P.* ¿El individuo que llevaba paletó grís os pareció ejercer algun mando?

—*R.* Ya lo creo. Todo el mundo le obedecia, y él no hacia más que ir y venir de un lado para otro.

El Sr. Calford, cerrajero, habitante calle de Harlay.

—El 24 de Mayo, hácia las diez de la mañana, ví al ciudadano Ferré y cinco individuos más, cada uno con su fusil, subir la escalera de servicio de la Prefectura. Como me encontráran en mi taller me preguntaron: «¿Qué haceis aquí?» —«Ya lo veis, ciudadanos, trabajo en mi taller,» contesté.—«Pues bien, largáos pronto, porque todo esto vá á arder.»

Bajé entonces varios objetos al subterráneo. Por la noche ayudé á mi mujer á poner en salvo á la esposa de un ordenanza de la Prefectura que se habia escondido en el subterráneo. Ví entónces salir llamas de las ventanas del gabinete del procurador general, donde habia estado instalado el Sr. Rigault.

—*P.* ¿Con que el 24 de Mayo vísteis al ciudadano Ferré, quien os dijo: «Marcháos; se vá á prender fuego?»

—*R.* Sí, señor presidente.

El Sr. Comisario del Gobierno.—¿Que contestásteis á Ferré cuando os dijo que iba á prender fuego al edificio?

El Sr. Calford.—Le dije: «¡Cómo! ¡vais á prender fuego á este edificio? ¡Pero si tengo en él el mobiliario de mi madre y de mi cuñada!»

El Sr. Delarue, perito calígrafo, da cuenta del exámen hecho por él del documento que dice: «Mandad prender fuego á Hacienda, y venid á reuniros con nosotros,» sosteniendo que cree sinceramente ser escrito por el mismo Ferré. La letra es inclinada en sentido inverso y vacilante; pero se presenta firme y derecha en la firma. Está además completamente dentro de la lógica de la naturaleza y temperamento de M. Ferré.

Ferré pide á M. Delarue que le diga cómo ha encontrado en aquel documento las pruebas de su naturaleza y de su temperamento. «¿Dónde ha conocido el testigo mi naturaleza y mi temperamento?» El acusado niega rotundamente que el tal papel haya sido escrito por él.

El Sr. Delarue.—Lo que prueba que la letra está disfrazada, basta como un ejemplo de tantos señalar una letra, la letra R, que se encuentra hecha de tres maneras diferentes en el escrito en cuestion.

Este testigo entra en largas conside-

raciones y minuciosos detalles á fin de probar la autenticidad del documento atribuido á Ferré.

Ferré disputa las conclusiones del calígrafo y termina diciendo: «Sin embargo, este hombre no puede saber mejor que yo lo que he hecho, y afirmo que no he escrito semejante órden. Que se compare este documento con las órdenes que firmaba cada dia precipitadamente, como se dice que ésta lo ha sido, y estoy seguro que se reconocerá la verdad de mi aserto.

Ferré declara que no llamará testigo alguno de descargo, porque no quiere comprometer la libertad de muchos que podria citar.

M. Pijard, empleado en el tribunal de Casacion.—Estaba en el tribunal de Casacion cuando vinieron á tomar posesion del local para instalar allí á los jueces de la *Commune* y á M Raoul-Rigault.

Durante unos diez dias ví al detenido Ferré visitar frecuentemente el despacho de Rigault.

Ferré, sonriéndose.—¡Oh! El testigo me conoce desde hace mucho tiempo. Era empleado de M. Zangiacomi (1).

Pedro Rigeard, jefe de vigilantes en el depósito de la Prefectura de policía.—El 24 de Mayo, Ferré vino al depósito acompañado de Wurst, juez de instruccion, y de algunos guardias nacionales. Se dirigieron al gabinete de los jueces de instruccion. Examinaron el libro de entradas y salidas de los presos y formaron una lista de todos los que habian sido empleados ó agentes de policía del imperio. Mandaron comparecer á éstos y les interrogaron. De este modo fueron llamados unos nueve. El último fué un tal Veysset, á quien se acusaba de haber contribuido á la entrada de las tropas de Versalles.

—*P* ¿Cuándo salió Veysset?

—*R*. Salió el 24 por la noche de la prision con Ferré, que le habia mandado llamar. Acompañaban á Ferré M. Fonet, director del depósito, y Wurst, juez de instruccion, como tambien algunos guardias nacionales. Veysset no volvió á entrar. Supe más tarde que habia sido fusilado pocos momentos despues.

—*P*. ¿Estábais allí el dia del incendio?

—*R*. Sí. Despues de mi primer interrogatorio en la sumaria he sabido que Ferré, Sicart y Rigault habian preparado el incendio mandando subir petróleo al despacho del prefecto. Cuando todo estuvo preparado fueron en busca del comandante de la Prefectura para decirle que hiciera los preparativos de noche. Este les contestó: «Calláos, tontos; la ensalada ya está hecha; todo queda listo. Todo volará desde la Prefectura hasta las Casas Consistoriales, y lo que urje es largarse lo más pronto posible.»

El Sr. Comisario del Gobierno.—¿Estaban armados aquellos hombres?

El testigo.—Ferré llevaba una banda encarnada. Tenia un junco en la mano. Me acerqué á Ferré, y le dije: «Hay fuego aquí, en la Prefectura.»—¿Quién os lo ha dicho? preguntó Ferré.—«Los guardias nacionales,» contesté.—Pues bien, replicó Ferré; ¡los guardias nacionales son unos imbéciles! Además, ¿qué os importa eso, puesto que los edificios son abovedados?

Ferré, dirigiéndose al testigo.—Os podeis retirar.

Vergnerce, vigilante del depósito de la Prefectura de policía, dice que el 24 de Mayo, hácia las diez de la mañana, Ferré se presentó en el patio del depósito, donde habia 107 detenidos. Mandó llamá Veysset, antiguo *sergent de ville*. No hubo medio de poderlo salvar. Como Ferré insistiese en mandar salir al *sergent de ville*, uno de los vigilantes le dijo: «No puede ser que querais fusilar á un hombre así.» Ferré, por toda contestacion, dijo: «¡A otro!» El infeliz fué sacado del patio. Conozco al comandante del piquete de ejecucion; es un tal Greffier. El piquete y Ferré se dirigieron á la calle de Jerusalen, cerca del depósito. Pocos momentos despues supimos que Veysset habia sido fusilado y su cadáver arrojado al rio.

—*P*. ¿Estábais en la Prefectura de policía el 24 de Mayo en el momento del incendio? ¿Vísteis á alguien ir y venir á la Prefectura?

—*R*. Sí, era Ferré, que nos dijo: «Marchaos pronto; si no vais á arder.»

(1) *Zangiacomi*: uno de los jueces que siguieron en Blois el procedimiento contra Ferré, de que habla el informe fiscal.

—*P*. ¿No ha muerto nadie en el depósito?

—*R*. No; la prision estaba abierta.

Ferré.—¿Cómo estaba yo vestido?

El testigo.—Con paletó gris, pantalon negro y una banda encarnada; llevábais un baston en la mano.

El Sr. Comisario del Gobierno.—¿No vísteis á Ferré distribuir dinero?

El testigo.—Le ví poner dinero en la mano de los hombres que formaban el piquete de ejecucion que fusiló á Veysset.

—*P*. ¿Cuánto les dió?

—*R*. Eran monedas de plata; no me acuerdo ahora exactamente cuánto era.

El Sr. Comisario del Gobierno.—En la sumaria digísteis que eran monedas de á 5 francos.

Ferré.—Haré observar que este testigo declara, como lo hizo tambien el anterior, que yo no iba armado.

Otro vigilante del depósito.—Dice que el 24 de Mayo, á las ocho y media de la mañana, Ferré se presentó en el depósito para sacar á Veysset. Iba acompañado de un juez de instruccion, llamado Wurst, á quien dijo algunas palabras para que dispusiera la ejecucion de Veysset. Se lo llevaron al muelle de Orfévres. Ferré, que acompañaba al piquete de ejecucion, habló con Veysset.

—*P*. ¿Vísteis entregar dinero á los guardias?

—*R*. No.

El Sr. Comisario del Gobierno.—Habeis dicho que Ferré habló con Veysset, pero que no pudisteis oir toda la conversacion; sin embargo, oisteis algo. ¿En la sumaria digisteis que Ferré habia hecho ver un papel á Veysset?

—*R* Sí.

—*P*. ¿Quiénes formaban el piquete de ejecucion?

—*R*. Eran *Vengadores de Flourens*, con uniforme y banda roja.

—*P*. Habeis declarado lo siguiente en la sumaria: «Ferré me hizo seña de no adelantarme: Ferré tomó el hombre aparte. Veysset parecia abatido; Ferré le enseñó un papel, y despues de haberle indicado los hombres del piquete, le volvió las espaldas. Con un brusco ademán cortó la conferencia.» ¿Es esto verdad?

—*R*. Sí, señor presidente.

—*P*. ¿Hablásteis con uno de los hombres del piquete; ¿qué os dijo?

—*R*. Que Veysset habia abierto las puertas á las tropas de Versalles.

—*P*. ¿Reconocísteis á alguien en el piquete?

—*R*. Sí; un hombre alto, rubio, en mangas de camisa, mal vestido; llevaba en la mano un par de zapatos. No iba armado, y se lo llevaron con Veysset.

—*P*. Conociais bien á Ferré: ¿cómo iba vestido?

—*R*. Llebava un paletó grís.

—*P*. ¿Iba armado?

—*R*. No ví que llevase armas.

La señorita Margarita Parzi, vestida de negro y hablando con muy débil voz, dice que conocia á Veysset, *sergent de ville*. Fué conducida á la Prefectura el 13 de Mayo. Poco tiempo despues de su arresto, el *sergent de ville* fué preso tambien en Saint Ouen.

—*P*. ¿Conocíais al Sr. Veysset?

—*R*. Sí; fué arrestado mientras yo estaba en la cárcel.

—*P*. ¿Teniais una criada que se llamaba Antonieta?

—*R*. Sí.

—*P*. ¿Fué ella, segun habeis dicho en la sumaria, la causa de la prision de Veysset?

—*R*. No he dicho tal cosa.

—*P*. Bueno; se leerá vuestra declaracion. ¿Fuisteis presa el 15 de Mayo?

—*R*. Sí, un sábado por la noche, por guardias nacionales mandados, al parecer, por un hombre de pequeña estatura y moreno, que tenia una pistola en la mano. Veysset, que era *sergent de ville*, habia salido de Paris porque los guardias nacionales vigilaban la casa. Mi criada cometió la imprudencia de decir que M. Veysset iba á menudo á Versalles. Esto llegó á oidos de un federado, quien denunció á Veysset.

—*P*. ¿Salisteis de San Lázaro el 25 de Mayo?

—*R*. Sí, señor presidente; me dijeron entonces que un hombre habia denunciado Veysset á Ferré, y que éste lo habia mandado prender y fusilar. Cuando Veysset fué arrestado en Saint-Ouen llevaba unos 20 000 francos en oro y billetes de Banco.

—*P*. ¿Cómo? ¿En semejantes momentos viajaba con una cantidad tan considerable?

—*R*. ¡Oh! En aquellos momentos todo el mundo viajaba llevando encima cuanto poseia; ¡era tanto el miedo!

El abate Perrot, primer limosnero del Hospicio de Bicetre, preguntado por el *Sr. Presidente* si estaba en Bicetre cuando los dominicos de Arcueil fueron conducidos allí, dice:—Sí, estaba en el Hospicio cuando tuve noticia de la prision de varios sacerdotes y dominicos de Arcueil y encarcelamiento de los mismos en el fuerte de Bicetre.

—*P*. ¿Cuándo fueron conducidos al fuerte?

—*R*. En los últimos dias de Mayo. Estuvieron allí unos ocho dias. Trabajé para obtener su libertad. Pedí á Léo Millet que me los confiara, prometiéndole que respondia de ellos. Fueron sacados de allí el jueves, á las ocho de la mañana, pocos minutos antes de entrar las tropas de Versalles. Se les dijo que se les iba á poner en libertad. Además, M. Léo Millet habia prometido que los rehenes serian puestos en libertad el dia de la entrada de las tropas. Fuí á verle un dia á la Alcaldía. «Ahora debeis pensar en vuestra salvacion, le dije; devolvednos el arzobispo.» Léo Millet me contestó que lo que le pedia no estaba en su mano el poderlo hacer.

Ferré.—Esta declaracion se refiere á hechos que me son completamente agenos. No tengo, pues, nada que decir respecto de la misma.

El Sr. Rabut, comisario de policía de la Bolsa.—Hacia ya algunas semanas que estaba arrestado, y me hallaba en Mazas el 22 de Mayo por la mañana, cuando el guardian que hacia el servicio de mi celda, y que conocia ya de tiempo anterior, me dijo: «Las tropas han entrado esta noche. No teneis para mucho tiempo.» Otro empleado de la cárcel me dijo algunos momentos despues que nos iban á trasladar á la Roquette, al depósito de los condenados.

Me mandaron subir á un coche celular con un tal Deréste, que habia sido de la policía, y el Sr. Hébrard, sargento primero del 106.° batallon de la Guardia Nacional. Me llamó la atencion que en el patio de la cárcel de Mazas hubiese un gran número de carros de mudanza. Fué algo largo el camino, porque encontrábamos barricadas por todas partes, y solo adelantábamos con grande dificultad. Una vez en la Roquette se nos detuvo largo rato en una especie de corredor; despues se nos mandó subir al primer piso. Allí fuimos colocados en celdas sin luz, donde pasamos toda la tarde y noche en la más completa oscuridad.

Careciamos de todo. Al dia siguiente pedí un poco de agua, teniendo que suplicar al guardian que me comprase un cántaro en que ponerla. Este guardian nos dijo entonces una palabra poco consoladora: «¡Oh! no estareis aquí probablemente mañana, tal vez ni esta misma noche.» Aquella noche la pasamos en las más terribles angustias, como bien lo podeis suponer.

Habia allí un número considerable de prisioneros. Pude hablar con monseñor el arzobispo y con el presidente Bonjean, durante los paseos que nos permitian de dia en el patio de la cárcel.

Ocupaba la celda núm. 25, que mira hácia el camino de ronda. La noche del martes pasó sin novedad.

El dia siguiente, miércoles, se nos permitió aun el paseo. Tuve ocasion de hablar nuevamente con los pobres rehenes que debian terminar sus dias tan tristemente poco tiempo despues.

El dia 24 de Mayo, hácia las ocho de la noche, oimos abrir la reja y pasar hombres armados por el corredor, que lo atravesaban para bajar del lado opuesto. Instantes despues oimos abrir celdas y llamar en alta voz al arzobispo, al presidente Bonjean y á algunas personas más. Todos marcharon. Deberian seguir el mismo camino por el que habian venido los hombres armados.

Apenas habian pasado algunos minutos, oimos varias detonaciones sucesivas; mi vecino de celda, M. Becourt, me dijo: «Esto es fuego de fusilería.» En el piso superior, los detenidos que habia allí tambien supusieron que acababan de fusilar á los *gendarmes*. Pasamos aquella noche entre angustias que no son para contadas; estábamos convencidos de que habia llegado nuestra última hora.

Desde nuestra celda oimos cómo el director ó algun guardian exclamaba: «¡Qué horrible tarea nos impone la *Commune*!» Esta exclamacion no era de tal naturaleza que pudiese tranquilizar nuestros ánimos agitados.

Al dia siguiente supimos por un guardian que un tal M. Jecker habia salido del depósito y no habia regresado: lo habian fusilado. Quedaban, pues, explicados los pasos de hombres armados que habiamos oido durante la noche.

Los empleados habian extraviado las llaves de la reja del piso bajo y tuvieron que pasar por el primer piso.

El viernes por la mañana, el guardian nos dijo que ya no habria más ejecuciones, añadiendo que las del miércoles habian sido represalias contra la conducta del ejército de Versalles.

El empleado Langloin me dijo: «¡Tened buen ánimo, las tropas se acercan y muy probablemente os vereis en libertad hoy mismo!» Olvidábaseme decir que por la mañana varias bombas habian caido dentro de la cárcel, y habíamos oido acercarse el fuego de fusilería, lo que por momentos nos infundia alguna esperanza. Pero durante el dia la fusilería parecia alejarse. Oimos á un guardian llamar á los detenidos que no se encontraban al lado de nosotros. Esto nos tranquilizó algun tanto, pero no duró mucho. Serian las cinco de la tarde, cuando vino el mismo empleado con una lista de quince personas, de las que dos, esta vez, eran de los nuestros.

Pensábamos ya que se habian salvado, puesto que no habiamos oido detonacion alguna; pero supimos al dia siguiente que al pasar por la calle Laxon habian sido horriblemente maltratados por una plebe furiosa.

Aquel mismo dia un guardian nos dijo: «¡El ejército de Versalles avanza de veras esta vez hácia nosotros; creo que nos hemos salvado! Lo que más nos confirmó en esta opinion fué ver al director dejar su uniforme para vestir un traje más oscuro.

Ferré, arrojado de la alcaldía del 11.° distrito, se habia refugiado aquel dia en la cárcel. Como tiene fama de cruel y feroz, su presencia nos infundió sérios temores.

No quedamos poco sorprendidos al ver bajar los criminales detenidos en el depósito, armados unos con hachas, otros con martillos, barras de hierro, etc. Además, ya no llevaban la chaqueta de condenados. Estos hombres se desparramaron por el patio, y despues por la calle, gritando: «¡Viva la Comun! ¡Viva la libertad!»

Mi vecino de celda M. Becourt y yo tuvimos la misma idea, la de que el director queria simplemente hacernos matar por los condenados. Así, cuando poco rato despues se nos dijo que estábamos libres y podiamos marcharnos, pregunté al guardian Langleoin: «¿No es una celada que se nos quiere tender?» A lo que me contestó tan solo: «¡Despachad, no perdais tiempo!» Esta contestacion, lo confieso, en lugar de tranquilizarnos, aumentó nuestros temores.

Al pasar por delante del despacho, el farmacéutico me dijo: «¿Cómo? ¡Todavía estais aquí! Escapad pronto; no os sobra tiempo alguno.» Pensé que si seguia la calle de la Roquette podria encontrar gentes mal intencionadas y que seria una imprudencia.

Entonces dí la vuelta á la cárcel por las calles estrechas. Por algun tiempo nadie hizo caso de mí; los hombres no estaban en las barricadas, estaban en las tabernas. Cuando llegué al *boulevard* del Príncipe Eugenio, encontré un guardia nacional que cruzó la bayoneta delante de mí y me preguntó quién era y á dónde iba. Como llevaba entonces toda la barba, mi cara no debia inspirar mucha confianza; además, mi traje estaba roto y súcio por todos lados; contesté, pues, que era un condenado que me habia escapado de la cárcel de la Roquette, y que me perseguian. Una mujer que se hallaba cerca del guardia me miró un buen rato y exclamó: «Sí, es uno de los buenos, dejadle pasar.»

Por fin llegué á la plaza del Príncipe Eugenio. Allí me dieron la voz de «alto;» miré, y ví á un joven, capitan de infantería que me preguntó qué hacia por allí.

Le expliqué mi historia. Tuvo la ama-

bilidad de darme un cabo para acompañarme, á peticion mia, hasta los edificios de asistencia pública en la plaza del *Hotel de Ville*, donde habia mucha gente ocupada, procurando salvar papeles. Encontré allí á un jefe de oficina que respondió de mí y dió un papel firmado al cabo haciendo constar que habia sido reconocido.

Ferré.—Tengo tan solo que decir que esta declaracion, lo mismo que la precedente, no tienen relacion alguna con mi persona. No tengo, pues, ninguna observacion que hacer.

Se suspende la sesion, por un cuarto de hora, á las tres de la tarde.

Abrióse de nuevo la audiencia á las tres y media.

El Sr. Comisario del Gobierno dijo:—El señor abate Perrot ha olvidado algunos hechos en su declaracion, y por lo mismo pide ser interrogado nuevamente, por lo que ruego al Consejo que se digne hacerle llamar. Encontróse en el Hotel de Ville, en donde un miembro de la *Commune* le anunció los próximos desastres de París.

El abate Perrot, oido nuevamente, refiere, accediendo á la pregunta del señor Presidente, lo que pudo averiguar cuantas veces estuvo en el Hotel de Ville.

El testigo, para servirnos de sus propias expresiones, reclamaba en nombre de la libertad de conciencia, en nombre de la libertad de cultos, el permiso de penetrar hasta el sitio donde su obispo estaba preso. Con este objeto fué al Hotel de Ville para verse con el ciudadano Protot.

En una de las conversaciones que sostuvo el primer dia de sus gestiones, uno de los delegados de la *Commune* le dijo: «No queremos hoy conciliacion de ningun género, ni la aceptaríamos aunque el Gobierno de Versalles nos brindase con lo mismo que queremos.»

Al dia siguiente, persistiendo en sus gestiones, el testigo aguardaba en una de las salas del Hotel de Ville, cuando un miembro de la *Commune* se le acercó, y mirándole con arrogancia, le preguntó groseramente: «¿Cómo habeis entrado aquí?—Por la puerta.—¿Qué haceis aquí?—Espero.—¿A quién?—A uno de vuestros colegas.—¿Para qué?—Para hablarle.—¿Qué le quereis decir?—¡Ah! esto es asunto mio, que no atañe más que á él y á mí mismo.»

Poco satisfecho estaba de mis respuestas, y en el curso de este diálogo, lamentándose de la suerte de los defensores de la *Commune*, contestó á mis observaciones: «Versalles no entrará nunca en París, y si lo lograse, entraria solo sobre un monton de ruinas, ya que nosotros todo lo volaríamos.»

Otra vez que estuve en las Casas Consistoriales presencié el ajuste de un contrato entre la *Commune* y un americano que ofrecia diez millones de francos por los objetos de arte de los Museos.

El testigo sigue refiriendo en seguida cómo fué á Mazas y los pasos que dió para tener acceso cerca del acusado Ferré, siempre con el objeto de obtener autorizacion para visitar al arzobispo.

Se le dirijió á la prefectura, en donde rogó á uno de los amigos de Ferré, á quien él conocia tambien, que escribiese para obtener la autorizacion que solicitaba.

«Finalmente, concluye el testigo, otro amigo vió á Rigault por mí, y esta vez obtuvo de él que yo pudiese entrar en Mazas para ver á monseñor; pero como no se me garantizase la salida, no creí prudente aprovecharme de ese permiso.»

El Presidente á Ferré.—¿Teneis algo que observar sobre esta declaracion?

Ferré.—Tan solo haré notar que el abate no ha hecho más que su propio elogio desde el principio hasta el fin de su declaracion.

El Presidente.—Limitáos á contestar la deposicion, ya que no es de vuestra incumbencia apreciarla.

Ferré.—Entonces nada me queda que decir.

Un vigilante en el depósito de la Prefectura declara, á propósito del arresto del nombrado Veysset, haber visto á Ferré en 24 de Mayo con varias otras personas que no conocia. «Pidiéronme, dice, el llamado Veysset, y supe despues que habian mandado fusilarle.»

El testigo Michel es oido. Refiere los hechos pasados en la Prefectura de policía. Se le pidió encarecidamente que diese libertad á uno de los detenidos, llamado Ruan, *ex-sergent de ville*. Contestó que estaba enajenado.

Prevenido despues por su mujer de que debia fusilarse á todo el mundo, contestó que permaneceria en su puesto á pesar de todo.

Un dia se le mandó que entregase á todos los detenidos, y á su observacion: «Tenemos muchos inocentes, muchas mujeres; ¿tendreis tan endurecido el corazon que fusileis tambien á estas últimas?» se le contestó que las mujeres, pase todavía; pero que en cuanto á los hombres, debian ser todos ellos fusilados.

El testigo, obedeciendo, fué á abrir las puertas; pero al volver no encontró ya á ninguno de aquellos que acababan de intimidarle las órdenes de que ha hablado.

Presidente.—¿Habeis oido á Ferré hablar de Veysset?

—*R.* No, Sr. Presidente.

—*P.* En vuestra deposicion escrita habeis dicho que en el peloton se encontraba un hombre que no quiso marchar.

—*R.* Mi mujer es quien ha visto esto: yo lo sé por referencia suya.

—*P.* ¿Vísteis á Ferré? ¿Cómo vestia?

—*R.* Le ví, efectivamente; llevaba un paletó gris.

Ferré hace algunas observaciones con voz casi ininteligible.

La mujer del precedente testigo es oida para que declare sobre lo que le consta haber pasado en la Prefectura de policía. En ella vió al acusado Ferré, y declara que entonces fué cuando se pidió para ser fusilados todos los *sergents de ville*, gendarmes y agentes bonapartistas.

Al cabo de una hora la testigo oyó clamar: «¡El fuego!» Se arrojó al patio, y vió efectivamente cómo se extendia por todos lados.

Presidente.—¿Vísteis las ejecuciones?

—*R.* No, señor, estaba en el patio.

—*P.* ¿Vísteis entregar dinero? ¿Lo entregaba acaso el acusado Ferré?

—*R.* No, señor, era un jóven bajo de estatura el que lo repartia.

—*P.* ¿Conoceis á ese jóven?

—*R.* No.

—*P.* ¿Vísteis á Ferré?

—*R.* Sí, señor.

—*P.* ¿Podriais designarle entre los acusados?

—*R.* Sí, señor. (La testigo se vuelve al banco de los acusados y designa á Ferré).

M. Barbier, de 53 años de edad, empleado en la Prefectura de policía, estaba de servicio el 24, cuando se le mandó que hiciese salir al patio á los gendarmes detenidos como en rehenes. Entonces se apercibió que habia allí un peloton de ejecucion, y como insistieron en que abriese las puertas, contestó que no tenia las llaves. Para ello dirigiéronse entonces á uno de sus camaradas. Desde este momento no sabe precisamente cómo acontecieron los hechos; pero recuerda haber oido el fuego de peloton.

—*P.* ¿Notásteis al acusado Ferré? ¿Le reconoceríais?

—*R.* Sí; pero no conociéndole antes, no sé si hoy podria reconocerle.

—*P.* ¿Vos fuisteis detenido?

—*R.* Lo fuí solo por tres dias.

—*P.* ¿Sabeis por qué?

—*R.* Supongo que por alguna palabra ó delacion del brigadier Robin.

—*P.* ¿Sabeis si los detenidos fueron fusilados por órden de Ferré?

—*R.* No lo sé.

Un testigo guardian en la Roquette declara haber visto en el patio de esa cárcel al acusado Ferré, acompañado de otra persona. El acusado pidióle por el director de la cárcel, y habiéndole él respondido que no habia tal director, le dijo: «Pero tendreis un jefe, un brigadier, por ejemplo, al cual pueda uno dirigirse.»

Entonces el testigo les dirigió al brigadier Robin.

—*P.* ¿Vísteis á los prisioneros en libertad?

—*R.* Sí, señor, en el patio, en donde estaban dispuestos á defenderse. Pidieron la libertad y se les contestó: «Sí, vais á tenerla.» De súbito se abrió la verja del locutorio, y desfilaron los detenidos, saliendo de la Roquette, repartiéndose armas á los que las pidieron.

—*P.* ¿Habia algun cadáver en el patio de la Roquette?

—*R.* Entonces no.

El testigo refiere seguidamente haber dado libertad á un tal Manleou, á quien prestó un traje.

—*P.* M. Ferré permaneció algunas horas en la Roquette. ¿Qué hizo allí?

—*R.* Nada sé; pero cuando pedia al jefe de la cárcel creo que solo podia hacerlo para dar órdenes ó hacer que bajasen los rehenes.

El Sr. Enriot, vigilante en la Roquette, declara que vió por el lado de la muralla de ronda un peloton de cuarenta á cincuenta guardias nacionales, que al entrar en la cárcel se le dijo: «Ciudadano, venimos á desembarazar este local.» Habiendo respondido que nadie se lo impedia, me replicaron: «¿Quién puede interesarse por esos canallas, por esos asesinos? Ahora vais á ver cómo hacemos brincar al arzobispo y á los demás.»

El comisario del Gobierno—Habeis dicho que visteis el peloton de ejecucion. Habia en él hombres vestidos con diferentes trajes. ¿No os ha llamado esto la atencion? ¿Habeis oido decir á esos hombres si cumplian su mision voluntariamente, ó si habian sido escogidos?

—*R.* Nada puedo contestar á estas preguntas, porque nada sé.

M. Muller, guardian de la Roquette, declara haber visto el 24 de Mayo, á las seis y media de la tarde, entrar en la cárcel un peloton de guardias nacionales con un delegado de la *Commune*.

—*P.* ¿Conoceis á este delagado? ¿Le conoceis solo de nombre?

—*R.* No, señor presidente. Llevaba una escarapela; es todo cuanto sé: al dia siguiente se me dijo que era Ferré.

—*P.* ¿Le teneis ahora lo bastante cerca para reconocerlo?

El testigo, volviéndose al banco de los acusados, dice, despues de algunos segundos: si vistiese el mismo traje que llevaba cuando le ví, tal vez le reconoceria.

El Presideute.—Acusado, levantáos.

El testigo mira al acusado y declara no reconocerle. Da en seguida detalles sobre hechos ya referidos por anteriores testigos, ocurridos en la Roquette, y sobre algunas personas que allí se encontraban, de las cuales, dice, muchos llevaban casquetes y vestian diferentes trajes. El testigo declara tambien haber asistido al entierro de varios cadáveres.

El Sr. Juan Bance, empleado en la Roquette, refiere lo que vió en esa cárcel el 24 de Mayo.

—*P.* ¿Oísteis decir si Ferré habia ido allí con el peloton de ejecucion?

—*R.* No, Sr. Presidente.

—*P.* ¿Le conoceis?

—*R.* Nó, Sr. Presidente.

—*P.* ¿Qué sucedió al dia siguiente?

—*R.* Vinieron á buscar once gendarmes, y yo fuí quien recibió órden de hacer bajar á esos detenidos.

El Presidente, á Ferré.—Acusado, ¿teneis que hacer alguna observacion sobre estas declaraciones?

Ferré—Todas ellas son ajenas á mi asunto, y por lo tanto nada tengo que ver con ellas.

El Comisario del Gobierno.—Yo haré notar que los testigos han sido oidos por el asesinato de los rehenes, y Ferré es acusado de complicidad en ese asesinato. Antes que todo hay que establecer que esos asesinatos de hecho se han realizado.

M. Bregnaud declara que fué llevado al depósito en calidad de detenido, ignorando por qué se le fué á buscar y por qué se le detuvo. Cree, no obstante, que habiendo sido comandante de un batallon y dado instrucciones contrarias á los actos de la *Commune*, fué detenido por ese hecho, víctima de una denuncia.

M. Trinquard, farmaceutico de la Roquette, es preguntado.

—*P.* ¿Oísteis que cada uno de los asesinos recibió 5 francos?

—*R.* Sí, luego despues de la ejecucion, y en el mismo sitio. Así lo he oido decir.

—*P.* ¿Sabriais decirnos quién entregó ese dinero?

—*R.* Nada sé sobre esto.

—*P.* ¿Quién estaba entre el peloton de ejecucion?

—*R.* Un miembro de la *Commune*, ó cuando ménos un delegado.

—*P.* ¿Es cierto que aquel dia vísteis á monseñor el arzobispo?

—*R.* Sí; era admitido en su celda siempre que gustaba visitarle.

—*P.* ¿Habeis oido hablar de la muerte de M. Jecker?

El testigo afirma haber visto salir á los rehenes, que fueron conducidos al 20.° distrito, y declara que eran en número de diez ó doce.

Entre los hombres que componian el peloton de ejecucion he visto á muchos que vestian idéntico traje que los asesinos del arzobispo. En cuanto al miembro de la *Commune* ó delegado presente, dice que llevaba un paletó gris, con un cuello de terciopelo negro; pero no reconoce en él al acusado.

Por lo demás, añade, me hallaba á una distancia bastante regular del miembro de la *Commune*, para que hoy me fuese dable reconocerle.

Otro empleado en la Roquette declara haber visto cómo se llevaban los cadáveres de dos rehenes, fusilados, en un pequeño carro de mano, que de ordinario servia para conducir el trabajo hecho por los detenidos.

Añade este testigo que vió á Ferré el 27 de Mayo en la cárcel de la Roquette.

M. Jorge Lamotte, de edad 38 años, que vivia en la cárcel de la Roquette, en donde se hallaba el dia 24 dice: que á las once de la noche se le llamó para desempeñar el servicio de noche en reemplazo de un vigilante puesto allí por la *Commune*. Entraron, dice, en los calabozos y lo sacaron todo de ellos, excepto los víveres y los periódicos. Decíase que la *Commune* iba á instalarse en el establecimiento.

Hízose bajar á monseñor Darboy, al presidente M. Bonjean y al abate M. Deguerry, y quitóseles todos los objetos de valor que llevaban y el dinero, y otro tanto se hizo con sus trajes, todo lo cual fué llevado á casa del director de la cárcel, el ciudadano Francois, nombrado por la *Commune*.

(*Continuará.*)

Los diputados porto-riqueños han presentado al Congreso el siguiente proyecto de ley:

«Artículo 1.° La esclavitud queda abolida en la isla de Puerto-Rico.

Art. 2.° Los actuales poseedores de esclavos serán indemnizados.

Art. 3.° Los ayuntamientos y la diputacion provincial proveerán á los inválidos que no puedan permanecer con sus antiguos dueños, de los socorros que se dispensan en casos análogos á los demás jornaleros de la isla.

Proveerán en los mismos términos de escuelas á los menores de edad de ambos sexos.

Art. 4.° Los libertos quedan sujetos á los reglamentos de policía que rijan para los demás jornaleros de la isla.

Art. 5.° Se procederá á la indemnizacion por tasacion individual, que se hará en cada localidad por dos peritos respectivamente nombrados, el uno por el amo, el otro por el síndico en representacion del esclavo, y un tercer perito nombrado por la diputacion provincial, el cual resolverá en caso de discordia.

La tasacion expresada se hará á la vez en toda la provincia.

El término medio de la tasacion no excederá de 200 pesos por individuo; si en alguna localidad resultare mayor el promedio, se reducirán las tasaciones á prorata.

Los esclavos coartados no figurarán en ningun caso en la tasacion, con un precio mayor de aquel en que estuvieren coartados.

Art. 6.° No se reconocerán más esclavos para los efectos de la indemnizacion que los comprendidos en el último padron de esta clase. Las dudas que surgieren con motivo de la época del nacimiento y de los mayores de 60 años, se resolverán trayendo á la vista las partidas de bautismo y los padrones de los años anteriores, ó si no bastaren, por una prueba testifical.

Art. 7.° Se autoriza al Gobierno superior civil y á la diputacion provincial de Puerto-Rico para contraer un empréstito ó emitir bonos de indemnizacion con la garantía de la nacion al 6 por 100 de interés por la suma de 7.000 000 de pesos para cubrir el importe total de la tasacion prescrita en el art. 5.°

Art. 8.° Para el pago de los intereses de esta suma y para su amortizacion, se consignará en el presupuesto de gastos de la isla la cantidad de 600.000 pesos cada año, que será pagada por el Tesoro hasta extinguir la deuda de la indemnizacion.

Se autoriza además á la diputacion provincial para que arbitre y promueva por los trámites legales el establecimiento de la lotería, el impuesto de un tanto por ciento á los abintestatos, herencias colaterales y cualesquiera otros medios que le sugiera el patriotismo para aumentar los fondos de amortizacion y acelerar la extincion de esta deuda.

Art. 9.° Todas las diligencias administrativas y judiciales á que diese ocasion esta ley serán de oficio.

Art. 10. El Gobierno de S. M. tomará las medidas necesarias para dar cumplimiento á esta ley, de modo que, dentro de los seis meses siguientes á su fecha, quede realizada la abolicion y la indemnizacion simultánea á los propietarios, con uno ú otro de los medios señalados en el art. 7.°

Palacio de las Córtes 5 de Noviembre de 1871.

DON JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO.

(ESTUDIO BIOGRAFICO).

Apuntes sobre su vida.—Educacion.—Tendencias.—Sus obras.—Sus discípulos.—Papel que representa en la historia de Cuba.—Su muerte.—Ideas que se le atribuyen.—Escuela filosófica á que pertenecia.—Su memoria.—Efectos de su doctrina.—Errores.—Pretestos para explotar su nombre.—Conformidad.

No es de hoy en que, so color de patriotismo, se especula con la memoria del virtuoso varon *Luz y Caballero*, sino de mucho tiempo atrás, que teníamos la idea de sacar á la luz pública datos ignorados acerca de la vida de este buen hombre, convertido en *fetiche* por algunos partidarios de la intriga política; no por andar á la zaga del medro como lo practican otros, ni por creerlo inconveniente hemos retardado un fallo verídico y justo que no deja de tener importancia, por más que digan en pró ó en contra sus enemigos, que no le conocieron, ó los simples admiradores que lo elevaron á la apoteósis, sino en verdad por el respeto que siempre inspira la memoria de los muertos, cuyo juicio compete á la posteridad. Pero ya que las circunstancias especiales por que Cuba atraviesa en esta época de excitacion, han dado lugar á comentarios de diversa índole, á ese respecto toca á la verdad firmar su sentencia para dejar consignado con caractéres indelebles la justicia á que es acreedora una crítica que no debe nada á las afecciones ni al espíritu de partido.

Jóven La Luz recibió las primeras impresiones de su educacion de manos de religiosos en el convento de San Francisco, ayudándole tambien mucho la direccion de su tio carnal el Dr. Caballero, hombre profundamente versado en el estudio de los clásicos latinos, como todos aquellos no formados con las inspiraciones que precedieron á los enciclopedistas del siglo XVIII. La fuerza del hábito de aquella vida consagrada á la meditacion y al estudio, desarrollaron en su alma el gérmen del sentimiento moral por lo justo, el amor á lo bello y lo bueno, y el valor por la defensa de la verdad. Así creció su espíritu en educacion progresiva, fortificado por las creencias, y robustecido por el gimnasio con que el cultivo del latin y las matemáticas dan desarrollo á la inteligencia. En otros términos, aprendió á pensar; y con tal motivo, se acostumbró á decir, y á decir bien: *suaviter in modo, fortiter in re.*

Aunque de familia acomodada, La Luz no participó del gusto contraido en ese tiempo por hacerse hombre de negocios, pues sabido es que á principios de este siglo, la mayoría de los llamados se dedicaba á la agricultura, siendo los pocos escogidos aquellos que abrazaban el claustro ó tomaban la carrera de las armas. Así, pues, su buen entendimiento optó por lo más espiritual, y su cerebro, exaltado por las místicas impresiones de la religion católica, pronto se fijó en su idea y comenzó la carrera de la Iglesia. Los estudios filosóficos, por entonces escasos, debido al estado de cosas de una Universidad que comenzaba, estaban en relacion con la época, y la educacion se hallaba bastante descuidada fuera del claustro. Estudiábanse la filosofía, derecho y cánones en el Colegio Seminario de San Cárlos, donde aun reside la facultad de sacra teología, y allí recibió lecciones de su maestro el PADRE VARELA, uno de los primeros sacerdotes que se esforzó por el adelanto del pais, consagrando á la enseñanza su vida moral, dechado de virtudes. Digno tambien de mencion es otro de sus catedráticos, el DOCTOR BERNARDO DEL RIESGO, que lo fué igualmente desempeñando la cátedra de fisiología en la real y pontificia Universidad, siendo rector el respetado é inolvidable PADRE CERNADA de la Orden religiosa de Santo Domingo. Todos estos datos sirven, para concluir, que LA LUZ Y CABALLERO perteneció á la pléyade de varones de saber que floreció en aquella época, en que brillaron sus compañeros el ilustrado DOMINGO BELMONTE y el entendido escritor JOSÉ ANTONIO SACO, todos ellos amantes de la civilizacion, por la que tantos esfuerzos hizo otro varon no ménos ilustre, que fué el venerable DON LUIS DE LAS CASAS.

Aparte consideraciones históricas, continuaremos respecto á la vida del maestro de la educacion cubana. Apenas sombreaba su lábio el vello de la edad viril, cuando LA LUZ consagraba su tiempo con fervor á la enseñanza de la juventud: y era natural; lo que él habia aprendido era á enseñar, y enseñando creia cumplir con las obras de misericordia. Por eso dijo más de una vez, á semejanza de Arquímedes, que, teniendo punto de apoyo, levantaria el mundo con su palanca.—«Dejadme la educacion, y el mundo es mio.»—Es decir, que de allí, de la segunda cuna, que es el banco de la escuela, es de donde salen los hombres, conforme á los principios morales y científicos que se les inculcan en la niñez.

Un paréntesis bastante largo hay que abrir entre los veinte años primeros de LA LUZ, durante los cuales viajó por Europa, como complemento de su educacion, y donde adquirió relaciones con los hombres de letras y ciencias, y los penúltimos, por decirlo así, de su vida azarosa y valetudinaria. De vuelta, pues, comenzó por dedicarse exclusivamente á la enseñanza, á la cual sacrificó su título de abogado; y todo su afan consistia en buscar los mejores medios que poner en juego para fomentar la educacion del país. Con esto contaba para hacer una revolucion en las ideas y aclimatar así el brillo de la ilustracion europea, que lo deslumbró, parecido al barniz de progreso que se le adhiriera en el roce que tuvo con sus contemporáneos, y de donde le vinieron las amistosas relaciones con LAMARTINE, el baron de HUMBOLD, MANZONI y otros más de los que han descollado en este siglo, entre quienes figuran en primera línea WALTER SCOTT y el cardenal MEZOFANTI. Su inteligencia impresionable y ávida de conocimientos, bebia lo mismo en la fuente de ciencias exactas y de observaciones, que en la de las morales, aunque siempre se inclinó con mayor decision á la filosofía. Y así se fué formando pensador el que nació para ello, y desde temprano se encerró en la órbita de la inteligencia para dedicarse especulativa y prácticamente á profundizar los conocimientos humanos.

Pero esa misma ambicion por realizar en la esfera social el tipo sensible de su idealismo, le acarreó, como á todo reformador, sinsabores sin cuento. Por un lado, las insidiosas persecuciones del Gobierno *colonial*, dispuesto siempre á oponerse á la propagacion de la luz, y por otro, la envidiosa ingratitud de los contemporáneos, que no alcanzan á comprender el mérito de un hombre sobresaliente.

Marcada tendencia al progreso presenta su vida, síntesis de sus ideas y aspiraciones. DON PEPE, como le llamaba el pueblo, patriarca de aquella familia espiritual, segun cariñosamente apellidaba á sus discípulos, llegó á ser, sin pretenderlo, el ídolo de todo un pueblo, que si no lo comprendia, al ménos lo respetaba en vista de su vida ejemplar, sobre la cual si alguna acusacion hay que hacer, es que por suma bondad, no solo perdonaba sino que se reconciliaba tambien con los mismos que le hicieran daño. Tolerante con los demás, severo sin embargo consigo mismo, su fanatismo por el progreso y mejoramiento de la sociedad jamás llegó á la intransigencia; al contrario de sus compatriotas, que viciados por los efectos de una mala educacion hereditaria, hasta con él fueron descuidados, muriendo el justo y venerable anciano, extranjero en su tierra, si así puede decirse.

Nosotros recogimos su último suspiro; nadie puede negar este derecho que á la vez nos hace un honor y nos impone un deber. Preciso es sacrificar afectos en aras de *la verdad, que «solo ella nos pondrá la toga viril,»* como decia tan gráficamente el maestro.

Las obras, como algunos llaman néciamente á los libros que el hombre escribe, son el recurso á que apelan sus detractores, diciendo insensatamente: ¿dónde están sus obras? ¿Qué ha hecho? Como si la respuesta no fuera envuelta claramente en tan simples preguntas. ¿Sus hechos? Sus discípulos. Porque LA LUZ formó hombres capaces de hacer libros y esta es la obra de las obras.

Sin embargo, su elenco de filosofía es una obra ensintesis; y no faltan muestras de su oratoria, superior á la del mismo Escobedo, en los improvisados discursos que todos iban á oir al terminarse los exámenes anuales en el *colegio del Salvador*; lo mismo que sus escritos por la prensa periódica en que defendia conclusiones filosóficas ó proclamaba las ventajas de su sistema de educacion. «Educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para la vida,» dijo una vez y así lo creyó el maestro; pero infructuosa tarea era hacer dijerible la verdad en una colonia donde el pecado de la esclavitud tenia que pagarse tan caro. Y por eso agregó el hombre que decia: «que lo ménos *negro* de la *trata* eran *negros.*»—Que «en punto á educacion estabamos como las vírgenes fátuas del Evangelio; con lámparas pero sin aceite,»—porque tocaba á cada paso las desventajas, los inconvenientes, las dificultades, en suma, de educar al hijo cuando el padre lo necesitaba, y al frente de un Gobierno restrictivo, que no dejaba moverse al educador y destruia su obra con las consecuencias de su régimen.

Por eso nosotros admiramos el trabajo titánico de aquel hombre de alma romana y ático talento. Y á pesar de los insuperables obstáculos que combatia en gracia de la realizacion de su ideal, todavía los ignorantes lo juzgan como un cabecilla de faccion, y falsos discípulos pretenden hacerlo solidario de errores que la conciencia acusa, condena la moral y la sociedad repele. Ser libres con esclavos; anticipar la hora, trabajar para una Cuba *negra*, en vez de Cuba *blanca*, querer conciliar el interés del momento, y por no desprenderse del capital mal adquirido, exponer la ganancia; tales han sido los móviles que impulsaron á los que han contribuido al anómalo estado de cosas que ha puesto en peligro la vida de la colonia, con sus incongruencias entre la teoría y la práctica.

LA LUZ no predicó política acomodaticia, ni pensó servir intereses de partido; creó una generacion de *libres pensadores*, incompleta, si se quiere, pero bastante fuerte para conocer el mal en su orígen: si se equivocaron en el remedio no hay por qué culparlos; de las revoluciones no nacen sonrisas; sino que como de la tempestad salen rayos.

Una pléyade de discípulos suyos han sido objeto de la más intransigente censura por parte de la mayoría conservadora, que le considera causa de todos los trastornos; pero esto es un recurso muy pobre y tan gastado como peligroso de excrutar su orígen, encarnado como está en el *modus operandi* de la administracion que produjese esa existencia patológica. Todos ellos, no obstante, reconocen esta verdad, aunque algunos más ó ménos extraviados (la debilidad es condicion humana), por conveniencia política, digan tal vez lo que no les dicte la conciencia.

De allí que represente en la historia de Cuba tan importante papel D. José de Luz y Caballero, como que están ligados con tan estrecha relacion que el pueblo ignorante haya confundido el procedimiento lógico caracterizado en las escuelas como un efecto de *non causa pro causa*, y le hayan atribuido como causa eficiente los trastornos consiguientes á todo período revolucionario, en que el pasado se sacrifica en aras del presente, para sacar de él un porvenir halagado como ideal supremo.

Él rasgó el velo de la ignorancia trabajando con ardor por el bienestar moral de sus conciudadanos, y sorprendido por la muerte en el apogeo de su carrera, no ha obtenido otra flor sobre su tumba que la maldicion de sus contrarios, el débil agradecimiento de sus prosélitos, y ¡quién sabe si haya sido negado como Jesucristo en espíritu y verdad por alguno de sus discípulos!

De triste recordacion es la tarde fatal en que el cielo encapotado de los trópicos presagiaba lúgubre temporal, en tanto que su cadáver era conducido en hombros por los suyos, llevando tras sí un cortejo fúnebre en que, hombres de todas clases y condiciones, con la cabeza descubierta en señal de respeto, y fija la vista en el suelo, acompañaban al que *ya no era* LA LUZ, al lugar de eterno descanso, mientras las lágrimas humedecian las mejillas y los ojos enrojecidos se comunicaban luctuosa simpatía. ¡Tan bueno era llorar en aquellos momentos!

El sentimiento de su muerte duró, empero, lo que viven las cosas de la tierra. Pasó. Nosotros pasaremos adelante.

Atribúyensele ideas que, como ya hemos apuntado anteriormente, pertenecen al dominio de la crítica. En ese concepto le juzgaremos como filósofo en relacion con otras doctrinas.

Las proposiciones filosóficas consignadas en el elenco de LA LUZ, que forman, por decirlo así, su cuerpo de doctrina, merecen detenido exámen por su trascendental importancia.

Como maestro, su sistema de enseñanza no tiene rival, pues aplicando la síntesis ó el análisis segun convenia, siempre bajo la base explicativa, sacaba del alumno el mejor partido, contando en su favor con el reconocido don de persuasion que le ayudaba á modelar el educando á su antojo. Versado en lenguas antiguas y modernas, conocia la filosofía del idioma y su pronunciacion á tal grado, que hablando parecia natural del país con cuyos signos expresaba su pensamiento.

Didáctico hasta la exageracion, sus conversaciones más se asemejaban á discursos por la enseñanza que encerraban, que á diálogos familiares; y de ahí su pronunciado sabor pedagógico que las gentes sencillas admiraban gustando aun sin comprender.

Su decision prematura por formar escuela le hizo incurrir en vacilaciones, y, aunque con buen criterio, la filosofía que encierra su elenco se resiente de la vaguedad ecléctica que tanto combatió. Hablando de Coussin en la polémica sostenida contra el Sr. Gonzalez del Valle, á quien atacó duramente por querer implantar las doctrinas del filósofo francés, decia LA LUZ que—«la filosofía de Coussin estaba formada, como los terrenos de aluvion, del sedimento de las otras filosofías.»—Y no le faltaba razon, bien que no calculó atemperarse por entonces á ciertas exigencias, que á su vez caia él en el defecto que criticaba.

Ya lo demostraremos.

LA LUZ era *sensualista* en el fondo, con tendencias al *espiritualismo*; pero distraido por la idea *cristiana*, revelada en sus tintes *católicos* con que á veces quisiera disfrazar cierto impulso que lo arrastraba al *racionalismo*.

Admirador de BALMES el maestro LA LUZ, no obstante su aficion á los filósofos *alemanes*, de quienes no faltó alguien que lo creyera capaz de beber en sus aguas, siguiendo á CONDILLAC y no haciendo toda la justicia á LOCK, decia con entusiasmo *de esta*:—«Solo Dios es más grande que el *yo* de FICHTE»—para agregar luego aparentando pensar como KANT, aunque no gustaba de SCHELLING y procuraba estar con HEGEL, una cosa digna solo del fraile catalan, mejor hablista que filósofo, y autor del *Criterio.*» —«Las ciencias son los rios que nos llevan al mar insondable de la Divinidad.» —Enemigo de Spinosa, decia hablando de los *panteistas.*—«Ateos y tan ateos como los epicúreos con la añadidura de inconstantes.»

Mas examinando parte por parte su elenco, se vé con mejor luz la verdad que encierran estas apreciaciones, advirtiendo de paso que el exámen detenido que hace conocer la vaguedad que hay en el fondo de ese *ecleticismo* filosófico, no indica oposicion sistemática que trate de amenguar el mérito del maestro, sino sana crítica que pone de relieve la importancia á que el asunto es acreedor.

Dice en su proposicion 11ª.

—«Las prevenciones adoptadas para el recto uso de los sentidos y de su representante la imaginacion, así como las suministradas por la crítica, no pertenecen propiamente al órden lógico, siendo todas hijas de la experiencia»—(doctrina sensual).

En la 26.ª añade con su natural franqueza:

Cuanto sabemos mana de cuatro fuentes: el sentido íntimo, los sentidos externos, el raciocinio y la *autoridad* (eclecticismo).

Y, sin embargo, sostenia «el criterio, no los criterios,» para agregar despues, que hasta en el llamado de *autoridad* reduce el ejercicio de la *razon.* (Lo que demuestra claramente que, dominado á veces, sin poderse defender, era *racionalista.*)

En la 31.ª de su metafísica dice luego: «La razon es el distintivo del hombre, la sensibilidad la condicion para el ejercicio de sus facultades.» Y en la 35.ª:—«Las sensaciones son fenómenos reales que nos dan á conocer la existencia real de los objetos y fenómenos interiores y exteriores á nosotros.»—36.ª—«Por tanto, nos enseñan la realidad de nuestra

existencia y del mundo exterior, echando por tierra las cavilaciones del excepticismo: de aquí la certeza de nuestros convencimientos.» (Esto significa creencia, no obstante la *duda* engendrada por la vacilacion, que es *excepticismo* puro.)

En su *Etica* defendia la union de la moralidad con la utilidad, lo mismo que con la justicia, por considerarlas inseparables como relaciones distintas de un un mismo objeto. Dice en la proposicion 52.ª: «Así como la existencia de Dios es el cimiento del mundo moral, la inmortalidad del alma es como la atmósfera de ese mundo.» (Lo cual revela á todas luces *cristianismo*, con lo anejo á las consecuencias de una vida ultramontana.)

Enemigo de la pena de muerte dice hablando del suicidio: «Compadézcase enhorabuena; pero sepan sus apologistas que la *vida*, cualquiera que sea su condicion, es forzoso aceptarla como un deber; es un tesoro que ni siquiera se nos ha dado en *préstamo*, sino en *precario*.»

Tocante al órden social dice en la 58.ª y 59.ª: «El trabajo es la roca en que se asienta la propiedad.—Los que se revelan contra ella van contra la ley del progreso; y los que se resisten al estado de familia caminan derechamente á la *barbárie*, se degradan á la condicion de béstias gregales.»—Lo cual es altamente *conservador*, contrario á la idea *socialista*, y muy digno del que á renglon seguido exclama en las proposiciones 61ª. y 62.ª.

»No hay síntesis ninguna social que pueda sustituirse al dogma cristiano.—Entre los manantiales de la actual civilizacion brilla en primera línea el cristianismo.»—Y cierra con broche *católico* diciendo en la 64.ª y 65.ª:—«La religion es el alma del alma; así que influye y se sobrepone á todos los principios internos y externos de moralidad; pero todos ellos no la pueden incluir ni reemplazar.—Ella es la única potencia que puede levantar la voz para armonizar la humanidad, diciendo á las dos categorías en que está necesariamente dividida:—*Sperate miseri carete felices.*

Y despues de estos rasgos evangélicos, un periódico *neo*, *El Pensamiento Español*, lo atacó despues de su muerte en vez de estarle agradecido; así como inconscientes patriotas de Ultramar, sin antecedentes políticos ni literarios, al juzgar al maestro de la educacion cubana le quieren hacer responsable de los extravios sociales, como si las causas productoras de la insurreccion tuvieran su base en el «Colegio del Salvador» cuando se toleraba por el Gobierno, que es á quien en todo caso cumple aplicar el capítulo de cargos.

El autor de estas líneas fué profesor en el establecimiento desde los diez y siete hasta los veintitres años de edad, y no tiene reparo en declarar que no se hizo allí propaganda política, apelando al testimonio de J. M. Zayas, vice-director que fué luego jefe del plantel, por muerte de LA LUZ, y el que combatió la idea de insurreccion en su principio con su folleto «CUBA,» elogiado por la prensa española; lo mismo que reclama á la honradez de los Sres. D. José Silverio Fonin y D. José Ramon Betancourt, caballeros regidores del excelentísimo ayuntamiento de la Habana, cuyo informe al Gobierno de que eran delegados, para conocer si se sembraban doctrinas subversivas, fué publicado en la *Gaceta* oficial posteriormente á los exámenes celebrados en el año de 1861.

Tal es la verdad. Prosigamos. Su memoria, empero, goza de justa reputacion, tanto por la gratitud que es natural en sus discípulos, como por las relaciones de amistad, efecto del trato y parentesco que le unia con las principales familias de la Habana, entre las que se cuenta la del ilustrado y benemérito doctor ROMANY, con cuya hija fué casado D. JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO.

Los efectos de su doctrina no han sido otros que la propagacion de la luz, porque, el que tanto amaba la ciencia, habria deseado imbuírsela á cuantos humanos respiran.

Tal fué su destino. Enseñar, y con fe viva, pues como decia, creia que:—«Espinoso apostolado es la enseñanza, pues no hay apóstol que no sienta la fuerza de la verdad y el impulso de propagarla.»

Pretextos hay siempre para explotar la memoria de los hombres de talla, pues de ellos se hace en el mundo símbolo que sirva á una idea, y entre nosotros mejor que entre nadie está patente el ejemplo. ¿Qué significan las banderías del fraccionamiento político en España?

Pues bien; á ese mismo hombre, á LUZ Y CABALLERO, amigo del CONDE DE TORENO y MARTINEZ DE LA ROSA, lo convirtieron en ídolo los cubanos, y de ahí que el bando opuesto haya maldecido su nombre como errónea consecuencia de todo período de agitacion revolucionario.

Conformes están todos respecto á que D. JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO no era publicista como el CONDE DE POZOS DULCES, estadista como SACO, ni propagandista como GASPAR BETANCOURT CISNEROS (el Lugareño); no fué más que maestro, poco escribió; habló mucho y bien, y como el teatro en que se movió fué pequeño, no pudo alcanzar todo el éxito á que fuéra acreedor. Ni el DON logró perder, que, segun Voltaire, en las cartas á su sobrina se quejaba de que lo llamase MR. despues de tanto haber trabajado por la humanidad; así á LA LUZ todavía le dicen DON PEPE cuando parece que por una ley de compensacion las notabilidades pierden lo que se disputan las medianías; una partícula aristocrática antes del nombre.

Siempre recordaremos con gusto una verdad que oimos de sus labios; la duda que encierra, encanta.—«¿Será el progreso de hoy retroceso de mañana?»—«Bienaventurados los que conocen las señales de los tiempos y las siguen.»

Bien puede conocerse que no estamos de acuerdo con todos sus principios.—No somos sus discípulos directos; con él vivimos, le conocimos íntimamente, y al emitir este juicio, creemos en conciencia que es la verdad. No nos avergonzamos de confesarlo, ni nos arrepentimos de haberlo hecho.—Lo que somos nos lo debemos.—*Self-made-man*, que dicen los ingleses.

Al trazar estas líneas, no hemos querido descender á detalles que se relacionan con su vida privada, en la que puede decirse á boca llena que fué modelo de hijos, de hermanos, de esposos y padres. La pérdida de una niña de catorce años, único fruto de su matrimonio, y delicia de su amor, porque, en verdad, descollaba en inteligencia y saber á tan temprana edad, acibaró los dias de su existencia, y de la que bien podia decirse que era para el anciano el rayo de sol sobre su ventana, un pajarillo gorjeando que bebia en su boca, un beso y una caricia á su despertar.

Desde entonces comenzó á decaer, y vencido al fin por sus dolencias, que se cebaban más y más en su debilitada organizacion, tuvo que abandonar las gratas tareas de la enseñanza, que con tanta asiduidad habia desempeñado, cuando al ver que se acercaba el término que concede á la vida la accion del clima tropical, dijo: «que veia cernirse sobre su frente la nube infausta de la ancianidad, y divisaba ya los lúgubres confines del imperio de la muerte.»

Así se cumplió.

Y basta para saber quién fué el virtuoso varon cuya vida comenzó con el siglo y acabó á mediados del año de 1862.

JOSÉ MARÍA PRELLEZO.

(NOTA.) Este trabajo debió publicarse en la Habana; las circunstancias no lo permiten, y de aquí la resolucion tomada.

Madrid 20 de Octubre de 1870.

RECTIFICACION DEL SR. CASTELAR.

Aunque prometí al Congreso no volver á tomar participacion ninguna en este debate, las alusiones que se me han dirigido, y los cargos que se me han hecho, obíganme, mal de mi grado, á faltar á mi promesa. Exceptuando mis discursos, debo decir que el Congreso registrará siempre con orgullo este gran debate sobre la Internacional. Por lo mismo que, rompiendo el estrecho límite de la vida de un dia, ha de pasar á la posteridad y ha de influir en la conciencia nacional, conviene que no esquivemos, ni ante la nacion, ni ante la historia, la responsabilidad moral de nuestras respectivas ideas.

Preguntaba con su natural perspicacia el señor Alonso Martinez á los que sostenemos la incompetencia del Estado para entender en la moralidad ó inmoralidad de las acciones, y mucho más en la inmoralidad ó moralidad de las ideas: «¿ya no se sabe en este desquiciado mundo ni siquiera lo que es moral?» Y yo respondo: pues por lo mismo que se sabe lo que es moral, se quiere apartar la moral de toda fuerza coercitiva.

¿Cuáles son los caractéres de la moral? La necesidad y la universalidad. Por el primer carácter, la suspension de la ley moral traeria catástrofes tan grandes como la suspension de las leyes en el universo. Por el segundo carácter, la divulgacion de la ley moral llega á todos los hombres que la reconocen y confiesan luz interior que alumbra la conciencia y que dirige la vida.

Apliquemos estos principios al caso presente. La moral es de necesidad inmanente; y sin embargo, causas segundas y accidentales, que no causas primeras y universales, han venido á revelaros la inmoralidad de la Internacional. Si no hubiera caido un ministerio casi democrático, y levantádose un ministerio casi conservador no se proclamaria solemnemente la inmoralidad de la Internacional. Y esto ¿qué dice? Que esa sociedad podrá ser errónea, pero que esa sociedad no es inmoral. Si lo fuera, aunque la ampararan todas las leyes, aunque la protegieran todos los Gobiernos, ahogaríais con su invencible ira la pública conciencia.

Y si esto dice la necesidad de la moral, ¿qué dice su universalidad? No, no reconocen vuestro juicio sobre la Internacional todas las conciencias. ¡Inmoral! y la defienden hombres de vida intachable. ¡Inmoral! y la consiente Bélgica, que consumó una revolucion por salvar su conciencia católica. ¡Inmoral! y la tienen los Estados-Unidos, los herederos de los antiguos puritanos, los adoradores del Dios de la justicia y del derecho. ¡Inmoral! y coexiste con el nuevo Carlo-Magno, que se ha propuesto difundir el dogma del cristianismo protestante por el imperio germánico, cual Teodosio y Constantino difundieron el dogma del cristianismo católico por el imperio romano. ¡Inmoral! y trata con ella esa aristocracia inglesa, que en religion y en moralidad se cree, no solo observante, sino tambien escrupulosa. ¡Inmoral! y tiene reuniones en Ginebra, en la ciudad severa y estóica de Calvino, que se gloría de haber dado su moral á los pueblos más cultos y virtuosos de la tierra.

La moral es un Código de conciencia; un Código que mira á los impulsos generales de las acciones ó móviles, á los impulsos particulares ó motivos; un Código que juzga la vida interior, el libre albedrío; y no teneis derecho los conservadores á parapetaros tras ese Código, pretestando provocar en su nombre una reaccion religiosa y moral, cuando lo que en realidad procurais es una reaccion política que ponga vuestros viejos penates, la monarquía hereditaria, la Iglesia intolerante, fuera del alcance de esa luz, á cuyo calor se derrite, fuera del alcance del libre é indagador pensamiento.

Si no, ¿por qué tanto empeño en arrancarnos la confesion de que los derechos individuales son limitados? Pues no lo arrancareis. Todos creemos que el hombre es una personalidad y tiene en sí su fin, á diferencia de las cosas, que, como tienen fuera de sí su fin, pueden ser y son expropiadas, cambiadas, trasformadas por aquel que ofrece sobre ellas el dominio. Todos creemos que no se puede atentar, ni con limitaciones, á esos derechos inherentes á la personalidad, sin atentar á la naturaleza humana, y sin herir por consiguiente la base inconmovible de toda sociedad.

Y no es justo, despues de cuanto hemos dicho, repetir que los derechos individuales son derechos anti-sociales. Al contrario, ese conjunto de condiciones y medios necesarios á cumplir nuestro fin sobre la tierra, solo son exigibles y solo son realizables dentro de este cosmos que se llama sociedad, la cual nos nutre como la tierra, nos vivifica como el aire, nos alumbra como la luz, nos circunda del magnetismo de sus sentimientos, de la electricidad de sus ideas, siendo solo en su seno posible la plenitud de nuestra vida y la dilatacion de nuestro sér.

El error, el gravísimo error de las escuelas doctrinarias consiste en confundir la sociedad con el Estado, lo cual equivale á confundir la vida con sus diversos organismos. ¿Por ventura ha de ejercer el Estado todas las funciones sociales? Por ventura, si el Estado no tiene religion, ¿dejará de tenerla y plenamente la sociedad? Si el Estado no ejerce la virtud de la enseñanza, ¿dejará de ejercerla y plenamente la sociedad? Ya comenzais á entregar á la sociedad lo más sagrado, la Iglesia; ella funda establecimientos, organiza misiones, predica sin vuestra intervencion. Y lo que habeis hecho con la Iglesia, que era lo más sagrado, ¿no podeis hacerlo con las sociedades de trabajadores? Entregadlas á la sociedad, pues ella, que vive siempre engendrando y devorando ideas, arrojará de sí lo erróneo, y se asimilará lo verdadero y saludable.

Y cuando tal carácter tiene el movimiento de la civilizacion moderna, ¿vosotros quereis atribuir al Estado la facultad de juzgar las ideas? Para nada es el Estado tan incompetente como para juzgar las ideas. Todas las ciencias engendran sectas y escuelas, que, lejos de ser una señal de muerte, son una señal de progreso. En fisiología hay materialistas y vitalistas; ¿qué será el Estado? En medicina hay homeópatas y alópatas; ¿qué será el Estado? En geología hay aquellos que creen y profesan la inmutabilidad de las especies, y aquellos que creen y profesan el principio de que las especies inferiores engendran especies superiores, en virtud de la seleccion natural, y de la concurrencia y de la batalla que todos los séres tienen mútuamente empeñada por la vida. ¿Qué sistema profesará el señor ministro de la Gobernacion? ¿Estará por Quatrefages ó por Darwin?

Y lo que sucede en las ciencias, sucede en las artes. Antes habia clásicos y románticos; ahora realistas é idealistas: ¿qué hará el Estado? ¿Copiará fotográficamente como los realistas la sociedad, ó subirá en alas de la fe á las cimas de lo infinito para mirar frente á frente esa luz increada en la que se dibujan los eternos tipos de toda hermosura?

¿No veis, pues, que es imposible la profesion de doctrinas científicas por el Estado? ¿No veis la necesidad que tiene de dejar la funcion de definir y dilucidar las ideas á la libre espontaneidad social? ¿Y quereis establecer una excepcion infeua con las sociedades de trabajadores? Yo os podria señalar con el dedo cátedras donde se profesan sobre todos los problemas filosóficos, sobre el alma, sobre Dios, sobre la otra vida, ideas más audaces que las ideas de la Internacional. Porque las profesan los maestros, no solamente las consentís, sino que las protejeis y las pagais, mientras que al pobre pueblo, al pobre trabajador le quereis poner, con horrible injusticia que subleva el ánimo, una fuerte mordaza.

Los delitos definidos por las leyes deben ser castigados por los tribunales; pero los errores sostenidos por la inteligencia no pueden ser castigados por nadie, sino corregidos por la razon.

La sociedad lo más que puede hacer es ejercer el poder moral que le compete, y moralmente castigar el error con su reprobacion. Pero materialmente solo puede castigar el delito.

Yo no conozco utopia más grande que la utopia de suprimir el error. No se ha propuesto ninguna sociedad suprimir el error sin haber suprimido al mismo tiempo el pensamiento. Las ideas más necesarias á la concienci brotan bajo el abono del error, como las plantas más necesarias á la vida brotan bajo el abono del estiércol. La filosofía griega, el cristianismo, el renacimiento, la revolucion moderna han nacido, siendo las revelaciones más luminosas de la humanidad, entre espesas sombras de errores. Querer libertad de pensar sin error, es como querer movimiento de la tierra sin estaciones, sol sin calor, aire sin viento, trabajo sin esfuerzo, vida sin mal; que el mal está unido al límite, y el límite pegado como cadena perpétua á nuestra naturaleza.

Y aquí entro á considerar el elocuentísimo, el admirable discurso del Sr. Cánovas.

Noté en su ánimo cierta tristeza impropia de su virilidad, de su inteligencia. Parecíame escuchar de sus inspirados lábios un apocalipsis en el cual ha resultado esta afirmacion dolorosísima; sociedad moderna, no tienes remedio. Y ¿por qué? Porque han aparecido al tratarse los problemas sociales utopias explicables y muy explicables por el natural desarrollo del espíritu. Las primeras facultades que en nosotros se despiertan son el sentimiento y la fantasía. Así, en su orígen, toda ciencia comienza por hipótesis. Toda moral ha sido una simbólica; toda metafísica una teología; toda química una alquimia; toda ciencia natural una mágia; toda historia una leyenda; y siguiendo esta misma ley inflexible, el problema social empieza hoy por ser una utopia.

Pero, ¿podeis negar la existencia de ese problema? Y si no podeis negar la existencia de ese problema, ¿podeis oponeros á su resolucion? Mirad la triste suerte del trabajador. Nace, y en el nido de su cuna apenas tiene el calor maternal, porque su madre está alejada del hogar y adherida al taller. Crece sin instruccion y sin escuela. Apenas salido de la infancia, cuando necesita aire, luz, movimiento ¡eterno penado! lo entregan al trabajo forzoso. Funda una familia tan desgraciada como él. Tiene hijos y no puede educarlos, y no puede mantenerlos. Llega á la vejez, y está inválido, no cuenta con ahorros, y la implacable sociedad le entrega, como los antiguos entregaban el esclavo anciano, al hambre, lo entrega á la muerte en la desesperacion y en la miseria.

Mientras tanto, en el mundo de la produccion, tan lleno de vida, tan superior al mundo de la naturaleza, ha tenido la principal parte del esfuerzo sin tener parte ninguna en el goce. ¿Seremos tan impíos que no tengamos entrañas para sentir todos estos dolores, ni voluntad para remediarlos en cuanto de nosotros dependa?

Preguntábame el Sr. Cánovas: ¿qué trabas hay al trabajo en las sociedades modernas? Voy á decírselo. Existen monopolios, privilegios, títulos profesionales, servicio militar para el pobre, de que se exceptúa el rico; siervos en las costas, siervos de las matrículas de mar; restos de señorío; contribuciones indirectas, que son el impuesto progresivo de la miseria; intentos hoy de suprimir sociedades que procuran mejorar el trabajo; artículos en el Código que castigan como un crímen la coligacion para aumentar el precio del trabajo. Véase si pueden todavía romperse trabas y ligaduras que esclavizan al trabajador.

Pero el Sr. Cánovas me ha dirigido reconvenciones personales, á que personalmente y por mi cuenta le contesto. Me ha dicho si el reconocimiento del problema social implica el abandono de mi antiguo criterio en estas cuestiones. Y debo decirle francamente que no. Yo, cuando el pueblo estaba fuera de los comicios, le juré en conciencia que de mis pobres esfuerzos solo podia esperar la libertad, pero que el bienestar social debia esperarlo de sus propios esfuerzos. Yo me sentiria reconvenido amargamente por mi conciencia, si ahora que el pueblo es nuestro soberano por el sufragio universal, yo abandonara mis antiguas ideas. No, yo no las he abandonado. Yo creo que el comunismo es la más absurda de las reacciones. Yo creo que intentar volver una sociedad libre como la nuestra á los tiempos comunistas, es tan insensato como si intentáramos convertir un hombre en feto. Yo creo que el mundo no va hácia el comunismo, sino que viene del comunismo y va hácia la libertad. Yo creo que la propiedad colectiva no está en el ideal de lo porvenir, sino en los errores de lo pasado; que la propiedad colectiva quita estímu-

lo al trabajo, fecundidad al cultivo, produccion á la tierra, y que solo puede existir en esas sociedades primitivas donde el hombre se halla sin personalidad y sin conciencia, encerrado como el cadáver en las entrañas de la naturaleza.

Pero todas estas creencias mías no obstan á que yo crea en la existencia del problema social, y en la necesidad de resolverlo, sin desconocer ni la propiedad, ni la libertad. Creo, pues, en la emancipacion económica y social del pueblo; solo que las escuelas autoritarias sociales quieren hallar el bienestar del pueblo en una fórmula prévia, y yo creo que el bienestar del pueblo es y será siempre un resultado, sí, un resultado del progreso político, del progreso científico, del progreso económico. Y para demostrar experimentalmente mi tésis, no hay sino comparar en nuestra vecina Francia la sociedad que cae más acá de la revolucion de 1789, con la sociedad que cae más allá de esa revolucion. No hay vida en realidad sino para el rey, la nobleza y el clero; el pobre trabaja y pecha, mientras que el clero y la nobleza se exentan. Así, el vestido del pueblo es de esparto, su pan negro, su vivienda la choza del salvaje.

Por los años anteriores á la revolucion gastaba Francia 18 millones en jabon, en ese ingrediente tan necesario á la limpieza universal, mientras que gastaba 24 millones en los polvos que las altas clases sociales gastaban en sus cabezas y pelucas. Este dato es toda una revelacion para conocer el estado de toda una sociedad. Hoy en Francia existen cinco millones de propietarios. Me dirá el Sr. Cánovas: ¿qué tienes tú para sustituir á la gran revolucion allí consumada en la propiedad? Tengo una fuerza poco desarrollada, que todavía no ha pasado de su virtualidad esencial, pero que pasará y modificará profundamente todas las condiciones económicas; tengo la asociacion.

Si yo fuera de la fe social confesada aquí por un diputado de la mayoría, que acaso votará con el Sr. Cánovas, yo habria de creer que la asociacion puede dividir el género humano en falanges de 100.000 personas y agruparlo en 600.000 palacios, de tanta magnificencia, que no los tuvieron iguales ni Creso ni Sesostris; habria de creer que al influjo de la asociacion un par de botas durarán diez años, y los ahorros producidos por la venta de los huevos de gallina bastarán para extinguir toda la deuda inglesa; habria de creer que el trabajo atractivo coronará de flores el polo; tenderá un manto de verdura sobre las arenas del desierto de Sahara, convertirá las hoy amargas aguas del mar en licor suave y delicioso; resucitará la muerta luna, que, acompañada de seis hermanas suyas, revestidas con todos los colores del prisma, llegarán á ser como el coro de musas que encanten las nuevas noches; y despues de setenta y cinco mil años, merced al progreso creciente, indefinido, nuestros cuerpos se trasparentarán, nuestras almas se verán como los luminosos cuerpos y las almas luminosas de los ángeles de Fiud y de Bohem en sus cosmologías místicas; hasta que el espíritu de la tierra nos eleve á otro planeta que entre en armonía, como ya lo está Herschel, y desde cuyas cimas podamos oir para nuestro deleite las melodías que producen los mundos al girar sobre sus ejes de diamante, las armonías que combinan al trazar sus luminosas parábolas en el himno infinito y divino de todo el universo.

Yo tengo ménos imaginacion; yo no creo que mi principio pueda producir esos resultados. Pero yo creo firmemente que puede la asociacion producir muchos beneficios. Conmigo lo creen los primeros publicistas ingleses. Hoy estamos todavía en su período negativo. Las huelgas son para mí como la retirada de los plebeyos en Roma al monte de las tempestades. Las huelgas demuestran la necesidad imprescindible que tiene nuestro mundo del trabajador. Pero así como la retirada al monte Aventino acabó por un pacto, las huelgas acabarán por un contrato ó por una série de contratos que armonicen los intereses del capital con los intereses del trabajo. En las asociaciones hay dos grandes tendencias sociales que deben revelarse porque contienen toda la economía de lo porvenir. Por la cooperacion, que es una de sus formas, el trabajador tiende á ser capitalista. Por la coparticipacion, que es otra de sus formas, el trabajador tiende á tener una parte de los beneficios del capital.

La cooperacion y la cooparticipacion me parecen algo más que dos ideas; me parecen dos mundos. Por ellas el salario se elevará poco á poco á dividendo. Miles de fenómenos económicos señalan esta grande trasformacion. Tiene Inglaterra maravillosas ciudades obreras. Un modesto juez de paz se ha levantado en Alemania y ha dicho: «Cien pobres valen más que un rico. El rico encuentra crédito, porque tiene la hipoteca de una propiedad duradera. Sed fiadores los unos de los otros; sedlo solidariamente, y encontrareis crédito tambien.» Y se fundaron los bancos populares, y nació el crédito democrático, el crédito mútuo. El grupo décimo de la última exposicion de París hallábase consagrado á las relaciones del capital con el trabajo. En el informe que sobre él se abrió aconsejábase ya la cooparticipacion.

Chevallier ha anunciado su advenimiento en tres grandes tribunas conservadoras: en el Colegio de Francia, en el Senado del Imperio, y en la *Revista de Ambos Mundos*. Cárlos Robert ha profesado en la Sorbona unas lecciones con este tema: el único medio de conjurar los desastres de las huelgas está en asociar el trabajador á los beneficios del capital. Y hay ya industrias fundadas en este principio. Dígalo el fami-falansterio de Guira; dígalo la gran fábrica de pianos de la calle Poissonier, en París; dígalo la inmensa fábrica de la calle Saint-Georges, fábrica de tintes, de dorados, de papel estampado.

Y por todas las naciones va extendiéndose esta misma fórmula. En Bélgica han fundado asociaciones innumerables, ya trabajadores solos, ya capitalistas y trabajadores reunidos. Una de estas sociedades acaba de gastar ocho millones de reales en levantar cómodas casas con jardin para los trabajadores.

Todos estos fenómenos sociales me dicen que yo no soy un iluso cuando espero el bienestar de la asociacion, de la república, de las federaciones, de todas las virtudes que hay contenidas en el seno de la sociedad. Y á todo esto, ¿qué opone el Sr. Cánovas del Castillo? Opone la eternidad de la miseria.

Yo no pertenezco á la escuela que quiere suprimir el dolor. Yo creo que si se quita á la obra humana el esfuerzo, el trabajo, la gota de sudor que la esmalta, se le quita todo mérito. Sucede con el dolor lo mismo que sucede con la muerte; lo mejor parece á primera vista suprimirla. Pero vemos lo benéfico de la muerte cuando recordamos que la vida humana seria un lago ponzoñoso, un lago que corromperia el universo si faltase en ella la renovacion de las generaciones. Si no hubiera dolor, el mundo seria un harem, y el hombre seria un sultan crapuloso.

El dolor es un incentivo, es la sed del ideal que existirá eternamente en el mundo, es la aspiracion á lo infinito, como la muerte no es para mí la muerte; la muerte para mí es una trasformacion de la vida. El sepulcro que visto desde aquí parece un abismo negro y horrible, visto desde el cielo parecerá, como las estrellas á nuestros ojos, un punto luminoso; y el cadáver que tanto nos repugna, será tan bello como un recien-nacido á la vista de otro mundo mejor, del mundo de las almas.

Pero, señores, ¿no tenemos el deber moral de evitar el dolor? ¿No tenemos el deber moral de evitar la muerte? Pues ¿por qué no hemos de tener el deber social, el gran deber social de resolver todos los problemas económicos, para extinguir en cuanto de nuestras fuerzas dependa la miseria? ¡Por cuantas progresivas evoluciones ha pasado el trabajador!

¡Ah! Si el Sr. Cánovas supiera trasladarse con su gran talento y con su poderosa imaginacion á Roma; si se acercara al esclavo romano y le dijera: tú, cazado en las selvas de la Pannonia ó en los arenales del Africa; tú, vendido á las puertas de la taberna con un cartel al cuello y una marca en la frente; tú, adscrito á la portería con dos argollas y dos cadenas en ambos piés; tú, alimentado con los despojos de los perros; tú, que has visto á muchos de tus compañeros caer despedazados para servir de alimento á las murenas de los estanques patricios; tú, que has visto salir á otros para perecer en el circo divirtiendo un momento los ócios y el hastío de los señores de la tierra; en los sucesivos desarrollos de tu sér, en la ascension progresiva de tu esencia, en la persona de tus descendientes, has de ser llamado á legislar; has de ser más libre que los romanos; has de ingresar en los comicios; te has de sentar en el Senado; todas las Constituciones te han de llamar soberano; y esa teología, que ahora pasa indiferente delante de tus dolores, trasformada por nuevas ideas, te ha de predicar que el Dios creador de los cielos y la tierra abandonó su trono de estrellas para morir por tí, para redimirte en tu mismo patíbulo, en la cruz, que has cubierto de lágrimas y de sangre, y que desde los abismos de la ergástula se elevará hasta rematar la corona de los reyes, la tiara de los pontífices, y ser lábaro y luz y consuelo de mil generaciones en toda la redondez de la tierra.

Pues que, señores diputados, ¿no han venido grandes, sucesivas evoluciones del estado social á mejorar la condicion del trabajador? Y el señor Cánovas, ¿qué nos oponia á todo esto? La eternidad de la miseria. ¡Desoladora doctrina!

Así es que á la propaganda de la Internacional quiere oponer el Sr. Cánovas la fuerza. Pero la fuerza es completamente ineficaz é inútil. Jamás ha ahogado una idea. Filósofos griegos, filósofos romanos, sectarios de diversas escuelas, los cristianos de la primitiva Iglesia perseguidos por los Césares, los hereges perseguidos por los cristianos, han triunfado de todos sus perseguidores. El Sr. Cánovas, como si viera lo inútil de su remedio, vuelve los ojos á una reaccion religiosa. Pero el Sr. Cánovas olvida que mientras la Iglesia se alíe á todos los opresores y se vuelva contra todos los oprimidos, maldiga nuestros progresos, excomulgue nuestra democracia, cuente como dias de luto los dias de triunfo de los pueblos, maldiga los progresos políticos modernos, la Iglesia será abandonada hasta de aquellas almas que, cristianas por su naturaleza y por su educacion, no quieren ni pueden abandonar su conciencia, que la separa de todas las tiranías y las une indisolublemente á la justicia y al derecho.

En último resultado, señores diputados de la mayoría, la fuerza es inútil, la reaccion impotente para atraer resistencia á las asociaciones.

Los masones fueron perseguidos, excomulgados, y el masonismo es hoy el sentido comun de las clases medias. Los carbonarios, que trabajaban por la unidad y la independencia italiana, fueron expulsados de Italia, y ellos expulsaron á sus perseguidores, y tomando por su instrumento á un rey, el carbonarismo se eleva hoy sobre el Vaticano y sobre el palacio de Madrid; reina sobre la tumba de San Pedro y sobre la tumba de Felipe II.

Señores diputados, con los progresistas que van á votar esa proposicion de confianza se encuentran los borbónicos, los conservadores, los enemigos de la revolucion; con los progresistas que van á votar contra esa proposicion de confianza se encuentran los demócratas, los republicanos, los amigos de la libertad y de la revolucion. Elegid.

Señores diputados, al herir la Internacional, herís un derecho; al herir un derecho, herís la libertad; al herir la libertad, herís la revolucion de Setiembre, y os suicidais insensatamente para recibir el anatema de todas las generaciones; la eterna é inapelable reprobacion de toda la historia.

LA INMORTALIDAD DEL ALMA. (1)

Las investigaciones acerca de la naturaleza é índole de la vida futura no han llegado á revestirse todavía de un carácter científico, metódico y sistemático. Se cree en la inmortalidad del alma, se espera que despues de esta existencia sobreviene otra, dotada de tales ó cuales formas y rasgos peculiares; pero no se comprende que la mirada humana penetre ordenadamente en esos horizontes desconocidos, para descubrir poco á poco los detalles maravillosos que sin duda encierran. Ahora bien; de que hasta aquí no se haya soñado en comenzar una série de indagaciones racionales acerca de tan trascendental asunto, ¿se sigue forzosamente que esas indagaciones sean imposibles? Locura fuera imaginarlo. Cada dia se aumenta más y más el catálogo de los conocimientos humanos, abriéndose nuevas direcciones científicas, inaugurándose nuevas sendas antes no sospechadas, y creándose, por consiguiente, mayor número de ciencias ó de aplicaciones de las mismas. Y esto es natural. Al principio, el hombre sueña con la verdad una y simple, y aspira á explicar el universo con un solo potente esfuerzo de sus facultades mentales, reduciendo el saber á la inspiracion; pero poco á poco empieza despues á encontrar séries de verdades parciales, que aumentan sin cesar; advierte que la explicacion de la realidad universal requiere trabajos ímprobos y prolijos; metodiza, clasifica y comienza á crear lentamente el complicado organismo científico, llamado á corresponderse con el organismo real.

Ahora bien; la doctrina de la inmortalidad del alma, en su desarrollo histórico, ha estado y está aun sujeta á las consecuencias de esa evolucion que ligeramente he bosquejado. Primeramente yació envuelta en las tinieblas de la ignorancia primitiva. Nuestra especie, atenta á los enérgicos cuidados que exigia su material sustento, ni tenia fuerzas intelectuales suficientes para arrancarla de su dormido cerebro, ni soñaba siquiera en ella, ni podia dedicar á su investigacion el tiempo que necesitaba para evitar el influjo mortal de los agentes exteriores. Brotaron más tarde las religiones positivas, formas groseras, pero al fin formas de la relacion total entre el hombre y la Divinidad, y entonces ya el dogma de la inmortalidad apareció, tímido y vacilante, como parte del dogma religioso en que se engendraba. Esa aparicion era, sin embargo, muy vaga é indecisa. En vano los *misterios* de los cultos paganos servian para que los iniciados obtuvieran acerca de tan alta verdad algunos datos superiores á los del vulgo. Esos datos no consistian ni podian entonces consistir en otra cosa que en esperanzas leves, en creencias instintivas, en sueños lejanos, exentos de todo apoyo racional.

Pronto, no obstante, fijó sus ojos la filosofía en el problema que las religiones habian planteado, y el profundo entendimiento de Sócrates derramó entre sus discípulos la semilla de una creencia, por decirlo así, profana, en la existencia de la vida futura. Desde entonces hasta hoy esa creencia ha ido afirmándose, ha crecido, se ha arraigado en el corazon de la humanidad, ha llegado á determinar entre las personas ilustradas una verdadera evidencia respecto á la realidad de nuestra inmortalidad individual; pero sin convertir nunca esa evidencia, puramente espontánea y propia de cada cual, en doctrina razonada, con método propio de investigacion, con caudal de conocimientos adquiridos y con camino para mayores adelantos. ¿Y en qué consiste tal fenómeno? ¿En una imposibilidad efectiva de intentar la formacion de la ciencia de la vida futura? No tal: en causas puramente transitorias, y llamadas por lo tanto, á desaparecer. ¿Y cuáles son esas causas? En mi concepto, las siguientes:

Por de pronto, la primera y más grave de todas, ha sido la falta de robustez que la filosofía ha venido sufriendo, y que la ha incapacitado para resolver la cuestion fundamental, propia de su instituto, á saber: la de la certidumbre de los conocimientos externos ó trascendentes, cuestion que viene á resolverse en la del conocimiento razonado de Dios. En efecto; ¿á qué se ha reducido, durante siglos y siglos el movimiento filosófico? A la creacion de sistemas, más ó ménos ingeniosos, más ó ménos audaces, pero, al fin, hipotéticos, puesto que dejaban siempre abierta la puerta al excepticismo, en el hecho de no patentizar la posibilidad de construir la ciencia verdaderamente tal; es decir, la ciencia que se correspondiese con la realidad misma, y fuese su representacion y reflejo en el cerebro. Luego ¿de qué valia, en verdad, imaginar sistemas científicos, si quedaba siempre en pié la duda de si era posible construir ciencia verdadera?

Y ese defecto capital, ese escollo perpétuo que se atravesaba siempre en el camino de la obra filosófica, producia, naturalmente, sus lógicos y fatales resultados en el problema de la inmortalidad del alma, acaso con mayor energía que en ningun otro. Porque si la cuestion de la certidumbre científia solo podia resolverse mediante el conocimiento razonado de Dios, fundamento absoluto de toda realidad; y si ese conocimiento, clave de los demás, no era abordado de una manera eficaz, ¿cómo deducir de él la ciencia de la vida futura, vida entrevista y soñada, pero no percibida en sí por medio del sentido, incapaz en este mundo de traspasar los límites del sepulcro? Hay, efectivamente, que notar, que la vida de ultra-tumba solo puede conocerse por la vía deductiva ó sintética, y no por la de la observacion y el análisis, faltando, por consiguiente, respecto á ella, el concurso y el mútuo apoyo de los dos grandes procedimientos intelectuales, cada uno de los cuales corrobora y confirma las adquisiciones del otro.

Ahora bien; si la vida futura no puede conocerse por la vía de la observacion (en cuyo caso la ciencia de la inmortalidad del alma quedaria sujeta á las condiciones comunes de las demás, relativamente á la certidumbre de la misma); claro es que, en caso de que esa vida exista, solo cabe estudiarla por la vía de la síntesis, deduciendo su realidad y las leyes de su realidad, en virtud del conocimiento prévio del fundamento y de la causa en que debe engendrarse. Y como ese conocimiento (el de Dios) es justamente el que creia inaxequible excepticismo y el que la filosofía no patentizaba como real y verdadero, de ahí el que se girase sin cesar en un círculo vicioso, y el que la opinion vulgar, y aun la ilustrada y culta, mirasen tan elevada cuestion con ojos de desesperada envidia, suponiendo que el entendimiento humano no tenia alas para llegar á ella. ¡Creencia cobarde y ofensiva á la divinidad, de quien se decia con ello, implícitamente, que habia creado soluciones de continuidad en el universo, haciendo imposible en aquel caso concreto la relacion intelectual entre el sér-hombre y un órden dado de la realidad! Es decir, el cáos.

Ese amilanamiento de la razon humana daba lugar, por otra parte, al soberano imperio de las religiones positivas, que, al fin, buena ó mala, torcida ó derecha, daban una solucion al problema de la inmortalidad individual, satisfaciendo, siquiera fuera de un modo grosero, el anhelo que á nuestra especie aquejaba de esperar con confianza en la persistencia de la vida, más allá de lo que llamamos muerte.

Ahora bien; semejante predominio de las religiones positivas, si bien por de pronto producia el beneficio de crear frenos poderosos que sujetaran los instintos

---

(1) El presente artículo sirve de prólogo á la segunda edicion, próxima á publicarse, de un curioso libro que el Sr. Alonso y Eguilaz ha escrito sobre la teoría de la inmortalidad.

Publícase en esta Revista, con autorizacion de su autor, para dar idea de la obra, que recomendamos á los lectores; y trata, como se verá en seguida, del método de investigacion que él considera único posible para dar solucion progresiva y ordenada al capitalísimo problema de la inmortalidad.

depravados del vulgo, en cambio determinaba la existencia de males intensos.

En efecto; las soluciones dadas por esas religiones (lo mismo la católica que la mahometana que todas), aunque inventadas por los hombres, y aunque hijas de ideas todavía atrasadas, como que, en resumidas cuentas, brotaban del mismo entendimiento humano, dotado aun de escaso desarrollo, tenian, sin embargo, el carácter de verdades reveladas; esto es, de verdades exactas é infalibles. De donde resultaba que las concepciones religiosas acerca de la inmortalidad del alma, se imponian á las conciencias por el prestigio divino de que el sacerdocio las habia revestido, y aparecian, además, como verdades oficiales (sarcasmo repugnante), gozando, por consiguiente, el apoyo material que las otorgaban los Gobiernos constituidos, siendo enseñadas en las escuelas públicas y estando libres de concurrencia profana, porque la ley impedia la promulgacion de doctrinas opuestas, miradas como sacrilegios y heregías.

¿Y qué resultaba á su vez de ahí? Que las investigaciones racionales acerca de la índole de la vida futura, se veian detenidas y paralizadas por dos obstáculos inmensos. Contrariábalas la supersticion general, adherida ciegamente á los absurdos predicados por el clero, y contrariábalas, además, el peso de la influencia oficial, atenta siempre á cortar de raíz y en su orígen cualquier tendencia que de cerca ó lejos pudiera llegar á luchar contra el crédito de las disparatadas doctrinas sacerdotales. Y de nada valia que esas doctrinas, disculpables al nacer (por razon de la escasa ilustracion histórica), fuesen cada vez apareciendo más en guerra con los progresos científicos de edades posteriores. A medida que el trascurso del tiempo demostraba con creciente claridad su insuficiencia y su falsedad, crecia tambien el maridaje entre las iglesias y el Estado, buscando el clero en el auxilio de la fuerza bruta el apoyo que ya no encontraba en la opinion general, harto adelantada para pagarse como antes de cuentos, cuya hilaza ofendia su vista.

Así, una política errada ó mal intencionada, ó las dos cosas á la vez, ha impedido las evoluciones graduales y naturales del pensamiento humano, respecto á un problema cuya sensata solucion encierra tan profunda importancia práctica para la vida individual y para el órden social, ya perpetuando doctrinas incompatibles con el progreso intelectual de los pueblos, ya imposibilitando la aparicion suave y tranquila de sucesivas concepciones más perfectas. Y no se crea que ese mal se ha limitado á producir una mera detencion en los adelantos intelectuales humanos, detencion que podria al fin, más pronto ó más tarde, subsanarse, sino que ha dado además lugar á la indiferencia religiosa y al ateismo. Porque los hombres de media ilustracion y cultura, es decir, la gran masa de ciudadanos, que forman el nervio de las naciones, sintiendo en su interior la insuficiencia de los dogmas religiosos existentes, y no viendo, sin embargo, nada que los sustituya con ventaja, han caido en la incredulidad y en el materialismo, haciendo alarde de vivir sin fe ni esperanza para lo futuro. Aquí existe, pues, un gran mal, que puede ser orígen de terribles convulsiones, que quizá está siendo ya causa de la profunda inmoralidad que nos corroe, y que necesita, por tanto, un rápido y enérgico correctivo, si no se quiere que todo vestigio de creencias elevadas desaparezca del seno de los pueblos. ¡Extraña y lastimosa situacion, creada por la tiranía teocrática y la política, amalgamadas en fatal consorcio!

Ahora bien; ante el espectáculo de esa degradacion moral, que amenaza crecer inmensamente si no se la contiene, preciso es que la iniciativa individual acuda al único remedio capaz de contenerla; esto es, á la depuracion y propagacion de una doctrina racional y sensata sobre la naturaleza de la vida futura, y sobre la clase de penas y recompensas que en ella han de merecer los actos que cometamos en ésta.

Al infierno y la gloria descritos en las religiones positivas, y en que ya nadie cree, opongamos el cuadro de otro infierno y otra gloria más acordes con los sanos principios de la razon, infierno y gloria que tengan su asiento en medio de la vida social y en el seno de esos infinitos mundos que pueblan el espacio; y solo entonces los incrédulos y los que rechazan dogmas impuestos, abrirán sus ojos á la luz con que se les brinde, encontrando por sí mismos la verdad que hasta ahora se les ha ocultado, y reconociendo la realidad de una sancion moral de sus acciones despues de la muerte.

Bien sé, sin embargo, que esta noble y generosa empresa ha de tropezar con obstáculos, nacidos del mismo envilecimiento (digámoslo con claridad) en que la generacion actual está sumida. Los que se burlan privadamente de todas las religiones y aun del mismo Dios, levantarán la voz hipócrita en contra de los que pintarán como enemigos del sentimiento religioso. ¡Ah! por desgracia pasan hoy por hombres de órden los que nos conducen á un cataclismo social, por su egoista tenacidad en sostener lo que saben que carece ya de toda raíz en el corazon de los pueblos, mientras se considera como demagogos ó ateos á los que, llenos de amor hácia sus semejantes y de deseo de bien público, anhelan sustituir lo que se vá, con algo que sea más acomodado á las exigencias de la época, y que evite el gangrenamiento completo de las conciencias, hácia el que marchamos á pasos agigantados. Solo el Sér Supremo es el que hace, sin duda, justicia á unos y otros, y el que señala con verdad cuáles son los que, con apariencia de conservadores, están provocando una explosion de desgracias, que ojalá nunca sobrevengan, y cuáles los que, tildados de revolucionarios, son realmente acreedores al nombre de defensores del órden social. Lo justo de las apreciaciones humanas no debe, empero, desanimarnos.

Dejemos á los explotadores de las religiones oficiales adquirir en su calculada defensa fácil diploma de ciudadanos beneméritos; dejemos, igualmente, á los ilusos ó indiferentes adherirse, quizá de buena fe, á la obra de los devotos de conveniencia, respetando, aunque deplorando, su terrible ceguedad, y marchemos adelante con nuestro empeño de dar bases más sólidas que las actuales á la quebrantada moral de los tiempos que corremos. Hoy, por fortuna, la libertad política que disfrutamos nos permite publicar con independencia nuestras aspiraciones y nuestras ideas, sin sujetarlas á la censura del fiscal de imprenta ni á la inspeccion humillante de la Vicaría eclesiástica.

Pero para sustituir dignamente añejas y desautorizadas doctrinas con otras nuevas, basadas tan solo en la razon, atentamente consultada por nuestro activo entendimiento, procuremos que las investigaciones encaminadas á esclarecer el alto problema de la vida futura, sean dirigidas por buena senda, y estén siempre animadas por el espíritu de la sinceridad y de la rectitud.

El estado actual de la filosofía nos permite, por otra parte, consagrarnos á esa tarea con elementos de éxito. Efectivamente; si en tiempos pasados el grado de adelanto de la ciencia filosófica, y en especial de la metafísica, era insuficiente para intentar una formal investigacion de las leyes que rigen la inmortalidad del alma, en el dia la situacion ha cambiado casi por completo. Y ¿cuál ha sido el orígen de tal trasformacion? El que ménos, acaso, pudiera suponerse: el mismo excepticismo. Vano era, en verdad, el afan de crear sistemas y sistemas, mientras (como atrás dejo dicho), esos sistemas fueran meros hijos de la invencion fantástica, y no descansaran en terreno firme. Afortunadamente, el excepticismo, siempre en vela, se encargaba sin cesar de poner en duda la posibilidad de los conocimientos transitivos, y ese perpétuo aguijon, ese centinela infatigable impedia á la filosofía descansar sobre efímeros laureles, advirtiéndola que estos no serian verdaderamente tales, mientras el fundamento de la verdad de esos conocimientos no estuviera encontrado.

La crítica severa de Kant, fué, bajo tal punto de vista, la que fijó definitivamente las necesidades más apremiantes de la ciencia filosófica y la que dió orígen al portentoso y fecundo movimiento que en nuestros dias presenciamos. Y aquí llego á hacer necesariamente mencion de una escuela que cuenta con numerosos partidarios en España, que es en ella y fuera de ella objeto de grandes controversias, y á la cual no se ha hecho aun, en mi concepto, entera justicia: me refiero á la escuela de Krause. Ahora bien; lo que yo creo respecto á ella, es lo siguiente.

Krause tiene el mérito innegable de haber determinado claramente el método de indagacion para ascender hasta el principio de la ciencia, adoptando como punto de partida una verdad naturalmente poseida por todos y absolutamente cierta, á saber: la de la propia realidad; y ahondando gradualmente el conocimiento de ella hasta encontrar en ese conocimiento mismo el tránsito (llamémosle así) al conocimiento de Dios, reconocido despues como fundamento de todo conocimiento particular, incluso ese conocimiento de la propia realidad, que ha servido de escalon para llegar al capital y principal. La idea de ese procedimiento analítico, el esmero empleado en su exposicion, y la conviccion de su profunda importancia y necesidad, son, en mi opinion, los títulos que puede presentar el filósofo aleman á la gratitud de sus semejantes; títulos evidentemente grandes y envidiables. Solo, en efecto, la adopcion de ese análisis preliminar (incorporado despues en la ciencia misma), es el que puede hacer posible una filosofía séria, varonil, que no camine al azar, y que, si no la seguridad, tenga, al ménos, la esperanza razonada de llegar á grandes resultados y adquisiciones, una vez advertida la posibilidad de construir ciencia verdadera, y no meras hipótesis. Ese mismo carácter sério del análisis krausista, es, por otra parte, el que, á mi entender, ha valido á esa escuela su popularidad en España, país que, aunque me esté mal el decirlo por ser yo español, se distingue y se distinguirá siempre por un espíritu severo y formal, enemigo de toda farsa, y amante instintivo de cuanto ofrezca visos de rectitud y solidez.

Pero si todo esto es cierto, tambien firmemente creo que el análisis practicado por Krause no ha sido feliz, y le ha conducido á errores gravísimos en puntos trascendentales. Y para no ir más lejos, no tengo más que citar su doctrina de que el espíritu y la naturaleza son séres, cuando ni son ni pueden ser más que esencias ó propiedades. Esa doctrina riñe, en efecto, con el mismo concepto del *sér*, hasta un extremo tal, que apenas se concibe su adopcion por parte de un pensador tan elevado; y semejante aberracion no puede ménos de traer á la memoria aquel dicho vulgar de que, «no hay gran yerro que no haya sido enunciado por algun gran filósofo.» ¿El espíritu y la naturaleza séres? ¿Cómo? ¿De qué modo? Lo que hay es que, atribuyéndoles tal carácter se evitan, *por de pronto*, muchas dificultades (para caer despues en otras mayores), quitándose el trabajo de advertir el procedimiento creador, por cuyo medio van brotando del seno del Universo entidades cada vez más merecedoras de ese nombre de séres (dueños de sus propiedades), empezando por los elementos naturales generales, continuando por el reino vegetal, cuyos individuos empiezan á merecer, aunque imperfectamente, tal calificacion, y prosiguiendo por los animales y los hombres. ¡Pues qué! ¿No repugna al simple buen sentido, el reconocimiento (puramente fantástico) de una interior contrariedad de sér, dentro del yo humano? La contrariedad podra ser, y es, sin duda, de propiedades ó modalidades, pero no más. Pensar otra cosa equivale, á mi juicio, á luchar abiertamente con las verdades más simples y más elementales.

Otro resultado, igualmente falso é igualmente deplorable del análisis krausista, es, en mi opinion, el que se refiere á la categoría de la existencia, dado que, segun él, y en virtud de una confusion extraña, el existir viene, en resumidas cuentas, á refundirse en el sér (tomando esta palabra como verbo), cuando yo creo, por el contrario, que entre el significado de ambas palabras media un verdadero abismo.

Pero, á veces, á trueque de que un sistema aparezca bien organizado y enlazado *en el libro*, no se retrocede ante ningun obstáculo, sacrificando á una artificial y vana simetría científica los más elocuentes llamamientos del buen sentido. Por otra parte, el orgullo de explicarlo todo (haya ó no arcanos de difícil sonda), contribuye poderosamente á dar por hecho lo que está por hacer y á crear terribles laberintos, cuando valdria más limitarse á determinar los puntos dudosos y oscuros de las cuestiones que se tratan, dejando al porvenir su solucion, si por el pronto no se encuentra tal que satisfaga, y que no dé margen á embrollos mayores que los que tratan de evitarse. Así, en el caso actual, Krause ha suprimido (á sabiendas ó no), con su doctrina relativa á la existencia, la diferencia entre el Dios inerte y primitivo, entrevisto por todas las teogonías, y el Dios fecundo y creador, tapiando con sus sutilezas metafísicas el abismo que hay entre el uno y el otro, como si tal abismo fuera el terreno más asequible y llano. Hay más; los defectos de análisis, que dejo notados, unidos á otros, que no es esta ocasion de detallar, han lanzado á Krause á sostener teorías lastimosas, respecto á cuestiones más prácticas, digámoslo así, y que se relacionan con la organizacion total del Universo, haciendo de su sistema un sistema ruin y egoista, en que el hombre se erige en único eterno confidente de la divinidad, y cerrando así los ojos á lo más grandioso y sublime del espectáculo que la creacion nos presenta; esto es, á la evolucion constante, por cuyo medio esa creacion se trasfigura paso á paso, aspirando á que cada uno de los séres que brotan de su seno participe del reino de Dios; es decir, aspirando ella misma á tal participacion, mediante su conversion gradual en focos vitales y conscientes (séres), cada vez más próximos al Sér Supremo, su padre y su señor.

De estas observaciones rápidamente trazadas, pero que son en mi ánimo hijas de una larga y anterior meditacion, deduzco, pues, que el método de indagacion analítica propio de la escuela de Krause, es el único capaz de abrir camino para la creacion de una doctrina racional acerca de la vida futura, mediante la elevacion gradual de la inteligencia hasta el conocimiento de Dios; conocimiento que, una vez adquirido, ha de ser el fundamento real y lógico de un trabajo deductivo, que nos ha de conducir al objeto deseado. Mas al mismo tiempo creo que el que anhele llegar á un resultado verdadero, tiene que empezar por verificar la indagacion analítica por sí mismo, prescindiendo de la expuesta por Krause, ó consultándola simplemente para adquirir conocimiento de ella; pero cuidando de no seguirla servilmente, ni mucho ménos, á fin de no perder la propia independencia de espíritu, y no ser un mero discípulo y sectario de las doctrinas del maestro.

En tan alta tarea un capital y animador pensamiento debe servirle á todas horas de estímulo perenne, á saber: el de que hay medios y caminos positivos é innegables para investigar las leyes de nuestra inmortalidad individual, medios y caminos ya indicados en las líneas anteriores y aun en todo el curso de esta breve introduccion. Efectivamente, si la inmortalidad del alma es un hecho real, ese hecho real ha de estar forzosamente fundado en la realidad suma y absoluta (Dios), y ha de hallarse determinado y engendrado por ella segun las leyes constitutivas de esa realidad misma. La cuestion, pues, se reduce á ascender racionalmente hasta el conocimiento de Dios, adquiriendo de él una verdadera evidencia, y advirtiendo despues si la naturaleza divina es tal que encierre en sí la necesidad de la inmortalidad de todas las criaturas, y la sumision de esa inmortalidad á tales ó cuales reglas providenciales.

La realidad de nuestra vida futura y la forma de dicha realidad han de encontrarse, de consiguiente, por la vía deductiva, como fundadas necesariamente en la esencia de Dios, esto es, como debiendo ser tal realidad y tal forma de la misma, por virtud de leyes irremediables é infalibles encontradas en la naturaleza de la Divinidad.

Tal es la empresa: larga, penosa, árdua, pero factible.

El procedimiento que indico es, sin embargo, propio únicamente de obras latas escritas desde luego en espíritu puramente científico, con método científico y dedicadas á la exígua y casi insignificante parte del público acostumbrada á las especulaciones metafísicas, y capaz de seguir, no solo sin cansarse, sino con interés y anhelo el delicado y sutil giro del pensamiento á través de las indagaciones friamente racionales.

Ahora bien, comprendiendo yo que una obra de ese carácter tendria escasí-

sima divulgacion, y necesitando, además, mi tiempo para atender á los cuidados prosáicos, pero necesarios de la vida material, me he limitado á exponer en las siguientes páginas los resultados más prácticos, más perceptibles y más fácilmente difusibles de los estudios metafísicos que he hecho solo mentalmente, reservándome su árido armazon en la conciencia. En efecto, la necesidad más urgente hoy por hoy, es, en mi concepto, la de abrir nuevos campos y horizontes religiosos á la entumida imaginacion de las personas regularmente letradas que, sin holgura ni deseo de entregarse á profundos trabajos intelectuales, son, no obstante, susceptibles de apreciar la índole de una doctrina nueva por medio de una simple lectura exenta de fatiga.

El libro que ofrezco á mis conciudadanos es, pues, un libro de carácter preferentemente propagandista. Sin embargo, yo debia, aunque fuera de un modo rápido, dar al público razon y cuenta de todos los elementos científicos que se esconden trás unas páginas en que mi principal cuidado ha sido el de buscar la amenidad y el agrado.

Por eso escribo estas breves y mal pergeñadas líneas de introduccion. La misma sinceridad y lealtad que me las dicta, me mueve tambien á manifestar que en mi obra *El derecho natural*, publicada despues de la primer edicion de esta cuya segunda ofrezco ahora, he procurado ya desenvolver algo más mi sistema, aunque con aplicacion especial al terreno jurídico y suprimiendo toda la parte analítica preparatoria, supresion qae ha obedecido igualmente al apuro en que me coloca la falta de tiempo que en su mayor parte tengo que consagrar á otras tareas.

Sin embargo, si Dios me dá salud, espacio y ánimo para ello (ánimo no me faltará), espero no tardar demasiado en publicar la segunda edicion de *El derecho natural*, dado el favor con que se acoge la primera, haciendo ya en ella el trabajo completo analítico-sintético que me ha conducido á mis opiniones sobre la vida futura, y que entre otros resultados, me ha hecho divorciarme radicalmente de las teorías jurídicas de Ahrens y Rœder, en virtud del íntimo enlace existente entre los altos problemas de derecho y las importantísimas cuestiones referentes á la forma de la inmortalidad individual en todos los séres creados.

Dicho esto, reclamo la indulgencia de mis compatriotas para los muchos defectos de la pequeña obra que les ofrezco, y les ruego que no dejen de dedicar algunos ratos á meditar sobre el asunto capitalísimo de la vida futura. Por fortuna, el genio español es acaso el más reflexivo y audaz de todo el mundo, y si la tiranía religiosa y política le ha retrasado en su camino, siempre podrá decir muy alto que, cuando Alemania no producia más que un Lutero, España engendraba un Zapata, quemado por la Inquisicion, pero cuyo empuje revolucionario y profundo entendimiento le elevaban cien codos por cima del autor de la reforma protestante.

JUAN ALONSO Y EGUILAZ.

JOYAS Y ALHAJAS.

Ó SEA:

su historia en relacion con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el dia.

Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano por

J. F. y V.

(Conclusion.)

CAPÍTULO IX.

Grandes robos de alhajas.

«Their graces serve them but as enemies.»

De todos los objetos preciosos que constituyen los signos representativos de la riqueza, las alhajas son, sin duda, los que contienen el más alto valor en un espacio más reducido, y de aquí el que se presten á ser más secretamente ocultadas, y trasportadas con mayor seguridad que ningun otro. Estas ventajas peculiares de los diamantes y piedras preciosas, ha hecho á su vez que esta clase de riqueza fuese objeto de irresistible tentacion para los ladrones en todos tiempos y países.

El instinto del robo, despertado por las alhajas, es tan poderoso en el esclavo semi-salvaje que oculta el diamante que se ha encontrado en la mina trabajando para su amo, como en el rey bandido que invade el territorio de su vecino para apoderarse del Koh-i-noor, ó como en la que, hija de una civilizacion pervertida, roba el aderezo de su amiga y concluye por envenenar á su propio marido.

Las mujeres, extrañas comunmente á cierta categoría de crímenes, ceden con frecuencia fácilmente á la febril excitacion que produce la vista de los diamantes en las naturalezas predispuestas para el mal. Son muy raros los robos de alhajas en cuya combinacion no se halle complicada alguna mujer.

Es probable que tales robos se repetirian con mucha más frecuencia, si no fuese por la dificultad de dar salida á los objetos robados, ó por el inconveniente de usarlos. Su posesion va acompañada de mayor peligro é inquietud que el robo mismo, especialmente en estos tiempos en que la rapidez con que la electricidad y el vapor trasmiten las noticias de un punto á otro, y la inmensa publicidad de la prensa, que difunde en todas direcciones la descripcion minuciosa de los objetos robados, perturba la accion ulterior del criminal, y el fruto de la infamia suele permanecer estéril en sus manos.

La administracion de justicia, con toda su penetracion, no siempre ha podido sondear el misterio encerrado en los grandes robos de alhajas que registra la historia, ni su brazo ha podido dar alcance al culpable en todos los casos. A veces el secreto permanece oculto entre el orgullo y el amor de las familias robadas, y en otros casos, si bien raros, la muerte, una exquisita cautela, y la honradez proverbial de los ladrones entre sí, han cerrado el paso á toda luz para el descubrimiento del crímen.

La historia criminal registra algunos robos de alhajas que excitaron en su tiempo una gran curiosidad pública, y que la merecen aun hoy por el atrevimiento y singular destreza con que se perpetraron, por el valor de las joyas ó la posicion de los personajes robados, ó tal vez por todas estas circunstancias juntas.

El final del siglo pasado y el principio del presente, fueron testigos de diferentes robos de diamantes de gran cuantía, no ciertamente del género é incidentes que tanta celebridad dieron al del Collar, pero sí acompañados de circunstancias que les han valido el carácter de acontecimientos históricos, y que dejaron una impresion duradera en el ánimo del público. Creemos pues que será leida con interés la breve recapitulacion de los más principales que ofrecemos á nuestros lectores, y que podrá servir al mismo tiempo de amonestacion á los poseedores de ricas joyerías, para que no olviden las precauciones que requiera la segura custodia de tales tesoros.

El robo del *Guarda-muebles*, llamado así del nombre del edificio en que se guardaban las joyas de la corona y regalía de Francia, ocurrió en el año 1792, y es uno de los más importantes que se conocen. El velo de este atentado no ha podido descorrerse nunca, y despues de más de medio siglo trascurrido, permanece todavía en el más profundo misterio, brindando á todo género de conjeturas, y ofreciendo vasto campo á las imaginaciones fecundas.

Antes de la revolucion, las joyas de la corona se exponian á la vista del público el primer domingo de cada mes durante la primavera y el otoño. Despues de los sangrientos dias 1.° de Agosto y 2 de Setiembre de 1792, se estimó prudente cerrar el gabinete, y la municipalidad de París mandó sellar las cajas que contenian la corona, el cetro, la mano de la justicia y otras insignias; la capilla de oro adornada de diamantes y rubíes, regalada por el cardenal de Richelieu á Luis XIII; el famoso barco de oro, de peso de ciento seis marcos, y un gran número de otros objetos preciosos cuyo inventario, formando un volúmen en 8.°, fué redactado por virtud de un decreto de la Asamblea constituyente publicado el año 1791.

Para custodiar aquellos tesoros, se nombró á un tal Sergent y á otros dos *comisarios*. Demasiado descuidados ó confiados estos guardas republicanos, una mañana descubrieron que habia sido escalada la columnata que rodea el Guarda-muebles por el lado de la plaza de Luis XV, y que forzada una ventana habian penetrado en el interior del edificio. Las cajas en que se habian encerrado las joyas de la corona estaban vacías; pero con la circunstancia de que estando rotos los sellos de la municipalidad, las cerraduras no habian sido forzadas. Inmediatamente fueron detenidas diferentes personas en quienes recayeron sospechas; pero sin obtener resultado alguno, y empezaba ya la policía á desesperar de sus pesquisas, cuando un anónimo dirigido al ayuntamiento vino á revelar que una parte de los efectos robados se hallaba enterrada en una zanja de la Avenida de las Viudas, en los Campos Elíseos, paraje que era entonces de los más solitarios y de peor fama de París. Se hicieron inmediatamente exploraciones en aquel sitio, y se dió, en efecto, con el famoso diamante *El Regente* y el vaso de Onix llamado *El cáliz del abate Suger*. La imposibilidad de dar salida á objetos tan preciosos y no ménos conocidos del público, determinó sin duda á los ladrones á su restitucion, sacrificando una parte para poder disfrutar del resto con mayor seguridad.

Las investigaciones judiciales, sin embargo, no se interrumpieron, pero no dieron mejores resultados. Cuanto más profundo parecia el misterio de este negocio, tanta más viva era la curiosidad que excitaba. Innumerables eran las conjeturas que se formaban; pero casi todas destituidas de fundamento. Cada partido político imputaba el crímen á su adversario. Segun los realistas, Petion y Manuel fueron los autores del robo para con su producto sobornar al rey de Prusia y hacerle evacuar la Champaña; los republicanos por su parte acusaban á los realistas de haber utilizado aquella riqueza en el sostenimiento del ejército de los emigrados.

La única luz, y aun muy dudosa, que con el tiempo se logró en este asunto, vino de la causa que se formó en 1804, á varios individuos acusados de falsificacion de billetes de Banco. Uno de los acusados, que ocultaba su verdadero nombre bajo el de *Baba*, con la esperanza de salvar su cabeza del fallo que iba á pronunciarse, hizo en pleno tribunal las más completas revelaciones acerca de la falsificacion de que se trataba, y terminó su peroracion causando gran sorpresa al tribunal y al público con la declaracion siguiente.—«No es esta la primera vez que mis revelaciones habrán sido de utilidad para el público; y si se me condena, apelaré con toda confianza á la gracia del emperador; pues si no hubiera sido por mí, no estaria hoy en el trono. ¡A mí solo se debe el triunfo de la batalla de Marengo! Yo fuí uno de los que robaron el Guarda-muebles. Yo ayudé á mis compañeros á enterrar en la Avenida de las Viudas el Regente y otras alhajas bien conocidas, que podian haberles delatado, y bajo promesa de que seria perdonado—promesa que se cumplió fielmente—revelé el lugar de la ocultacion, y los señores del tribunal saben perfectamente que aquel magnífico diamante fué empeñado por el primer cónsul al Gobierno de Batavia, para procurarse los fondos que tan necesarios le fueron despues del 18 Brumario.»

Baba fué de nuevo perdonado, y quizá entonces hizo extensas revelaciones sobre el robo de los diamantes de la corona; pero si realmente las hizo, no llegaron nunca á conocimiento del público, y debieron de ser ya demasiado tardías para que pudieran servir de alguna utilidad.

Dos ó tres años atrás vivia aun un penado en uno de los presidios de Francia, que se jactaba de haber estado complicado en el robo de la alhaja más importante de la corona, y ¡cosa singular! aquel hecho le sirvió de título de consideracion y le valió cierto prestigio entre sus compañeros de cadena.

Entre las joyas que en aquella ocasion desaparecieron para siempre se encontraba el simpar diamante azul.

Tres años antes que las revelaciones de Baba despertasen la atencion pública hácia el robo del guarda muebles, habia causado gran sensacion en los círculos más elevados de la sociedad parisiense otro robo de diamantes, no ménos interesante por su importancia que por la calidad de las personas afectas á él. Los diamantes estaban apreciados en 300.000 francos, y le fueron robados á la princesa de Santa Croce el año de 1801.

Esta señora era napolitana, viuda de un príncipe romano.

Afiliada al partido francés en Italia, se vió obligada á retirarse á París durante los reveses transitorios que sufrieron los franceses en aquel país.

La inmensa fortuna de la princesa juntamente con las relaciones políticas que sostenía, llevaron á sus salones la sociedad de sus compatriotas, entre los cuales se hallaba una tal Mad. Goyon des Rochettes, francesa, pero casada, al ménos así se la suponia, con el conde Lamparelli, de Sicilia. La condesa de Lamparelli ocupaba bajo este título el puesto de señora de compañía de Mad. de Santa Croce. Una noche, hallándose en la ópera con la princesa, fué desgraciadamente reconocida por el marqués de Loys, *emigrado* recien venido.

De una ojeada el marqués abarcó la hermosura de Mad. Lamparelli y los diamantes de la princesa, y concibió la idea de un crímen. Habiéndose conquistado la buena voluntad de la jóven, y cuando la consideró suficientemente subyugada á la suya, la propuso descaradamente el proyecto de robar á su bienhechora «para procurarnos, como él la decia, una vida de amor y de felicidad en país extranjero. La pérdida de estos adornos supérfluos, añadia el marqués, para ahogar del todo los escrúpulos de su querida, será de escasa importancia para la princesa, que por las victorias del primer cónsul, se verá muy pronto repuesta en la posesion de sus vastos dominios.»

Mientras el infame Loys empujaba á la condesa hácia el abismo, buscó por otro lado la cooperacion de dos ladrones de oficio, y todo concertado, el crímen se perpetró una tarde que la princesa comia en la embajada española. Todas las pesquisas de la policía fueron vanas durante algun tiempo, y el marqués, envalentonado por la impunidad, tuvo la osadía de dirigir á la princesa un billete en estos términos:

«El tiempo, *signora*, importa poco en el asunto. Con todo, no ha dejado de costarme mucho la partidilla que os he jugado. Consolaos, sin embargo, pues os queda vuestro *patriotismo*.

El Imbuscable.»

El objeto de este billete era el de sugerir la idea de que el golpe reconocia por causa una venganza política, que, por otro lado, es presumible estuviese combinada con los depravados instintos del marqués. En aquellos tiempos, personas que en todo lo demás eran extrictamente honradas y escrupulosas, se hacian un mérito de salir á robar los correos y apoderarse por la fuerza de los fondos del Estado en los caminos reales; para los nobles no era denigrante el conducirse como bandoleros.

La policía estaba entonces organizada muy diferentemente de como lo fué en los dias de anarquía y confusion, y ya nada se la escapaba.

Una de esas fortuitas y al parecer nimias circunstancias, que suelen á veces frustrar los planes más bien combinados, fué la que dió ocasion al descubrimiento del crímen del marqués de Loys. Como calavera y como caco de aficion, éste fijó naturalmente su atencion solo en los objetos de gran valor, mientras que para sus cómplices, caballeros de industria matriculados, el más pequeño accesorio tenia un valor intrínseco, y llevados de su codicia, se negaron á separar dos yardas y media de cordon de oro que por casualidad se encontraba con los diamantes.

Este cordon figuraba en el inventario de las alhajas robadas, cuyos grabados se circularon con profusion para conocimiento del público, y ávidos del mayor lucro posible los cómplices del marqués de Loys, entraron en la tienda de un tirador de oro para vendérselo. Reconociéndolo éste como idéntico al de la descripcion publicada, se condujo de modo que consiguió se detuviese á los ladrones, quienes para mejor escudarse, revelaron la complicidad del marqués y de la condesa. Avisada ésta con tiempo, se refugió en una pequeña ciudad de provincia, desde donde tal vez hubiera podido pasar al extranjero; pero el conde Lamparelli, bien porque estuviese convencido de su inocencia, ó tal vez con el fin de desembarazarse de tan buena pieza, la escribió en términos tales, que la obligaron á volver atrás á vindicar su nombre, y lo verificó con la esperanza de salir victoriosa de aquella dificultad, confiada, como estaba, en el silencio de su seductor; pero defraudada por las declaraciones de éste, no le quedó medio alguno de evadir la complicidad, y fué condenada á prision por doce años, como él á cadena por igual tiempo. La misma pena se impuso á un joyero del Palais-Royal por haber comprado las alhajas robadas; y en verdad que la destreza que tuvo para defraudar á los ladrones, no le valió el perdon que promete el adagio consabido. Cuando aquellos le llevaron á vender los diamantes, les manifestó, despues de haberlos examinado detenidamente, que todos eran falsos, y para probárselo, rompió á vista de ellos uno artificial que, con gran agilidad, supo poner en el lugar de otro de los verdaderos.

El robo que sigue en importancia á los que dejamos referidos, fué el que se hizo á mademoiselle Mars, celebrada actriz, poseedora de preciosas joyas bien conocidas del público parisiense por la frecuencia con que los ostentaba en sus representaciones más notables, las cuales solian anunciarse al público por medio de los periódicos con la indicacion de que *«la señorita Mars luciria todos sus diamantes.»* Ya se suponia que aquella tentadora exposicion de tales joyas habia de aguzar el ingenio y estimular la actividad de los tomadores industriales que hacen de los teatros el de sus hazañas profesionales; pero aquel tesoro era para ellos totalmente inaccesible, y estaba reservado para que ejercitasen en él su destreza los simples aficionados.

El 19 de Octubre de 1827, la encantadora actriz estaba convidada á comer en casa de su amigo M. Armand, actor del teatro francés, que representaba con ella en la mayor parte de las obras de su repertorio. Salió de su casa y partió en carruaje á las diez de la noche. Por aquel tiempo, algunos artistas célebres, como Talma, Mlle. Duchesnoi, Horacio Vernet y nuestra Mlle. Mars, habian edificado hacia poco elegantes hoteles, cada uno el suyo, para su morada particular. El de la señorita Mars formaba ángulo en la calle de la Tour des Dames y en la de Larochefoncault, sitio que, sino desierto, estaba entonces muy distante del carácter que le distingue hoy dia. Abundaban mucho en aquel barrio las habitaciones desalquiladas; las calles eran poco frecuentadas y escaso su alumbrado.

La señorita Mars nunca dejaba la casa sola, y aquella noche quedó guardándola una amiga suya de confianza, actriz tambien, que formaba parte de su compañía cuando salia á provincias, y además su doncella y criado, sin contar el portero y su mujer, que le merecian el mejor concepto. M. Valville, su padrastro, comia tambien fuera de casa aquella tarde, y no volvió á ella hasta las nueve y media de la noche. Constanza, la doncella, cuidadosa por el padrastro de su señorita, en cuyo buen tratamiento ésta se complacia, le estaba ya esperando en la portería, y saliéndole oficiosamente al encuentro, le ofreció el brazo y le alivió del baston y el sombrero, dejando á M. Velville estupefacto de una solicitud tan extremada. Estando cerrada la entrada principal, le dejó al pié de ella, é internándose por una puerta de servicio, dió la vuelta, le abrió, y no bien hubo entrado, exclamó:—¡Ay, Dios mio! Venid, señor, ¡se lo han llevado todo! ¡Las gavetas están vacías! ¡Los ladrones deben de estar en la casa!»

Una especie de presentimiento le hizo sospechar á M. Velville que ciertamente el ladron debia estar en la casa, y se sintió tanto más inclinado á creerlo así, cuando por uno de esos movimientos involuntarios tan comunes á los criminales, oyó exclamar á Constanza: «¡A Dios gracias, contra mí no podrá probarse nada.» En lugar de buscar al ladron, que él consideró no podria escaparse, creyó más procedente informar desde luego á su hijastra de la pérdida que acababa de sufrir, y á este fin corrió á casa de Mad. Armand y confió á su marido el encargo de trasmitir la triste nueva á la señorita Mars con toda la precaucion posible para atenuar sus efectos.

No obstante esta prevencion, y ser M. Armand un buen actor del género cómico, adoptó el tono trágico, y dirigiéndose á su bella colega la dijo: «Mi querida amiga, ¿te sientes con bastante valor?... ¡Mira que necesitas hacerte de él! Prepáráte á saber... que te han robado todas tus alhajas!» «¿Y es esto todo lo que ocurre? replicó la hermosa dama con filosófica resignacion. Yo creia que ibas á anunciarme alguna gran des-

gracia!» Y salió enseguida acompañada de sus amigos en direccion á su casa.

Acudieron los representantes de la ley y se tomaron declaraciones á todas las personas de la casa, de las que nada podia deducirse contra ninguna de ellas, no existiendo por otro lado la menor huella que indicase la entrada ni la salida del criminal. Sin embargo, el rostro descompuesto de la doncella llamó, como á M. Velville, la atencion de otras personas, y no pareciendo además satisfactorias sus respuestas, se acordó prenderla.

La señorita Mars recordó entonces la estremada solicitud que en su dia habia mostrado Constanza para entrar á su servicio, y el descuido imperdonable en que incurrió al recibirla, de no tomar informes acerca de ella y su marido. Hé aquí los que adquirió la policía en cumplimiento de su deber.

Francisco Eugenio Mulon, designado hasta en su registro bautismal con el sobrenombre de *Escipion el Africano*, era natural de París. Habiendo aprendido el oficio de grabador, marchó á Ginebra, y allí se casó con Constanza Richard, natural de Orbe, muchacha de cierto refinamiento de costumbres que desdecian de su verdadera posicion. El, para satisfacer los caprichos de su mujer, puso en París un establecimiento que, aunque próspero al principio, concluyó por serles totalmente ruinoso, y obligados á buscar colocacion, la obtuvieron ambos entrando ella á servir en casa de la señorita Mars, á quien presentó un certificado que más tarde resultó ser falso. Mulou visitaba con frecuencia á su mujer, y en algunas ocasiones se le permitia entrar en la casa, por lo que sin duda habia podido ver alguna vez los diamantes de Mlle. Mars, y conocer el sitio donde se guardaban.

Se suponia, sin embargo, que Mulon estaba ausente de París cuando el robo se perpetró, pues quince dias antes anunció que se iba á viajar con un irlandés rico, á cuyo servicio se habia acomodado, y en este concepto se despidió de los criados de Mlle. Mars, recomendándoles que miraran por su mujer durante su ausencia. Ocho dias despues regresó diciendo que su amo habia permanecido solo algunas horas en Lóndres, y que de paso por París se dirigian á embarcarse en uno de los puertos del Mediodía. Para corroborar estos antecedentes, Constanza enseñó algunos dias despues una carta de su marido, procedente, al parecer, de uno de los puertos indicados.

Tres semanas despues del arresto de Constanza, las autoridades de París recibieron la noticia de que Mulou habia sido detenido en Ginebra y se habia declarado autor del robo en cuestion. Manifestó que en las frecuentes visitas que hizo á su mujer habia tenido ocasion de ver los diamantes de la señorita Mars y el mueble en que se guardaban, y que su vista le habia tentado á robarlos, para lo cual, valiéndose de su propio oficio, habia fabricado las herramientas y llaves de que hizo uso, sin necesidad de ningun cómplice, y que creyó llegado el momento oportuno de realizar su proyecto el 19 de Octubre, en cuyo dia el ama de la casa estaba convidada á comer en la de sus amigos. Vestido con una blusa y un gorro de muletero, y provisto de una linterna sorda y las herramientas dichas, penetró en la sala, llegó á la alcoba, abrió el secreter y se apoderó de los brillantes y tambien de dos billetes de Banco de á mil francos cada uno que con ellos estaban: habia entrado, dijo, sin que nadie se apercibiese de él, y salió á toda prisa sin hallar obstáculo, dirigiéndose al Faubourg Saint Germain. Allí tomó una silla de posta y partió para Lyon, pasando por la Borgoña, y encontrando en Sens la diligencia de las Mensagerías reales, tomó asiento en ella y despachó la silla de posta. Tal fué su declaracion.

Mulou llegó á Ginebra el 23 de Octubre. Habia desmontado los brillantes y fundido sus engastes, reduciéndolos á dos lingotes de 48 onzas de peso, operacion que ejecutó en casa de un fundidor, para quien pasó por un comerciante en joyería.

Hasta ahí todo le fué perfectamente; pero no tardó mucho en dar contra el escollo en que naufragan la mayor parte de los criminales.

Fundido el oro lo llevó á vender á un platero, y no hallándose éste en la tienda, el dependiente le dijo que si queria dejar las barras para examinarlas podria volver al anochecer á saber la respuesta.

Mulon lo hizo así, y en aquel intérvalo, recibiendo el platero la circular dirigida por la policía á todos los plateros y joyeros de Ginebra, creyó de su deber el prevenir como lo hizo á la autoridad de la venta de los lingotes que le proponia un extranjero.

No bien entró Mulon en la tienda, fué interrogado por un agente de policía, que ya le estaba esperando. Dió sus contestaciones con gran entereza de ánimo, pero cuando sacó el pasaporte, como se le habia exigido, y no bien el agente hubo fijado la vista en aquel documento, le intimó que se diese preso por ladron. Aunque aterrado en el primer momento, se recobró y juró por su inocencia; pero muy pronto sintió decaer el ánimo, viniendo al fin á confesar su delito. Dijo que habia arrojado los diamantes al Rhon, pero, registrado, se le encontraron en un paquetito que llevaba metido en una de sus botas. Los diamantes, desmontados como estaban, se evaluaron en 88.000 francos, y con los lingotes de oro en 96.000.

El 19 de Marzo de 1828 tuvo lugar la vista de la causa, y fué tal interés que excitó en toda la Francia, que de un asunto privado que era, se convirtió poco ménos que en materia política. La Audiencia estaba atestada de gente durante la vista, y el fallo fué discutido y comentado con gran calor por el público, para cuyo interés concurrian varias causas. Aquella cumplida artista, merecia del público una gran deferencia, que se manifestó aun más viva al saber la magnánima resignacion con que habia sobrellevado la noticia de su enorme pérdida. Todos deseaban su aparicion en la vista, y cuando lo verificó, demostró allí, como en todas partes, que era una perfecta señora, modelo de gracia y de buena educacion.

Pero una de las principales causas de la excitacion general era la singular tendencia que existia entonces en la prensa y en una parte del público de mostrar más simpatía por los acusados que por los acusadores, más por el criminal que por la víctima. La fiebre reinante en aquellos tiempos era la de ciertas ideas exageradas de libertad, de respeto á la defensa y de una filantropía fatalista por los criminales.

Los dos en cuestion se esforzaron por inspirarse en aquel principio. Mulon asumió el papel de rígido censor moralista, afectando el carácter de marido celoso por la honra de su mujer. Constanza por su parte inventó una fábula tan absurda y destituida de fundamento, que el ascendiente que en muchos encontrara solo puede explicarse por el furor político del momento que les dominaba.

Mulou desde su detencion persistió siempre en afirmar que habia obrado solo é independientemente de su mujer; que su objeto al anunciar que habia entrado al servicio de un rico irlandés y que iba á partir, no fué sino el de asegurarse mejor de la conducta de su mujer mientras esta le suponia ausente, en la ansiedad en que le tenia el verla espuesta á toda suerte de peligros en casa de una actriz. Pero por desgracia suya, todos estos puntos fueron victoriosamente refutados por las declaraciones de los testigos. El resultado fué que Mulou no habiendo podido entrar en la casa la noche del robo, este habia sido ejecutado por Constanza, de cuyas manos lo recibió por la ventana de su cuarto; y que por lo demás aquella estaba tan segura y era tan respetada en casa de su ama, que su marido, no obstante el sobrenombre de Escipion africano, no tenia el más leve motivo en que fundar el papel de Otelo, que se proponia representar.

Averiguados los antecedentes de Constanza, se halló que no era aquella la primera vez que tenia que habérselas con la justicia. Tres años antes, á la edad de los diez y siete, aunque ocupada en un humilde servicio en el café de *Saint-Honoré*, fué acusada por su amo de haberle robado alguna vajilla y diferentes monedas de plata y oro. Es verdad que salió absuelta de esta causa por falta de prueba suficiente; pero la acusacion en sí y la ingeniosa y romántica defensa que hizo de sí misma en aquella ocasion, la colocaban en un predicamento desfavorable respecto del último suceso. La vida de esta mujer, segun todas las apariencias, era un trasunto de las novelas que habian formado un pasto literario.

Era natural, segun su propia relacion en aquella defensa, de Suiza, hija de padres de una numerosa familia. Un dia el carruaje de una gran señora se detuvo á la puerta de la casa de sus padres, y aquella, prendada de la cándida belleza de la niña, rogó se la entregaran para educarla, y á fin de que los padres accediesen á esta peticion, les puso una bolsa llena de oro en la mano; mas antes de que volviesen de la sorpresa que les causara la vista de aquel pequeño tesoro, la señora, sin decir siquiera su nombre, desapareció llevándose á la niña.

Constanza misma, aunque permaneció algun tiempo á su servicio, no pudo saber nunca el verdadero nombre de su protectora, porque usaba de uno distinto en cada poblacion donde se detenia. La misteriosa señora, despues de una residencia tal cual prolongada en Lion, partió de allí en la época de los disturbios, que reprimió el general Cannel, y se dirigió á París. Al dia siguiente de su llegada á esta ciudad, la benéfica desconocida, á quien todos nombraban solo *la señora condesa*, acompañada de su jóven doncella, recorrió en carruaje la poblacion con objeto de hacer algunas compras. Entraron en la tienda de un joyero de la calle de Richelieu, y mientras la señora escogia algunas alhajas, un caballero abrió la vidriera de la tienda, y afectando gran premura dijo que deseaba hablar á la condesa: esta salió inmediatamente de la tienda, y se entró en su carruaje seguida de aquel hombre, con quien se oyó que cruzaba algunas palabras duras al partir el coche á toda carrera.

«Abandonada en la tienda del joyero,» decia la acusada, próxima ya al fin de su historia, «me eché á llorar amargamente. En vano me preguntaban por el nombre de aquella señora y del hotel en que paraba, pues no solo los ignoraba, sino que ni siquiera podia hacerles la menor indicacion que pudiera conducir á averiguarlos. El joyero y su mujer consintieron me quedase con ellos algun tiempo, y escribieron á mi familia una carta que no obtuvo respuesta. El dueño de un café, amigo del joyero, mostró compadecerse de mi situacion, y me recibió á su servicio dispensándome consideraciones que ahora me hace pagar acusándome de una manera tan odiosa como falsa.»

A fin de añadir mayor interés y colorido histórico á todo este cuento, Constanza Richard apuntó que aquella misteriosa protectora podia ser nada ménos que la reina Hortensia, y que habria visitado á Lyon y á París de la manera que se ha dicho con el fin de organizar una vasta conspiracion.

Semejante fábula se vé hoy en toda su desnudez; pero en aquella ocasion el público estaba dispuesto á dar asenso á los mayores absurdos, y cuando se anunció que la acusada quedaba absuelta de la demanda, resonó en la sala un prolongado aplauso, á cuya interrupcion se siguió la solicitud de los más entusiastas para promover una suscricion, que se abrió allí mismo, con objeto de formar un pequeño *dote* con que aquella pudiera casarse y establecerse.

La nueva acusacion contra Constanza Mulon era demasiado séria para que pudiese superarla con tales falsedades, y adoptando un tono y actitud muy diferentes repelió los tremendos cargos y las inflexibles declaraciones de los testigos con una energía y una lógica dignas de mejor causa, pero del todo ineficaces para librarla del castigo que tenia tan merecido, y marido y mujer fueron *casados* en la sentencia para sufrir la afrenta de la argolla y diez años de trabajos forzados.

Apenas habian trascurrido dos años de la vista de aquella causa, cuando los periódicos anunciaron el robo de las alhajas de la princesa de Orange, perpetrado con tanto arrojo como astucia en su propio palacio, y sin que quedara la menor huella que pudiera conducir al descubrimiento de sus autores.

La justicia anduvo morosa é indolente respecto de este suceso. El rumor público, sin embargo, designaba á los sospechosos del crímen, y aunque la ley se mostró remisa, la opinion los juzgó y pronunció contra ellos su fallo inexorable. Pero cargos de esta naturaleza, que no pueden discutirse ni admiten defensa, pudieran muy bien constituir una calumnia, y en este concepto y careciendo de los elementos que debieran conducirnos á un fallo racional; creemos de nuestro deber abstenernos del asunto.

Aquellos de nuestros lectores que gusten de estas materias, podrán satisfacer su curiosidad sobre aquel suceso en la relacion que de él se ha escrito en diferentes obras alemanas.

FIN.

ATAQUE AL CRÉDITO.

Ha dicho un publicista contemporáneo, que, salva la diferencia en la moralidad de la intencion, puede hacer infinitamente más daño al país un ministro ignorante, que otro poco escrupuloso en materia de probidad.

Y en efecto, aunque gravísimo y execrable el crímen de inmoralidad administrativa, la codicia de un hombre tiene sus límites, mientras que es incalculable el daño que pueden hacer medidas desatentadas en materia de Hacienda.

Y á este género de medidas pertenece el propósito del Sr. Angulo de imponer un 18 por 100 á la renta del Estado, tanto interior como exterior, lo que equivale á despojar á los acreedores de un capital en lo equivalente á la parte rebajada de la renta, con más lo que necesariamente debe sufrir el resto del mismo capital por el ataque inferido al crédito de la nacion. Porque, en efecto, dado el primer paso, establecido el principio, ¿quién podrá contar con que en adelante no se repita y extienda semejante acto de despojo?

Los periódicos extranjeros han dado la voz de alarma; desde el dia 28 del pasado, en que los de Lóndres publicaron el telégrama que contenia tan desagradable noticia, acompañada de los consiguientes comentarios, un movimiento general de indignacion se levantó contra nosotros en aquella plaza, donde ya no se habla de España más que para descargar sobre ella las más severas censuras.

Uno de nuestros corresponsales, con fecha 29 de Octubre nos dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«Al punto volví, por mi parte, á experimen»tar lo que, despues del célebre arreglo de Bra»vo Murillo, no podíamos ménos de experimen»tar aquí todos los españoles: una especie de »profunda vergüenza de que siquiera se crea »que uno tiene nada que ver con... (aquí el corresponsal hace una calificacion que no queremos reproducir.)

»Un rio de oro inglés sé yo que hubiera ido, »despues del éxito del último empréstito, á vivi»ficar los elementos de riqueza de España; pero »con la fatal noticia de ayer, todo ello se ha »trocado en pánico.

»Casi me cuesta trabajo creer que las Córtes »sancionen el despojo. Si efectivamente lo apro»baren, ya podemos despedirnos, probablemente »para el resto de nuestros dias, de ver más capi»tal extranjero interesarse en un país que en »adelante no merezca otra cosa que la execra»cion de todas las conciencias honradas.»

Las mismas dudas que nuestro corresponsal expresan el *Times* y el *Daily-News*, diciendo el primero que «si el nue»vo ministro del rey Amadeo realiza sus »propósitos, los poseedores extranjeros »serán víctimas de un verdadero enga»ño;» y el segundo dice por su parte: «Esta política es tan contraria al sentido »comun y tan destructora del crédito »público, que consideramos de nuestro »deber no prestar asentimiento á la noti»cia. La misma exorbitancia del impues»to es una razon para que no le demos »crédito.»

Todos los periódicos extranjeros confian en que las Córtes no aprobarán tan desastrosa medida; pero es triste considerar el daño que, aun en el caso de ser desechada, ha inferido á nuestro crédito el Sr. Angulo, precisamente á raíz del poderoso impulso que le habia dado el ministerio anterior. Actos de la naturaleza del que se propone nos han traido á la situacion que revelan las siguientes cifras:

Precios á que se han cotizado el 25 de Octubre los títulos del 3 por 100 en los países donde existe Deuda á este tipo de interés.

Bélgica, 3 por 100 de 1838	97 %
Dinamarca, empréstito Hambro	93
Inglaterra, consolidado	93 7/8
Chile, bonos de Lóndres de 1842	91
Sajonia, 3 por 100 de 1830	88 3/8
Francfort	76 3/4
Holanda, renta activa	63 1/4
Francia	57'60
Italia	37'50
Portugal, 3 por 100 de Lóndres	37 1/8
Idem, empréstito de 1853	35 11/16
España, 3 por 100 exterior, en la Bolsa de París	35
Idem, en la de Lóndres	34
Idem, en la de Bruselas	33
Idem interior, en la de París	29

Se vé, pues, que una nacion como España, que viene pagando hace veintitres años sus cupones, es la última en la estimacion de sus valores; y si corregimos las últimas cifras con arreglo á la baja que representa el impuesto del 18 por 100, aun sin calcular la lesion que produce semejante bancarrota parcial, tendremos reducido el precio de la exterior á 27'88 y á 23'88 el de la interior.

Es el más lamentable de los errores económicos el creer que los intereses de la Deuda pública sean materia imponible, como cualquiera otra propiedad: una finca ó una industria, se adquieren, ó crean, ó establecen ya en el concepto de que sus productos han de contribuir á las cargas públicas; mientras que la inversion de un capital en Deuda, empleo esencialmente aleatorio y sujeto á las fluctuaciones del crédito nacional, se funda en un contrato bilateral entre el Estado y sus acreedores, contrato que no puede alterar en su provecho y en perjuicio de la otra una de las partes contratantes. Y esta doctrina, si ya no fuese elemental en materia de derecho, la han confirmado en Mayo de 1862 varios jurisconsultos españoles de todas las opiniones políticas, al ser consultados separadamente por el Comité de los tenedores de certificados de cupones ingleses. Los informes citados, y que tenemos á la vista, los dieron los Sres. D. Manuel Cortina, D. Joaquin Francisco Pacheco, D. Cirilo Alvarez, D. José de Olózaga, D. Juan Gonzalez Acevedo, don Luis Diaz Perez, D. Rafael Monares, don Antonio Rivero del Cidraque y D. Nicolás María Rivero, aunque el de este último no llegó á publicarse, por razones que no son de este lugar.

Todos estos señores creyeron que el Gobierno cometia un verdadero despojo modificando por sí y en perjuicio de sus acreedores el contrato en que se funda la existencia de la Deuda pública y á la frecuencia con que, por desgracia, se toca en España al crédito público, con actos como el consumado por el Sr. Bravo Murillo y el propuesto por el Sr. Angulo; á la repeticion de los propósitos con que se pone en tela de juicio la integridad de los intereses, introduciendo el pánico entre los acreedores, tanto nacionales como extranjeros; á las dudas y ataques contra la validez de contratos solemnes, como el del Banco de París, que, cumplido por parte del Banco, se trata de rescindir; á todo esto se debe que permanezca siempre nuestra probidad nacional sentada ante la opinion de Europa en el banquillo de los acusados, y que se vea condenado nuestro 3 por 100 á figurar el último en la lista de los títulos que gozan de este interés; detrás de Portugal y de Italia que no cuentan con recursos como los de nuestro país.

Examínense todas las causas de decadencia de las naciones, cuyo crédito está humillado, y se verá que en Italia, en Austria y otras, tuvo por orígen la circulacion forzosa del papel-moneda y el impuesto sobre los intereses de la Deuda; que la reduccion á la mitad de los crédi-

tos contra España, procedentes de los antiguos 4 y 5 por 100, han tenido cerradas durante trece años á la contratatacion de nuestros valores las Bolsas de Lóndres, París, Francfort y Amsterdam, y que de realizarse el propósito del señor Angulo, quedaria condenada á igual sonrojo toda la generacion actual.

No descenderemos á examinar las necias vulgaridades y las ridículas razones propias que se atribuyen al señor Angulo, como aducidas en defensa de su peregrina exaccion: para esto seria necesario salir del terreno grave y sério que corresponde al asunto, para esgrimir las armas de la caricatura, género á que pertenecen los fundamentos en que pretende apoyarse un ministro á quien el porvenir reserva una triste celebridad, si sus propósitos no llegan á hundirse entre el estrépito de una compasiva carcajada general.

F. J. B.

SESION DE LAS ACADEMIAS FRANCESAS.

DISCURSO LEIDO POR M. E. LEGOUVÉ.

Señores:

En la actualidad las colecciones fotográficas están de moda, como sabeis. No he visto salon que no cuente la suya, y cada una de estas compónese á la vez del retrato de los personajes que figuran, por cualquier estilo, en la sociedad y del que la forma. Uno de estos albums, que recientemente ha caido en mis manos, me ha llamado la atencion por su carácter original, y me ha hecho concebir la idea de entreteneros por un momento con este descubrimiento maravilloso que se relaciona con el arte y la ciencia; la historia y la familia; que está al alcance de los séres más oscuros como de las personalidades más esclarecidas, y que responde juntamente á uno de los placeres más vivos de nuestro espíritu y á una de las necesidades más profundas de nuestro corazon.

En ocasion de la muerte de Mdme. de Staël, viendo sus parientes que se acercaba por instantes el fatal momento en que dejara de existir, querian separar de aquel lecho de agonía á la multitud de amigos que le rodeaban. «*Dejad, dejad que entren*, dijo ella con turbada voz, *deseo ver un rostro humano.*» Estas frases profundas y casi terribles, expresan una de las más ardientes pasiones de nuestra época, todos deseamos lo que aquella ilustre escritora deseaba. Detenéos, por un momento, ante la tienda de un comerciante de estampas; reparad qué turba hay siempre delante de sus escaparates y observad su atencion investigadora. Que el retrato expuesto sea el de un criminal ó el de un hombre de genio, de una actriz ó de un general, de un soberano ó de un poeta, hay el mismo furor para escudriñar su frente, sus ojos, su fisonomía entera. ¿Es esto pura curiosidad, simple deseo de pasatiempo ó frívola distraccion?

¡No! hay otra cosa más que el deseo de ver en este insaciable ardor de mirar; existe en él una necesidad íntima y característica de la inteligencia moderna; nosotros tenemos necesidad de la fisonomía humana por la misma razon que necesitamos el alma.

Nuestra época, en efecto, no es una época de imaginacion y de poesía; la realidad sola la interesa profundamente. En la ciencia, el tiempo de los sistemas pasó ya, el reinado de la experiencia se encuentra ahora en su apogeo. En historia, queremos la verdad absoluta, queremos que el historiador sepa y diga tanto de los grandes hombres, como su ayuda de cámara pueda decir de él; en el teatro, el medio más seguro de obtener un triunfo, es contar al público por la noche lo que éste ha visto y oido por la mañana; poco importa que lo que viera fuese poco bello y lo que oyera fuese doloroso, uno y otro le agradará: el amargo placer de evidenciar la existencia de un vicio le consuela. De aquí, los inmensos triunfos de Balzac. Nadie se ha ocupado tan profundamente de nuestra alma, y nadie ha inspirado tanta simpatía y admiracion. ¡Cosa extraña! Así nos encanta más. ¿Por qué? porque nosotros le creemos tanto más verdadero cuanto más nos interesa, pues de este modo satisface el gusto dominante de nuestro espíritu y nuestra más querida pretension, pues conoce perfectamente el fondo de las cosas.

Esta doble disposicion explica nuestra pasion por las fotografías de personajes célebres; no nos es suficiente saber lo que hicieron, queremos apreciar lo que son.

La Fama posee sus cien bocas tan solo para mentir de cien distintas maneras. Los artistas colocan solamente en sus obras lo que poseen de mejor; á menudo colocan tambien lo contrario de lo que son y de lo que sienten. He conocido un pintor, célebre por el valor con que pintaba las batallas, y en realidad era la prudencia personificada; empleaba tanto valor en sus cuadros que no le quedaba ninguno para sus actos privados. En fin, ¿hemos de juzgar á los hombres de accion por sus hechos? Nada ménos seguro. Valemos casi siempre más ó ménos de lo que solemos hacer. Existe un gran número de culpables que son ménos criminales que sus delitos, y hay tambien muy pocos héroes que sean tan heróicos como sus acciones. Si pudiéramos penetrar en el fondo del corazon, de donde sale un hecho digno de ser reprobado ó admirado, quedaríamos absortos al contemplar la diferencia que existe entre el hecho y el actor, entre el árbol y sus frutos.

Las circunstancias que concurren, el momento, los móviles secretos toman una parte tan grande en nuestras acciones, que no somos responsables de ellas sino por mitad; tenemos á todos los acontecimientos por colaboradores anónimos. Y bien, ¿cuál es la parte precisa que pertenece á los hombres célebres en todos sus actos? ¿Qué proporcion existe entre lo que han hecho y lo que son? Hé aquí lo que nosotros queremos averiguar á toda costa, y hé aquí lo que deseamos sacar de su fisonomía; consideramos al rostro humano como un último testigo; testigo que no dice todo, pero que expresa lo que otro no puede decir; testigo de cargo y descargo, que agrava, atenúa, completa, rectifica los otros testimonios; testigo, en fin, formado por Dios mismo y que, si se le consulta con circunspeccion, miente poco y engaña raramente; en general, no se tiene más que la figura que se merece.

Esta idea, que no sustento como verdad absoluta (pueden reclamar cuantos gusten), esta idea ha servido de punto de partida á una nueva escuela histórica. Uno de los talentos más ingeniosos y más profundos de estos tiempos, M. Ampére, en su bello libro titulado *La historia romana en Roma*, y despues de él M. Beulé, en sus vivos y originales estudios sobre la antigüedad, han hecho de las estátuas y bustos romanos un apéndice á los *Anales* de Tácito, tratando de sacar los secretos de la vida de los Césares de los retratos de estos, y el mármol les ha revelado lo que el génio no les hubiera dado á conocer sino acaso á medias. ¿Qué hubiera acontecido, pues, si en lugar estas fisonomías más ó ménos alteradas por la adulacion ó la poca habilidad de los artistas, hubieran tenido delante de sí á la persona tal cual la naturaleza la hubiera creado? ¡Qué hermosa claridad arrojaria la Historia si cada siglo apareciese ante nosotros con el viviente cortejo de los séres sublimes ó perversos, terribles ó maravillosos que lo han ensangrentado, encantado ó inmortalizado! ¡Qué raudal fecundo de instruccion y placer, si pudiéramos todos en el estudio del pasado tener en nuestra mesa, en nuestras manos, ante la vista, al lado de cada grande acontecimiento histórico la fisonomía de su autor!

¡Pues bien! Hé aquí lo que producirá la fotografía, y hé aquí lo que ha ensayado y realizado en parte, en la época presente, el album de que os vengo hablando.

El que le ha formado no es, sin embargo, un sábio, ni un historiador, ni un moralista, y su coleccion no se asemeja en nada á una galería metódica y completa de grandes ilustraciones contemporáneas; hombre de mundo, de espíritu, y aficionado decidido de cuanto es picante, ha tratado de reunir en su album todo lo que se relaciona con las grandes cuestiones de actualidad, en todos sentidos.

Tiene, pues, reunido en la *Flora de París*, porque sobre todo es un album parisiense, un centenar de... ¿de qué? ¿De glorias? ¡Oh, no! La palabra es muy grande para el asunto. Algunos, ó todos los personajes que figuran en él á título de ilustraciones, es muy posible que sean tan solo, con el tiempo, meras reputaciones, acabando, así lo creo, por ser verdaderos anónimos.

¡No importa! El album tiene solo la pretension de ser curioso y formar un picante contraste. Un hombre de Estado frente á frente de una cantante, un soberano al lado de un tenor. Un ministro sonriendo al que le ha de suceder, y juntamente con la hermosa cabeza de un poeta inmortal la efímera beldad de una mujer de mundo.

Las estrellas errantes, como no podeis ménos de saber, no son las que hacen ménos efecto en el cielo.

Examinando estos retratos me asaltó la siguiente reflexion: Estas personas tienen todas un parecido que de seguro nunca se lo hubieran podido imaginar, porque, sin duda de ningun género, puede decirse que ellos mismos han trabajado en su comun parecido, han sido á la vez modelos y pintores. Más de uno, estoy seguro, al sentarse en la fotografía, habrá tomado su postura favorita, su fisonomía predilecta, aquella que expresa, no lo que se es, sino lo que se desea ser. Hé aquí, uno, por ejemplo, que, sonriéndose de una manera demasiado característica, se encuentra evidentemente muy espiritual. Este otro, con sus ojos elevados al cielo, y su cabellera en desórden, pertenece á la clase de los poetas inspirados. Mucho me sorprenderia si este personaje que os mira con ojos espantados, no dijera por lo bajo: ¡*Qué golpe de vista de águila poseo!* ¡*Nada se me escapa!* En fin, en cuanto á este jóven legislador que lleva muy orgullosamente su parte de soberanía, es evidente que, una vez en la tribuna, no habrá medio para hacerle descender de ella, pues estoy seguro que con sus veinticinco años desea gobernar á los hombres de Estado á todo su antojo.

Todas las anteriores observaciones, vienen á reasumirse en una sola palabra:

«La *fotografía* es á la vez el retrato de nuestra figura y el de nuestras aspiraciones. De ello resulta que considero como muy conveniente hacerse fotografiar de cierto en cierto tiempo. Una buena fotografía vale tanto como un exámen de conciencia. Ella pone más de un secreto debajo de vuestros ojos, que no osais llegar vosotros á comprender por sí mismos; ella presenta de una manera descarada, vuestra edad á la cara. El hombre de 50 años, de 60, si quereis, por poco sincero y franco que sea, no puede ménos de exclamar por lo bajo, en presencia de su fotografía: ¡Bondad del cielo! ¡Soy viejo! ¡Cómo! ¿todas estas arrugas tengo yo? ¡Cómo! ¿esta figura triste, fatigada y decaida, es el mismo señor á quien yo hago la barba todos los dias? ¡Esto es increible!

¡Queda estupefacto! Estupefaccion que aumenta por momentos de una manera desagradable hasta que, llevando la fotografía á algunos de sus amigos... les oye exclamar: ¡Oh! ¡perfectamente! ¡Está muy bien! Hé aquí un retrato que se os parece en un todo! ¡Gracias! ¡Ah! es bello creerse sensato y filósofo, arrancar sinceramente del corazon todas sus ilusiones de amor propio, como un buen jardinero quita las malas yerbas de su jardin; siempre se hace uno por dentro un retrato de sí mismo, más bello que la realidad.

Interiormente no existen registros de estado civil, ni de nacimiento; siempre aparece uno ó se considera jóven! ¿Un buen libro puesto entre sus manos, le causa el mismo entusiasmo que á los 25 años? ¡Sí, creedme, exclamé, como á los 25 años! Una narracion triste, os arranca lágrimas; un bello rostro, os encanta como lo haria á esa misma edad!

¡Creedme, repito, veinticinco años! Yo estoy seguro, que en el momento en que los ancianos de Troya se levantaron delante de Helena, gritando: «¡Qué bella es!» ellos no se acordaron más de su edad; se creyeron jóvenes: ¡ellos lo eran!... en su interior. En su interior, sí; ¿pero fuera de tiempo? ¡Oh! creedme, vosotros mis contemporáneos, mis antepasados y mis compañeros de algunos años, ¡haced vuestra fotografía! Si sentis pintar por vuestra mano algun exceso de vanidad, alguna veleidad de pretension, pretension de fuerza ó de salud, fotografiaros. ¡Mandad sacar vuestra fotografía!

Ella tiene grandes propagadores en el mundo; ninguno os repetirá tan alto el *Solve senescentem* de *Horacio*, ninguno se atreverá á deciros: «¡Eh! mi buen amigo, despojaos de vuestra vanidad, renunciad á hacer papel en el mundo, y contentaos con ser bueno, útil y humanitario. Esto es y ha sido propio de todos los tiempos y edades.

La vejez tiene un bello papel: este es el de no ser enemiga de la juventud, sino el de amar y el de hacerse estimar.

La vejez puede tener su gracia; pero una gracia séria, y sobre todo desinteresada. Todos los jóvenes son más ó ménos interesados: su amabilidad, su elegancia, su alegría misma, tienden siempre á conseguir, siquiera sea en parte, sus deseos; ¡quieren que sus sonrisas sean recompensadas! La vejez tiende precisamente á lo contrario: ella no prescinde de agradar á los demás; pero sin pensar en sí misma para nada. Toma por modelo al encantador *Ariste*, de *La escuela de los maridos*, de Moliére, que es amable, gracioso, risueño, galante, pero no ridículo. ¿Por qué? Porque dá todo y no pide nada.

Hé aquí cuanto me ha dicho este album fotográfico, el cual me ha dado ciertos y muy buenos consejos; pero cuando se dice así tan sinceramente la verdad á los otros, es preciso tambien permitir que nos la digan. La fotografía tiene una gran falta; como todas las reproducciones, desfigura las fisonomías que reproduce; y conozco más de una fotografía que es una verdadera calumnia. En primer lugar, hay figura anti-fotográficas, y modelos en que el sol no refleja nunca el parecido. ¿Por qué? ¿A qué es esto debido? Podria darse más de una razon científica, pero la principal es que la fotografía no nos reproduce, sino inmóviles, condenados siempre á la inamovilidad, y por consiguiente más ó ménos desfigurados por la contraccion.

Poco importa que la reproduccion material de los retratos sea exacta, nuestra fisonomía no está enteramente encerrada en nuestros huesos, sino tambien en el juego de los movimientos de nuestro corazon y de nuestro espíritu, en el interior, que, bien sirve unas veces para hacer brillar nuestros ojos, palpitar nuestros labios; que reparte, en fin, sobre nuestras imágenes, el fuego de la cólera, el resplandor de la alegría, la luz de la inteligencia ó del alma. Todo esto que hemos expuesto, ¿se representa en la fotografía? Que llegue, por ejemplo, un hombre de imaginacion cuando la fotografía ejerza su accion. ¡No os movais ya! ¡No os movais! A esta sola palabra las miradas se trincan, los ojos lloran, la sangre desde el corazon quiere acudir al cerebro, con violencia; es preciso no aceptar las ventajas de la fotografía, sino bajo beneficio de inventario; la fotografía abusa muchas veces de su propia exactitud.

Así, pues, yo entreveo en este album el retrato de un ilustre octogenario de nuestro tiempo; este retrato es una obra maestra, pero una obra maestra engañadora. Esa frente cercada de arrugas, esas mejillas descoloridas, esos labios caidos, esos ojos cubiertos por los párpados, forman, sin duda, una imágen admirable de verdad; pero de una verdad material, exterior, y que, por consecuencia, no es más que la mitad de la verdad. Reproducir la vejez de la fisonomía humana, como la de un monumento, es alterarla. Aquellos que han visto á este ilustre anciano, saben que hay otro *él* que es distinto de este retrato, un él lleno de fuego, de vida, de gracia y de cuya fisonomía huyen como por encanto quince ó veinte años. Yo no veo aquí más que la mitad de su medalla y la otra mitad es el reverso.

El arte fotográfico abunda en errores de este género. ¿Cómo corregir estas impresiones fatales? ¿Cómo completar, al ménos en parte, estos testimonios insuficientes? Yo sé, yo creo existe un medio. Es preciso en este album añadir á la imágen del modelo algunas líneas de su escritura. Mófanse voluntariamente algunas personas que pretenden juzgar del carácter de la escritura, á diestro y siniestro. La escritura es un retrato, como los gestos, como la voz, como todo lo que emana de nosotros. Yo hablo desinteresadamente, porque tengo una letra abominable. ¡Ah! esto que yo quiero explicar es muy triste para mí; por eso es mejor no decirlo.

Esto, que es cierto, prueba el interés de completar la fotografía con la autografía. Una sola frase de este ilustre anciano, escrita debajo de su retrato, seria suficiente para hacernos comprender que dicha imágen miente. La mano protestaria contra la figura, y gracias á esta escritura tan firme, tan derecha, y á un dibujo tan bello, detrás de la fachada alterada del templo, aparecerá á nuestra vista la lámpara del santuario, es decir, la eterna juventud de la inteligencia, del carácter y del alma.

Yo remito esta idea á las diferentes colecciones de albums. Ellos encontrarán un medio más de satisfacer á la pasion de nuestros tiempos, la más universal, la más comun á todas las clases, á todas las edades, y que es comun á los dos sexos, la curiosidad. Porque hablando de las personas curiosas, se dice á cada momento *Les filles d'Eve.*

No quiero acabar esta reseña del arte fotográfico por un *desideratum*, cuando existen todavía otros méritos de los cuales no he hecho mencion. ¿Cómo, por ejemplo, no hablar de él á título de compañero de viaje? ¡Cómo maravilloso auxiliar en todas las grandes expediciones científicas!

¡Con qué poder hacer revivir á nuestros ojos, en su originalidad, los monumentos gigantescos del Oriente! ¡Qué insurreccion de pueblos que han sido poderosos; qué evocacion de sus templos, de sus estátuas, de sus dioses, de su tierra, de su cielo, me permitireis que diga hasta de su sol, porque el poder de sus sombras revela el poder de la luz! Es, por tanto, otro de los beneficios de la fotografía trasportarnos todo aquello que se halla fuera de nuestra vista.

Hoy la condicion primera de las conquistas del génio es la de esparcirse y propagarse por el mundo. La fotografía tiene este glorioso privilegio: ella está destinada á llevar hasta los sitios más humildes, la alegría reconcentrada en las clases privilegiadas, la alegría de poseer la imágen de aquellos á quien se ama. Gracias á ella, el pobre paisano que va destinado á servir en el ejército, lleva en su maleta, no el baston de mariscal de Francia, pero sí en cambio, otra cosa más fácil y no ménos dulce y halagüeña, el retrato de su madre, á la cual él deja el suyo. Gracias á ella, ni la más humilde habitacion puede dejar de poseer, como los castillos aristocráticos, su galería de retratos de familia, su coleccion de antigüedades... pueden poseerse, en fin, todas las genealogías de comerciantes, de artistas, de obreros, los cuales no son ménos útiles para nuestros hijos, que lo fueron para los descendientes de la antigua nobleza, toda la larga série de embajadores, de generales y ministros. Si los unos representaban la raza, los otros representan la familia; si esta sucesion de uniformes brillantes y condecoraciones resplandecientes, entretenia el espíritu de jóvenes nobles y de justos sentimientos de orgullo, las metamorfosis del vestido en hábito, del hábito en toga de abogado ó de juez, hablan á los hijos nacidos de las clases modernas. Los unos aprendian de sus padres, cómo se desciende, los otros aprendieron de ellos cómo se eleva.

¿He dicho todo? No; la fotografía tiene un último título á nuestro reconocimiento.

Algunos no se han hecho esta triste reflexion, cuál es que nosotros perdemos á nuestros hijos á cada momento. Cuando Dios nos los deja, el tiempo nos los disputa. El niño de hoy, no se parece al niño de ayer y se diferenciará del de mañana. Las edades, sucediéndose, se devoran las unas á las otras, la adolescencia absorbe la infancia, para dar bien pronto en la vejez, de manera que cuando nuestro hijo llega á su pleno desarrollo, hemos perdido todo lo que le ha precedido, ¡hemos perdido sus quince primeros años! Nuestra memoria, por fiel que sea, no los posee más que como un vago recuerdo que de dia en dia desaparece de la imaginacion. ¡Y bien! esta parte tan cruel, ¿la repara ó la remedia la fotografía? Lo que el tiempo nos arranca, ella nos devuelve.

Pidamos ó mandemos hacer cada año un retrato de nuestros hijos, y reconquistaremos esta série de metamorfosis por las cuales ellos han pasado, nos encontraremos con todas las transiciones de su fisonomía, sus trasformaciones de inteligencia ó de carácter, sentiremos renacer en nuestro corazon todas las alegrías, todas las esperanzas que en otro tiempo abrigáramos; no son ellos solos los que reviven delante de nosotros, somos nosotros que revivimos á nuestros propios ojos, delante de su imágen, y que revivimos, ¿por qué?.... ¡Todavía por ellos! Cada uno de estos retratos es, no solamente un recuerdo y una alegría, sino una severa leccion.

Cada una de estas imágenes nos recuerda una falta que nosotros hemos censurado en ellos; este golpe de vista que abraza toda la carrera que ellos han recorrido, nos enseña á guiarlos en la que están por recorrer; y, en fin, si Dios determina por desgracia nuestra arrebatarnos de la tierra á los hijos que debieran rodearnos al morir, al ménos nos quedará el consuelo de conservar de ellos todo lo que la Providencia les llegó á conceder. Su recuerdo nos ha sido arrebatado, pero su pasado le poseemos por completo.

Yo no puedo ménos, al ver semejantes beneficios, de indignarme de nuestra injusticia hácia aquellos á quien se lo debemos.

El hombre que ha tenido la primera idea de esta grande invencion, el hombre que ha realizado esta primera forma, era un francés, y nosotros hemos ocultado su nombre y hemos hecho una invencion anónima. El anónimo... ¡que estos muros me perdonen este barbarismo!

El anónimo es una de nuestras ingratitudes. ¡El vapor, el cloroformo, la telegrafía eléctrica! Todos citamos á cada instante á los grandes hombres que han dotado al mundo de una poderosa idea física ó de una fuerza material: hemos ensalzado el genio de sus obras.

Todos los dias, á cada momento somos iluminados por ellos, encantados, enriquecidos, y no sabemos sus nombres. Yo no conozco más que dos excepciones de esta regla general: la una en América, *Vespucio*, el otro el desgraciado doctor *Guillotin*.

¡Es demasiado tarde para reparar nuestra injusticia hácia nuestro compatriota M. Daguerre! Pero al ménos, si no sabemos nada respecto al inventor, respetemos la invencion.

¡Que este arte que tiene por mision, ilustrar, encantar y consolar, no sea empleado en corromper!

El primer sitio de París, al cual la historia dará justicia, ha tenido un gran honor: por la sola influencia de los sentimientos viriles y puros, que se encerraban en el alma, y que eran como la atmósfera de la ciudad, han hecho desaparecer aquellas fotografías que ofendian al pudor público. Si osasen reproducirse todavia, únanse todas las personas honradas y sensatas, para volver á dar con ellas en tierra. ¡Convengamos en que, en una poblacion ardiente como la nuestra, tales imágenes son un peligro! Convengamos en que cuando la multitud se coloca alrededor de ellas, es el veneno que bebe por sus ojos, y no deshonremos un arte noble y bello, condenándole á representarnos lo que hay de más inmundo en la tierra, el vicio, reproducido por lo que Dios ha creado más puro, la luz.

ESTUDIOS CRÍTICOS

SOBRE EL FAUSTO DE GOËTHE.

POR

MARIANO CALAVIA.

(Continuacion.)

Cuando ese diablo se ha apoderado de nosotros, cuando este *brebaje* hemos bebido, la caida es inevitable, y dura y difícil la rehabilitacion y la armonía. Obligamos al cuerpo, cada vez más viejo, á seguir á la imaginacion, cada vez más jóven; y hé aquí el estado de Fausto tal como la *hechicera* (1) ha *rejuvenecido* al doctor impaciente y desazonado. Mefistófeles toma por una contradiccion completa lo que no es otra cosa que producto de nuestra inhabilidad y de nuestra impaciencia y de nuestra falta de arte, que tan cara pagamos.

No tarda, por consiguiente, la *imágen eterna* que nos persigue sin trégua en aparecerse á Fausto con todo el explendor de una belleza de primer órden, con toda la mágia que sabe prestar á sus ídolos una imaginacion profundamente experimentada. «¿Qué es lo que veo? exclama: ¿qué celestial imágen se me aparece en este encantado espejo? ¡Oh, amor! ¡Llévame en tus rápidas alas á la region que habitas!.,. ¡Es la imágen más perfecta de la mujer! ¿Puede tener una mujer tanta belleza? ¿Será ese cuerpo tendido ante mí el conjunto de todas las maravillas de los cielos? ¿Puede haber cosa igual en la tierra?» Ese es el ideal que toda alma humana persigue en esta vida como el único objeto capaz de embriagarnos en una felicidad inextinguible. La aspiracion es noble; el deseo, legítimo; el pensamiento, al deleitarse en él, se dignifica; solo cuando Mefistófeles le sigue la *pista* y se intenta *apoderar* de semejante *tesoro*, es cuando el encanto se desvanece y la mágia se evapora; y esto es natural: al extraviar su direccion y la rectitud y pureza de su mision, le despoja de sus mejores galas y marchita sus más delicados encantos. El predominio del sentido hará siempre el amor inasequible, porque lo hará insaciable, y nada satisface ménos al alma que lo fugitivo y pasajero. Lo finito nunca puede estrechar en sus redes á lo infinito, es contraproducente. El amor se escapa siempre del que pretende apoderarse de él con manos impuras, reduciéndolo á la fugitiva y pasajera sensacion que en cada momento se extingue sin idéntica vuelta.

XII.

Hénos aquí ya, con el alma embriagada de Fausto, entregado y extraviado por este sentimiento al pleno dominio que por el momento ejercen los sentidos. «Con esa bebida en el cuerpo, dice Mefistófeles, verás una Elena en cada una de las mujeres que te salgan al paso.» Tal es la disposicion de ánimo en que Fausto se encuentra despues de una larga vida de *aspiraciones infinitas* y *deseos insaciables*. Este lado flaco, esta tendencia falsamente dirigida, este anhelo impaciente, es el que toma Mefistófeles como su punto de partida para apoderarse por completo del espíritu inagotable del doctor. Puede decirse que el nudo del poema se halla principalmente en este extravío cardinal del sujeto desvanecido y alucinado.

Todo el brebaje que el doctor ha ido confeccionando en su fantasía durante largos años; todos los sueños, todos los delirios, todo el encanto, toda la mágia que el corazon sediento de amor por embellecer la vida busca como esencial y sustantivo, como permanente y eterno, segun lo concibe la inteligencia humana, aguijoneada por el sentimiento mismo durante una larga experiencia nunca satisfecha y cada vez más apremiante en el deseo, es referida por Fausto á la incomparable Margarita que los sentidos le presentan á su paso. El entendimiento aquí saca todo el partido que le es posible de las excitaciones voluptuosas que una embriaguez momentánea producen, reduciendo y concretando á la sensacion pasajera los nobles impulsos y las puras inclinaciones que en su espontaneidad primera despierta toda conciencia siempre recta, y jamás anulada en sus movimientos primitivos y directos.

¿Qué es, pues, Margarita? ¿Qué es este resorte mágico de que tan notable partido saca ese Mefistófeles alucinador que tan íntimamente adherido tenemos con nosotros mismos?

Margarita es la *mujer ideal* que perpétuamente acariciamos en la mente, y que á cada paso creemos hallar al romper la armonía de nuestra doble naturaleza en la primer mujer que nos sale al encuentro, antes de *determinar* y precisar el tipo en sus condiciones históricas y limitadas que concluyen por desencantarnos y alejarnos en la *aprension sensible*, la esperanza de una felicidad siempre soñada. La fantasía, cada vez más potente y fecunda en inventarse placeres que no pueden hallar plena realizacion en las sensaciones de suyo finitas y limitadas, refiere todo ese mundo estético inagotable, á la mujer que en sus primeras apariencias, se la presenta como el vellocino constantemente buscado, y siempre desvanecido al quererlo reducir á lo finito, y condensarlo en las proporciones de una sensacion rápida y calenturienta. (1)

El extravío de estas impaciencias terrenales, es el que nos lleva al mal ocultando las espinas y los abrojos de que se halla rodeado entre las flores engañosas de un Paraiso ideal con el que procuramos embellecer el abismo en que caemos. ¡Lucha terrible! ¡Prueba espantosa! Y la más difícil de vencer, en medio de una vida que hemos convertido en un desierto, y del que aspiramos á salir impacientes, creyendo hallar un *paraiso eterno* en el disfrute efímero de un placer momentáneo, que no hace en último término otra cosa que ahondar nuestra pesadumbre con un nuevo remordimiento, agrandando la soledad y el vacío en que nos vamos sumergiendo.

Toda alma ardiente, todo espíritu desasosegado, todo corazon encerrado en la cárcel de unos sentidos envejecidos y gastados por el abuso, al mismo tiempo que adornado de una fantasía exuberante y cada vez más jóven y fecunda en la creacion de sus engañosas imágenes, sentirá, ciertamente, la profunda realidad que este bellísimo cuadro expresa, indudablemente el más *plástico* de los que Goëthe ha sabido presentar en su poema. Toda la psicología del sentimiento se halla en estas escenas expresada con una verdad, con una sencillez, con un encanto verdaderamente poético. Los irresistibles impulsos de un corazon tierno y apasionado, la vehemencia, el vértigo, la alucinacion de un amor que se apodera por entero del alma, tienen en Margarita el intérprete más fiel y la más exacta determinacion. Desde la pasion que extravía, hasta el amor que se salva, la gradacion es seguida con todos sus incidentes, sin que se eche de ménos ni el más delicado detalle, ni la más profunda y minuciosa impresion que como resorte poderoso mueve á los amantes hácia su *compenetracion* ineludible.

Sin embargo, el asombro y admiracion de Margarita al hallarse *galanteada* por un hombre como Fausto, no pueden ménos de embriagarla y de hacerla verdaderamente inexplicable aquella *ternura inefable* que de las palabras del doctor se desprende. Su sencillez, su rusticidad, su vida, consagrada á los trabajos domésticos, no tardan en presentarse á sus ojos como verdadero contraste de las aspiraciones gigantescas y colosales que mueven el corazon y la fantasía de Fausto persiguiendo su *ideal*. «Es imposible, dice Margarita, que mi conversacion pueda interesar á un hombre tan sábio como vos.» Fausto, embriagado con la perspectiva de un *placer fugitivo*, que toma como la *realizacion infinita de la dicha suprema*, contesta, besándola la mano: «Una mirada, una palabra tuya dice más que toda la ciencia de este mundo.»

Margarita se desvanece más y más: á pesar de los esfuerzos, cada vez más débiles, que hace por sobreponerse al *amor* (amor bellísimo), que la va subyugando por entero, se siente arrastrada hácia su *seductor*, y halla en él una plenitud de belleza que rebasa hasta las aspiraciones más altas con que hasta entonces podia haber soñado. Es el *ideal* de Fausto, *contemplado por Margarita* con un *éxtasis idolátrico* que la arrebata. Las vacilaciones, las dudas, los temores, todo desaparece para ella en presencia de aquel cuadro sublime que inesperadamente se presenta á sus ojos fascinados. «Dios mio, dice, ¿qué ha de pensar ese hombre? Estoy siempre confusa en su presencia, y á todo le contesto sí. Siendo, como soy, una jóven inocente y pobre, no sé lo que puede encontrar en mí.»

Fausto, por el contrario, á medida que se vá acercando al cumplimiento de su *diabólico* designio, siente con más profundidad la distancia inmensa que separa sus aspiraciones *eternas* el efímero y arrebatador entusiasmo de algunos *instantes voluptuosos*, y exclama en un momento de serenidad y de calma, lamentándose de sus debilidades:

«¡Oh! Jamás poseerá el hombre nada perfecto; ahora lo conozco: tú me has dado con esas delicias, *que me acercan cada vez más á los dioses*, un compañero, de quien no puedo ya deshacerme, y que, frio y desdeñoso, me rebaja á mis propios ojos, y con una sola palabra sumerge en la nada cuantos presentes me has hecho; ha encendido un fuego atroz, que me impele hácia todas las *imágenes* de la belleza. Así, paso con trasporte del deseo al goce, y en el goce, suspiro por el deseo.»

Y á la verdad: no tarda el *Entendimiento endiablado* en interrumpir esta elucubracion sublime, presentándole la imágen de Margarita embriagada de amor y *presa* de los encantos que Fausto ha sabido despertar en su mente. «El raudal de tu amor, dice crónicamente Mefistófeles, desbordado cual riachuelo cuya corriente aumenta la nieve derretida, ha ido á inundar su corazon, dejando el tuyo enteramente seco.» Y efectivamente: el amor de Margarita tiene en Fausto el *intérprete real* de una aspiracion satisfecha que la absorbe por entero; al paso que Fausto no halla por el *momento* en Margarita otra cosa que una gota de agua propinada para aplacar una insaciable y devoradora sed de sensualismo.

El deber y el placer se disputan débilmente el terreno, mostrando como aun en medio de la alucinacion y del atractivo de los sentidos, la conciencia no desaparece ni deja un momento de hacer manifiesta la autoridad del deber, que en último término si rechazamos es porque *queremos*. Las pretendidas explicaciones de que Mefistófeles se vale, son una muestra palmaria de esta verdad inquebrantable, que constituye luego nuestro tormento más profundo. «Aparta, dice la conciencia en Fausto; quítate de ahí, y no vuelvas á pronunciar el nombre de aquella hermosa criatura; deja de ofrecer á mis sentidos, ya casi extraviados, la posesion de aquel cuerpo adorable.» Mefistófeles, sin embargo, no desiste, y aparentando (como para legitimar su debilidad) *compadecerse* de la situacion en que ha puesto á Margarita, exclama replicando á Fausto: «*¿Qué puede suceder?* Cree que has huido de ella, y á fe mia casi tiene razon...» «Vamos, seguidme; no es mi intencion llevaros á la *muerte*, y sí tan solo á la casa de vuestra querida.» Esta hábil manera de alucinar á Fausto, de distraerlo de las consecuencias fatales de su negra accion, que no pueden ocultársele, y de envalentonarle momentáneamente hasta el punto de llevarlo á arrostrar toda la cadena de males que son inevitables dado el primer paso, muestra hasta qué grado la ardiente impaciencia del sentido nos pierde, y hasta donde los *procedimientos abstractos* del *entendimiento deslumbrado* nos atraen de un modo irresistible.

La conciencia y la razon nada valen entonces, y nos hacemos á sabiendas esclavos del minuto que nos cerca, y á cuyas influencias no podemos hacernos superiores. «¿Qué me importa, dice Fausto, sentir en sus brazos los goces del cielo? ¿Qué el embriagarme de amor en su seno, si mis goces han de causar su desgracia?» Así habla la *conciencia*, aun en medio del extravío en que nos perdemos; pero el sujeto, alucinado, impaciente, atraido por el encanto de un instante de delicias, aleja de sí el recuerdo del deber, ó por lo ménos lo desprecia, y juzgándose esclavo irredimible del mal que le ha invadido, *amontona ruinas sobre ruinas*, y acaba por *sepultar tambien á ella y sus puros goces*, en el averno de sus remordimientos.

Mefistófeles, por su parte, no se descuida en encontrar algun sofisma que le sirva de triste consuelo, y que por el momento, al ménos, sea su lenitivo y su esperanza. «¡Siempre el mismo ardor! exclama: pobre loco, ven conmigo y consuélala. Te figuras que todo termina allí donde tu cerebro no encuentra salida;» y verdaderamente el consuelo no deja de ser diabólico.

XIII.

Por su parte, Margarita no se halla ménos alucinada, aunque, á la verdad, con una mayor *pureza de motivo* que la conserva siempre noble por encima de todas las seducciones que la van atrayendo, y á pesar de las que, Marta, su inseparable Mefistófeles, no logra borrar su permanente huella ni en el uno ni en el otro. «¡Cuán pronto, exclama, han pasado para mí los dias bonancibles! ¡Ya no volveré á gozar nunca más la dulce paz del alma! Do quiera no esté él, allí está mi sepulcro; solo donde él asoma, reina la vida.... Tengo la cabeza trastornada y el corazon desgarrado; cada vez me siento más desfallecida. Ni aun me atrevo á evocar el recuerdo de mis dias de calma. Todo en él seduce y fascina; su porte majestuoso, su amable sonrisa, la expresion de sus ojos, la elocuencia de su palabra, su mano juguetona siempre dispuesta á abrazarme, y sobre todo sus ardientes besos. Cansado de quejarse en vano, solo por él mi corazon suspira. ¡Ah! que no pueda yo estrecharle en mis brazos y morir repitiéndole, ¡te amo!»

Estos son los trasportes de la mujer enamorada, este es el lenguaje de la pasion que embriaga, este el cielo siempre sonriente de una dicha sin fin, soñada por la fantasía embargada de Margarita, ya intimida con el ardiente Fausto, y que rompe todas las barreras y deja desbordar toda la ternura de sus sentimientos; esta escena es de una sublimidad épica de primer órden. La antigua fe, sin embargo, las creencias austeras de la religion de su infancia, hacen á Margarita apelar á este último recurso, para atraerse al doctor, explicándose por su *aceptacion aparente* su debilidad para con él. Fausto aquí, aparece con la grandeza del sabio y con la profunda sinceridad del filósofo; sin embargo, dice Margarita: «Por más que me

(1) La fantasía.

(1) Por eso dice Fausto con un profundo sentido dirigiéndose á Mefistófeles: «Cuando impulsado por mis *sentimientos* y por mi *delirio*, busco en vano palabras que expresen mis *ideas*, y cansado me lanzo al torbellino, empleando las palabras más sublimes, hasta el punto de dar al *ardor* en que me abraso, los nombres de *infinito* y *eterno*, no te negaré que cometo tal vez una accion diabólica.» Aquí es donde más se hace manifiesta la obra propia del Entendimiento, el cual, contraponiendo los términos que le son dados (las ideas y los hechos, lo total puro y lo individual sensible), induce de lo efectivo (el ardor en que Fausto se abrasa y que es su hecho pasajero) lo esencial puro y lo permanente y eterno, hasta el punto de confundir en la *relacion* en que esto le es presente, lo *eterno* con lo *temporal*, lo *finito* con lo *infinito*, lo *ideal* con lo *sensible*, y por eso da á su estado (el ardor en que se abrasa) los nombres de *infinito* y *eterno*. Es, efectivamente, lo más *diabólico* que puede Mefistófeles producir, y la *alucinacion* más honda de que frecuentemente hace víctima al *sujeto*.

parezca razonable todo cuanto dices, veo en tí algo de oscuro que me atormenta mucho, porque no crees en el cristianismo.» «No puedes figurarte el horror que me causa el verte en compañía de ese hombre (aludiendo á Mefistófeles), que está siempre contigo; en mi vida habia visto una cara tan repugnante... Por feliz que sea el estar á tu lado, se me oprime el corazon cuando le veo.» Nada más elocuente, y que con más delicadeza revele el fondo siempre incorruptible de la conciencia humana, que aun en medio del extravío del *sugeto* denuncia á este los propios abismos que le cercan, y las terribles consecuencias de un mal cuyo presentimiento es imborrable; por eso Fausto con un altísimo sentido le dice: «Eres un ángel, pero no estás libre de presentimientos.»

Y, efectivamente; se necesita toda la frialdad del entendimiento extraviado, toda la soberbia y la hinchazon de ese Mefistófeles siempre dispuesto á aplaudirnos la obra diabólica que realizamos, para tomar como un rasgo de independencia lo que no es otra cosa que el fruto amargo de una presuncion insensata, y el resultado de una engañosa ilusion que nos hace ver en la debilidad misma, un gigante á quien hemos vencido. Burlarse de su propia grandeza y gozarse en sus miserias, es el triste consuelo que le queda á todo ángel caido.

No tarda el remordimiento en presentarse á Margarita con los infalibles y consecutivos caractéres que le acompañan. El primer sentimiento que se despierta, es el de la compasion hácia el prevaricador contra el que antes habiamos sido inexorables desde las alturas de una austeridad no puesta á prueba, y para la que nos habiamos juzgado *inabordables*. «¿Cómo es posible, dice, que antes clamase yo tanto contra la pobre jóven que tenia la desgracia de cometer esa falta? ¿Por qué cuando se trataba de la debilidad de los demás, me mostraba yo siempre tan inexorable?... Y sin embargo, yo soy ahora el mismo pecado.» Reflexion profundísima que nunca meditaremos bastante, mostrando lo grata que nos es la compasion con que nos miran todos aquellos que tienen suficiente grandeza de alma para comprender hasta qué punto se extiende nuestra responsabilidad en nuetras faltas.

El desprecio y la cólera nos irritan y nos hacen persistir orgullosamente en la liviandad de nuestro pecado; solo la *benevolencia* y el *olvido constante* de parte de los demás, son los que logran redimirnos calladamente.

El sentimiento del bien es el agudo dardo que en el mal mismo nos atormenta, y nada es más horrible para el caido, que el aislamiento de los demás que lo pone inexorablemente frente á frente de su propia conciencia, despertándole resentimientos que en su humillacion lo ensoberbecen, y haciéndole acariciar una protesta insensata, que le obliga á no reconocer su falta. La cadena de males que el mal trae como consecuencia fatal, va desplegándose consecutivamente de un modo aterrador; vulnerada la honra de Margarita, es preciso que su pundonoroso hermano Valentin sea víctima de un nuevo crimen que los azares del mal presentan á cada paso como incidentes molestos que precipitan más y más al malvado. El cínico alarde que Fausto hace de su falta, ocasiona el compromiso en que Valentin sucumbe, coronando el doctor con un asesinato su infame accion, y pesando sobre Margarita un crimen más que llorar.

El remordimiento entonces, toma todas las proporciones de un infierno terrible, que abruma el alma del criminal: la forma cristiana, que toma en Margarita, es de parte de Goëthe, no solo una forma adecuada al carácter del tipo creado, sino un reconocimiento notable de la verdad parcial que el cristianismo ha expresado en su sentido moral, y que no podia desconocer el poeta, por más que éste la juzgue incompleta y estrecha aspirando á refundirla en una concepcion filosófica más alta y universal, como indican las palabras de Fausto en escenas anteriores. A pesar de todo, el espiritualismo cristiano tiene un carácter predominante en Spinosa, á quien el poeta seguia y hasta en el mismo Hegel más moderadamente: cristianos son uno y otro en su sentido fundamental, por más que ambos hayan desenvuelto horizontes superiores, sin haber podido salir de la fórmula del pasado, cuyo valor explican y cuyo epitafio ponen.

XIV.

Fausto ha penetrado, pues, en el infierno, á que le ha conducido su inexorable compañero. Todas las espinas, todos los abrojos, todo el sombrío panorama del mal preséntase á su conciencia, acusadora eterna de sus faltas, y denunciadora constante de sus extravíos. Todo el trabajo quedará reducido de aquí en adelante á buscar relaciones complejas, movimiento, distraccion, alejamiento de sí mismo que le haga temporalmente olvidarse de la espantosa noche que lleva en el alma, y cuya gráfica expresion se halla determinada en la primera noche de Walpurgis, esa noche de las quimeras, de las horribles pesadillas, de los vanos fantasmas, de las sombras tétricas, que por todas partes rodean al malvado. Los fuegos fátuos de ilusorias alegrías y de envenenados placeres tras de que su espíritu errante camina, son las únicas tibias claridades que en medio de la oscuridad de su alma han reemplazado á la luz explendorosa que una conciencia pura irradia, y á la que no le es posible mirar sin avergonzarse. Hacer maridaje con lo miserable y pactar á cada paso con lo deforme, humillando la nobleza de nuestro sér y contrariando constantemente su sublime destino, es la tortura y el suplicio terrible á que se hallan condenados todos los ángeles caidos. «A cada paso, dice Fausto, se tropieza con mil ratones é inmundos insectos que huyen despavoridos, aumentando el horror de este espantoso sitio, en el que se ven brillar la salamandra, el lagarto y la culebra, merced á la repugnante brillantez que despiden sus escamas.»

Ciertamente; en la inmensa explotacion á que los vicios se entregan de unos para otros, no hay ignominia agena con que no transija el corrompido, con tal que las corrupciones de los demás le reporte una vana compensacion que le sirva de consuelo. La vanidad satisfecha, el orgullo halagado, los aplausos del nécio, son las brillantes escamas con que nos deslumbran los cortesanos de nuestras debilidades, verdaderas salamandras, lagartos y culebras que nos rodean, y que, á pesar de su brillo, no pueden ocultarnos la repugnancia que nos producen. Sin embargo; como es preciso agarrarse á lo primero que se encuentra al paso, si no hemos de rodar hasta el abismo, bueno es cualquier «palo de escoba» para apoyarse, ó cualquier mochuelo que, aunque nos muerda, nos haga más llevaderas nuestras miserias en medio de la tempestad y de la zozobra que sentimos: hé aquí por qué dice Mefistófeles al presentar á Fausto este espectáculo: «se agrupan, estrechan, estremecen y repelen entre sí, y como todo resplandece, brilla, arde y se inflama: en esta noche, este sí que es un verdadero elemento de brujas. No me sueltes, si no quieres que en breve estemos separados.» Todo el hormiguero de los vicios, todos los torbellinos del mal, todos los infiernos en que la humanidad ha venido cayendo históricamente, todas las tinieblas con que el error ha invadido los espíritus en todas las esferas y relaciones de la vida, se hallan en esta montaña del *Brocken*, representada con una admirable exactitud, y por medio de brillantísimas personificaciones. El esfuerzo de Mefistófeles consiste principalmente aquí en hacer simpática á los ojos de Fausto las repugnantes miserias del mal, que, á pesar de todo, se presentan á los ojos asombrados del doctor en toda su horrible desnudez.

El mal en que ha caido; la *negra noche* que le rodea; los *precipicios* que por todas partes le cercan, no pueden adormecer enteramente su actividad, y el recuerdo de Margarita atormentando su corazon, le hace presentir que el diablo mismo, con todo su poder y con todos sus esfuerzos, no es capaz de atenuar lo más mínimo aquella imágen celestial y aquella íntima, esencial y legítima relacion que impaciente le devora y que le roba la tranquilidad y la calma, por haberla desvirtuado, reduciéndola nuevamente al voluptuoso hechizo de un momento de intemperancia.

Inútil es que Mefistófeles se apresure á hacerle ver que no es tan reducido el campo de las quimeras y de las seducciones del mal; inútil que el brillo confuso de cien *fuegos fátuos* pretenda desvanecer al extraviado, ofreciéndole el cuadro mágico de vistosos colores que lo deslumbren; nada de esto es suficiente, y Fausto vuelve, por fin, sus ojos hácia *aquel espectro* que desde lo íntimo de su conciencia lo llama, atrayéndole irresistiblemente.

Despues de un intermedio, ageno á la trama y desenvolvimiento del poema, si bien enlazado con él en el sentido y en las formas poéticas, intermedio en el que Goëthe se propone localizar y hasta determinar en cuanto le es posible los extravíos filosóficos y literarios reinantes en su tiempo en Alemania, y vengar los ataques que tanto á él como á Schiller les dirigian los Zoilos, que nunca han faltado allí donde el génio reina por encima de las pequeñas cóleras de la envidia, vuelve el poeta al asunto, presentando á Fausto aguijoneado por un remordimiento tardío, y cuando toda resolucion es ineficaz y estéril para salvar á su víctima de la justicia de la tierra, que la conduce al suplicio por el infanticidio cometido. Ultima terrible consecuencia á que ha sido conducida por su primera falta.

Todo lo que hay de más horrible en el remordimiento, todo lo que tiene de más punzante, de más atormentador, de más espantoso, se presenta aquí á Fausto, precisamente en los momentos en que todas las consecuencias efectivas del mal son irreparables, y cuando éste ha recorrido toda la escala de males que lleva consigo. Toda la vergüenza, toda la humillacion, todos los terrores de su alma se le hacen ineludiblemente ostensibles, cuando á Mefistófeles no le queda ya posible recurso para distraer á su seducido de la abrumadora realidad que tiene ante sus propios ojos. ¡Margarita encerrada en una cárcel, exclama, víctima de la miseria, presa de la desesperacion, condenada á muerte! ¿Quién habia de creerlo? Hé aquí la reflexion que á todo malmado le sugiere el asombro de su funesta obra. «Cobarde, impostor, infame espíritu, ¿por qué me lo ocultabas?» Tal es la ya impotente interpelacion que la conciencia, predominando ante la evidencia del sombrío espectáculo, dirige al sujeto endiablado, que tantos esfuerzos ha hecho por olvidarse de esta denunciadora incansable de sus negros crímenes. «Habla, dice Fausto á Mefistófeles, y no muevas con furor tus ojos diabólicos, pues ya sabes cuánto me disgusta tu presencia.

Estaba sola en la carcel, expuesta á una miseria irreparable, sin más apoyo que el del espíritu del mal y el de la humanidad que juzga sin tener alma; y entretanto tú procurabas distraerme con insípidas fiestas, ocultándome su mortal angustia para que careciese de todo recurso. «Profunda acusacion que la conciencia severa dirige al sujeto que tuerce la direccion pura de su destino, alucinado por el tentador Mefistófeles que aun se atreve á replicarle, diciendo: «¡Bah! No es la primera que se ha visto en tales apuros.» Horrible cinismo, que espanta á Fausto al verse aprisionado por un compañero tan sin entrañas, y ante el que tan calamitosas desdichas se presentan.

«¡No es la primera, exclama repitiendo el doctor!» Horror me causa el pensar que hayan caido tantas almas en ese abismo de miseria: ¿por qué la primera en su agonía lenta y terrible no borró la falta de todas las demás á los ojos de la eterna misericordia? La miseria de aquella sóla, hace extremecer la médula de mis huesos, y tú te sonries con indiferencia ante la desgracia de otras mil.» Este dolor agudo, este punzante remordimiento de Fausto, es indudablemente de una delicadeza asombrosa y patentiza la bondad eterna de la naturaleza humana por encima de los extravíos temporales á que las debilidades del sujeto la arrastran. Esta delicadeza del alma, esta protesta perenne é imborrable, contra el mal que nos ha invadido; este anhelo por desasirnos de él; esta repugnancia invencible que nos inspira, es desde luego la que «constantemente resiste» á Mefistófeles, y la que tarde ó temprano despierta el deseo cada vez más creciente de redimirse; por eso Fausto aterrado exclama: «Grande y sublime espíritu que te me apareciste, tú que conoces mi corazon y mi alma, ¿por qué me encadenaste con este miserable que sólo se complace con los desastres y la ruina? Sálvala si no quieres que caiga sobre tí por miles de años la más terrible de las maldiciones.» Mefistófeles apela á los «últimos recursos» para disuadir á Fausto de su propósito; le recuerda los peligros á que se exponen y lo difícil de la empresa; pero este no desiste, é impulsado por ese «manantial inagotable de generosidad» que hay en el fondo de la naturaleza del hombre, se decide á salvarla de la justicia humana, creyendo con esto «satisfacer» á la justicia divina y acallar su propio remordimiento.

Hay aquí un deseo sentido de rehabilitacion que, aunque tardío, por el momento revela la posibilidad regeneradora de que la actividad humana no se halla jamás desprovista.

Seduciendo al carcelero, llega por fin al calabozo, donde Margarita yace loca, desencajada, con las huellas de su crímen impresas en su frente, anonadada ante su horrible situacion, y revolviéndose en medio de sus acerados remordimientos. A su vista, Margarita se rehace y «en medio de los aullidos y el estruendo del infierno, dice, y de las terribles risotadas de los condenados, he reconocido su voz dulce y amada.» ¡Tal poder, tal virtud, tal grandeza hay en el amor mismo, que ni el estruendo del averno puede sofocar su sublimidad, su pureza y hasta la santidad de sus incomparables emociones! Por su parte, Fausto siente tambien todo el encanto, todo el misterio, toda la belleza que encierra la posesion eterna de un alma que se nos ha entregado con todo el candor de sus ilusiones, y con toda la fe de su corazon, si bien no se halla desasido por entero de la influencia mágica de los sentidos, á la que quiere volver á arrastrarla, librándola del suplicio que la espera, y llevándola á la libertad, como si la libertad consistiera en huir de las gentes avergonzada de sus actos criminales. «No me atrevo á salir, dice, porque ya nada espero. Además, ¿de qué nos serviria huir? si lograrian tambien darnos alcance...»

«Por otra parte, como lo he dicho ya, tampoco lograria escaparme.» Ante esta consideracion tan elocuente, ante estas reflexiones, tan profundas como reales que su situacion inspira á Margarita, Fausto se siente conmovido, y momentáneamente capaz de un acto heróico. «Pues yo tambien me quedaré á tu lado,» exclama de pronto, y sin contar con la cobardía que el roce con Mefistófeles le ha engendrado.

Margarita entonces recuerda á su hijo que tambien lo es de Fausto, á su madre, á quien ha dado muerte con los pesares que le ha producido, y trae á la memoria sus horas deliciosas, aquellas horas de placer ¡que tan pronto pasaron! Fausto, arrebatado, quiere á viva fuerza arrancarla á su inexorable destino, y le hace notar que comienza el alba, y que si se detiene algo más, será ya tarde. Ella, sin embargo, se siente desfallecida por sus remordimientos, y no tiene energía para sustraerse á la ejecucion de la justicia humana, cuya accion implacable le espera y á la que con resignacion se somete. En este supremo momento, Mefistófeles, recobrando su imperio y dando al traste con el aparente heroismo de Fausto, habla decisivamente y sin rodeos á sus víctimas, y presentando en toda su desnudez la angustiosa y difícil situacion que les rodea, les dice que no hay otro medio que el de salir ó perderse. Margarita, al verle en toda su horrible deformidad, se indigna ante aquella funesta aparicion cuya perversion le horroriza, y huye de Fausto entregándose á la justicia de Dios, que siempre redime al que padece, al que se resigna y se humilla. En la conciencia de Fausto queda una voz lejana y cada vez más débil que lo llama y que lo atrae de un modo irresistible. Mefistófeles, sin embargo, lo tiene asido fuertemente, y en esta victoria del momento, es indisputable su posicion y su dominio sobre el alma del héroe caido. Tal es el cuadro animado de la primera parte de este poema gigantesco: tales son, por nuestra parte, las reflexiones que á vuela pluma nos han sugerido los pasajes más salientes y de más bulto, que en su desarrollo dramático contiene. Como se vé, la primera parte es el desenvolvimiento de la accion, el curso del pecado, los trámites de la falta, las inexorables leyes á que se halla sujeto el mal cuando se ha tenido la cobardía de arrostrarlo: en la segunda parte contemplaremos el áspero y difícil camino que sigue la expiacion y las contrariedades con que lucha.

SEGUNDA PARTE.

XV.

La segunda parte del poema en cuestion, es ciertamente la que más revela el espíritu altamente metafísico y el sentido más profundamente universal y humano que ha inspirado al poeta la concepcion de su obra. Aquí el desarrollo y el panorama del cuadro, no circunscribe ni los personajes, ni los lugares, ni los incidentes, ni la accion.

El círculo dramático ha sido presentado en la primera parte, y ha quedado lógicamente cerrado en toda la extension y trascendencia de sus escenas. Toda la planticidad del asunto, todas las formas artísticas que reclama, han sido cumplidas y realizadas. Todas las ineludibles consecuencias que del mal se desprenden, han sido presentadas con la inflexibilidad trágica de una inevitable catástrofe.

El camino que en la segunda parte hay inexorablemente que seguir, es de una delicadeza artística de primer órden enlazada con la primera en el remordimiento sombrío que como carcoma incesante aguijonea la conciencia del doctor extraviado. Todas las visiones, toda la desesperacion, toda la *negra noche* que ha invadido á Fausto á medida que ha ido haciéndose más tenebroso, hállanse presentadas en esta segunda parte con el mismo *aparente* désórden en que se reproducen en el espíritu calenturiento del héroe, y por primera vez despues de una lamentable série de extravíos inevitables comienzan á vislumbrar sus ojos el *plan sistemático* de una *rehabilitacion* sostenida, y de una *regeneracion* que ninguna alucinacion puede torcer.

Sin embargo, la copa del mal no ha quedado apurada, y es preciso que todas las ignominias que rodean al perverso sean devoradas por éste con la angustia consiguiente de una conciencia que protesta, aun en medio de las degradaciones que envilecen y de los vicios que corrompen y envenenan cada vez más al sujeto caido.

La esperanza, esa bella compañera del hombre que jamás lo abandona y que se hace más viva cuanto más intenso es el infortunio, es por de pronto el primero y único sosten que lo alienta, para poder, en medio de la soledad, cada vez más estéril en que lo ha colocado su terrible é infatigable compañero, recuperar sus fuerzas malgastadas y rehacer su actividad, cuyo propio dominio ha perdido al entregársela á Mefistófeles, tan incondicionalmente como lo ha hecho.

Solo la incorruptibilidad que por su propia naturaleza lleva todo hombre anejo á su sér y á sus facultades, es lo único que le queda y lo que por encima de las ruinas que ha ido dejando á su paso, podrá, mediante laborioso esfuerzo, y á través de ásperos y dificilísimos caminos, redimir al caido y convertir en bien el mal practicado.

¡Panorama, por otra parte, poco halagüeño, habiendo de pasar por confesiones que tan hondamente mortifican el amor propio, y á las cuales solo se haya dispuesto á rendir tributo cada cual, en la soledad de sus pensamientos ocultos, y huyendo de la vista de las gentes cuya sarcástica mirada pensamos *nos causaria tan hondo espanto*!

El sentimiento profundo del bien en medio del mal que nos cerca y que nos hace estar desasosegados é intranquilos, es por otra parte una revelacion grandiosa que nos hace percibir con una delicadeza profundísima, la eterna energía de que siempre somos parte integrante en la naturaleza como en el espíritu, como en la realidad toda, y de la que no nos sabemos aprovechar cuando la bruma que nuestras pasiones nos levanta, nos turba la claridad perenne de un horizonte siempre despejado.

Cuando el fuego devastador de nuestros deseos insensatos se ha extinguido reduciendo á cenizas los calenturientos enjendros de nuestra fantasía, entonces comprendemos con Fausto, que no hemos vivido con los explendores reales de la verdad eternamente dada á nuestra conciencia y dócil siempre á nuestro llamamiento sincero, sino que, por el contrario, durante un largo espacio de tiempo hemos caminado á la luz de unos cuantos fuegos fátuos que nos han hecho gigantes los fantasmas que nuestro sueño producia.

Al despertar la aurora hemos notado con él que, para «que vuelva á revelársenos la vida con toda su magnificencia, es preciso tornar la vista hácia el sol (la conciencia) y desprenderse al depertar, de entre las alas de nuestro débil sueño, las alucinaciones de los sentidos.» «Valor, dice, y ocupa pronto tu puesto, mientras que el vulgo piensa en decidirse, y fluctúa, y espera y muere, sin atreverse á imitar al corazon magnánimo que le traza la senda que debe seguir.»

Tal es el propósito formulado con que comienza la segunda parte. El programa de la nueva accion está determinado, la luz está presentida, el horizonte ha quedado señalado; pero su cumplimiento efectivo, su realizacion sostenida, es la obra para desarrollar, y ante la que ha de presentarse la lucha de Mefistófeles con Fausto, no ménos grandiosa y titánica que en la primera parte.

Es el Purgatorio de Dante, su espiral escabrosa, aquella montaña rodeada de abrojos que á cada paso que damos nos abre sendas más penosas, pero que despues de habernos producido el dolor amargo de una expiacion, nos regenera y nos dignifica, fortaleciendo cada vez más nuestro corazon y acrecentándonos las fuerzas.

Aligerarse del peso de las faltas por medio de una reaccion heróica que nos haga volver á la primitiva é inextinguible bondad de nuestra propia naturaleza, siempre inmutable en la designacion de nuestra felicidad y del camino único y bastante para hacérnosla íntima, es toda la obra de Fausto, y la ejecucion de la segunda parte.

La vaguedad con que al principio nos conmueve el sentimiento redentor y las inefables dichas que nos promete, nos hace asombrarnos hasta el punto de exclamar con el héroe: «Una nueva claridad, un nuevo explendor inunda las verdes laderas de los Alpes, y va por grados penetrando hasta la más profunda hondonada, para derramar luego á torrentes su luz .. lo propio sucede cuando la esperanza inefable, á fuerza de *perseverancia*, se eleva al nivel de un deseo sublime, y ve ensanchársele de repente el camino que ha de conducirla á su cumplimiento.»

Efectivamente; solo poniendo el deseo (la actividad excitada) á la altura de la esperanza, que es nuestra compañera inseparable, es como puede temporalmente comenzarse la rehabilitacion que á nadie es negada, aun cuando el propósito de redencion quede quebrantado momentáneamente por alguna nueva alucinacion que nos solicite. Es á todo trance indispensable que el sentimiento y la conciencia del bien se levanten á la altura de lo eterno; de tal modo, que nunca lo fugaz y efímero del egoismo del momento pueda alucinarnos, volviéndonos á hacer caer en una nueva perversion y enagenamiento, que habia á todo trance que volver á vencer. La única incorruptibilidad segura, es la incorruptibilidad que nace del convencimiento reflexivo y profundo de esta verdad tan inmediata á todos y tan olvidada por muchos.

Tal es el comienzo temporal ineludible, por donde la expiacion ha de borrar la falta, trasformando en bien la cadena de males que arrastramos, y disipando las tinieblas cada vez más densas que nuestro sombrío Mefistófeles ha ido interponiendo en el camino de nuestra vida.

Sin embargo, como el propósito todo y entero no se hace de una vez, ni la resolucion se adquiere sino á medida que la experiencia se desengaña, de aquí que necesite Fausto el aguijoneo constante de su terrible compañero, presentándole á cada paso nuevas relaciones que lo soliciten, y nuevos extravíos que lo enagenen. La prueba es dura, terrible, incesante; el esfuerzo por hacer titánico: tan pronto se presenta esplendoroso, como velado entre nubes el punto final de nuestra felicidad. «Al ver, dice, que tan pronto aquel arco se destaca puro, como desaparece enteramente en los aires formando en su derredor un pavoroso extremecimiento, ¿no es verdad que parece la imágen de la tendencia humana?» Y efectivamente, «¡aquel reflejo sonsorado es nuestra vida!»

(*Continuará.*)

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

EXPOSICION.

Señor: El decreto de la regencia del reino fecha 16 de Agosto de 1870, publicado en la *Gaceta* de 19 del mismo mes, en que se creaba un cuerpo especial para la administracion civil de las Islas Filipinas, y el de igual fecha ordenando la formacion de una escala general de los empleados que han servido en las mismas, publicado á su vez en la *Gaceta* del 21, recibieron el competente desarrollo orgánico á merced de otro decreto fecha 2 de Octubre del mismo año, publicado en la *Gaceta* del dia 5 del propio mes, en cuya virtud y con el carácter de provisional se daba á un reglamento que le era adjunto para la ejecucion de dichos decretos una aprobacion meramente interina, y sin perjuicio de oir al Consejo de Estado antes de otorgar la definitiva que de acuerdo con el mismo le era indispensable con arreglo á la ley. Cumplido hoy aquel trámite, procederia proponer á V. M. la ratificion indicada. Tales son, sin embargo, y tan numerosas las modificaciones que aquel alto cuerpo interesa en el reglamento á su exámen sometido, y tan justificadas y trascendentales las observaciones en que las apoya, que se hace de todo punto imposible deferir, como es de razon, á sus indicaciones de una manera detallada, sin alterar profundamente el texto y espíritu de los decretos mismos á que directamente se refieren.

Dada hoy esta inevitable circunstancia, y á fin de prestar á las modificaciones que en ellos hayan de imprimirse toda la consagracion de rito que por las leyes les es indispensable, aprovechando al propio tiempo esta natural ocasion para que reciban ellos mismos aquella de que hasta ahora carecian, procede, en concepto del ministro que suscribe, declarar en suspenso para todos sus efectos los tres decretos de la regencia de las fechas antes mencionadas; pero sin que esta suspension pueda parar perjuicio alguno en los derechos hasta ahora y á su amparo adquiridos; someterlos íntegros al exámen y consulta del Consejo de Estado para que dicho cuerpo se sirva informar acerca de la conveniencia de su revocacion ó de su restablecimiento con aquellas modificaciones que estimare conveniente proponer y V. M. se dignase aceptar, restableciendo mientras tanto la legislacion que anteriormente existia sobre la materia en todo aquello que por los mismos hubiere sido modificada ó anulada.

En virtud de las anteriores consideraciones, el ministro que suscribe, en consonancia con el espíritu del informe del Consejo de Estado en pleno, y de acuerdo con el de ministros, tiene la honra de proponer á V. M. el siguiente proyecto de decreto.

Madrid 13 de Octubre de 1871.—El ministro de Ultramar, Víctor Balaguer.

DECRETO.

En vista de las razones que me ha expuesto el ministro de Ultramar, de acuerdo con el Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.° Quedan en suspenso para todos sus efectos los decretos de la regencia del reino fecha 16 de Agosto de 1870 y 2 de Octubre del mismo año creando un cuerpo de administracion civil para las islas Filipinas, organizando su escalafon y aprobando interinamente el reglamento orgánico del mismo.

Art. 2.° Esta suspension no parará perjuicio alguno en los derechos hasta ahora y al amparo de dichos derechos adquiridos.

Art. 3.° Dichos decretos se someterán íntegros y con el carácter de proyectos al exámen y consulta del Consejo de Estado en pleno para que dicho cuerpo se sirva informar acerca de la conveniencia de su revocacion ó de su restablecimiento con aquellas modificaciones que tuviere por conveniente proponer.

Art. 4.° Queda mientras tanto restablecida la legislacion que anteriormente regía sobre esta materia en todo aquello que por los mismos hubiere sido modificada ó anulada.

Dado en palacio á trece de Octubre de mil ochocientos setenta y uno.—Amadeo.—El ministro de Ultramar, Víctor Balaguer.

Se ha presentado en el Congreso el siguiente proyecto de ley:

«Artículo 1.° Los gastos de todos los servicios del Estado en la isla de Puerto-Rico durante el año económico de 1871-72 se presuponen en la cantidad de 11.007.597 pesetas, distribuidos por secciones, capítulos y artículos, segun el estado letra *A*.

Art. 2.° Los ingresos para cubrir las obligaciones del Estado en la misma isla para el expresado año económico, se calculan en la cantidad de 15.276.390 pesetas, segun el pormenor de secciones, capítulos y artículos que aparecen del estado adjunto letra *B*.

Art. 3.° Se concede autorizacion al ministro de Ultramar para que, además de cobrar las contribuciones comunes con que hoy se sostienen las cargas y atenciones públicas, reforme el sistema tributario segun lo reclamen las necesidades del Tesoro y administracion de la isla.

Art. 4.° Cuando resulten sobrantes de crédito en uno ó varios capítulos de una misma seccion del presupuesto, podrá hacerse trasferencia de crédito del capítulo ó capítulos en que exista déficit. Estas trasferencias se acordarán por el Consejo de ministros, oyendo préviamente á la seccion de Hacienda y Ultramar del Consejo de Estado.

Art. 5.° Las trasferencias de créditos sobrantes entre capítulos de una misma seccion del presupuesto, así como los créditos extraordinarios y supletorios, solo podrán concederse durante el año en que rige el presupuesto y los seis meses siguientes.

Art. 6.° Se autoriza al ministro de Ultramar para realizar dentro de los presupuestos todas las economías que estime oportunas.

Madrid 30 de Octubre de 1871.—El ministro de Ultramar, Víctor Balaguer.»

Por el ministerio de Ultramar, y precedido de una exposicion, se ha publicado en la *Gaceta* del sábado último el siguiente

DECRETO.

Conformándome con lo que me ha propuesto el ministro de Ultramar, y de acuerdo con el parecer del Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.° Instituyo en favor de los individuos que componen los cuerpos de Voluntarios de la isla de Cuba una condecoracion especial, que consistirá en una medalla de plata arreglada al modelo aprobado con esta fecha.

Art. 2.° La concesion de este distintivo se hará por el ministerio de Ultramar, que dictará al efecto las disposiciones oportunas.

Dado en palacio á diez de Noviembre de mil ochocientos setenta y uno.—Amadeo.—El ministro de Ultramar, Víctor Balaguer.

LA VIDA DEL ÓCIO.

¡Qué dichoso destino
el del mortal que de seguir no cura
el mundano camino,
y que labrar procura
un templo solitario á su ventura!

Que mira indiferente
cuanto le cerca en el esquivo suelo,
que ni honda pena siente
por el extraño duelo,
ni en el ajeno bien halla consuelo.

¿Qué aguardo yo del mundo,
viviendo loco entre su ruido vago,
si á mi anhelo profundo
ha de ofrecer en pago
glorias fugaces ó mentido halago?

¡Oh, blanda, ociosa vida!
¡Oh, presagio del goce de otra esfera!
El alma combatida
torna por vez postrera
á tu lado de calma placentera.

No vana ciencia quiero,
si do se oculta el bien al cabo ignoro:
¿qué más saber espero
si sé que la que adoro
de amores para mí guarda un tesoro?

Uno luche y padezca
en pos corriendo del laurel ansiado:
ora el otro encanezca
con el peso abrumado
lisonjero, mas grave, del Estado.

Aquel lea y maldiga
el libro que su duda no resuelve,
ó el curso al astro siga
que al horizonte vuelve,
ó quiera el velo alzar que á Dios envuelve.

Consúmanse estudiando,
y en vigilia tenaz los halle el dia;
y yo en el sueño blando
pase la noche fria
reclinado en tu seno, Laura mia.

Despiérteme tu beso
cuando al cénit el sol haya subido,
y, de ócio en el exceso,
de tu cintura asido
vaya á sentarme en el cojin mullido.

Allí apure, delante
de la alta estufa, entre abrigada ropa,
el licor excitante
que en la chinesca copa
el Asia ofrece á la gastada Europa.

Y dé al aura liviana
porque á las horas á volar coadyuve,
la planta americana
que en aromosa nube
á figurar las esperanzas sube.

Así trascurrra el dia,
y otro venga tras él siempre contento:
téngase su alegría,
no entera, el que sediento,
en el festin se arroja turbulento.

Yo libre de pesares,
el ócio adoro en plácido retiro,
sin ambicion ni azares,
y aire puro respiro
sin exhalar ponzoña en mi suspiro.

Y cuando el mundo rueda
en negro torbellino de rencores,
mi vida ociosa y leda
huya, Laura, entre flores,
ocupada tan solo en tus amores.

E. SELLÉS.

Madrid: 1871.—Imprenta de LA AMÉRICA,
á cargo de José Cayetano Conde.
Floridablanca, 3.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur **27 et 29, rue Palestro** — Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris — **43, rue Réaumur** **27 et 29, rue Palestro**

Los facultativos lo recomiendan con exito en las enfermedades que dependen de la *pobreza de la sangre*, en las *nevrosias* de todas clases, las *flores blancas*, la *diarea cronica*, *perdidas seminales involuntarias*, las *hemoragias pasivas*, las *escrúfulas*, las *afecciones escorbuticas*, el *periodo adinamico de las calenturas tifoidales*, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños debiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, hán constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en *La Habana*: SARRA y C^a; — *En Buénos-Ayres*: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

LOS MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA

y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de **DELANGRENIER**, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifia el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las *fiebres amarilla* y *tifóidea* y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfiese de las Falsificaciones.* —

Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

INOFENSIVOS de esquisito perfume **fortifican y dean instantaneamente** al **cabello** y a **ba** su color primitivo, por una simple aplicacion, grasar ni *lavar*, sin manchar la cara, y sin causar **medades** de **ojos** ni **Jaquecas.**

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN

QUIMICO, FARMACÉUTICO DE 1ª CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos *Tintes perfectos*, se abandonan esos tintes debiles LLAMADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — *Oscuro, castaño, castaño* claro, 8 frs. — *Negro* rubio, 10 frs. — DR. CALLMANN, **12, rue de l'Echiquier**, PARIS. — LA HABANA, **SARRA y C^a.**

IRRIGADOR

Invencion del Doctor ÉGUISIER.

Los irrigadores que llevan la estampilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear.

Estos instrumentos reconocidos como **superiores** y de **perfeccion acabada**, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones espareidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invencion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos **nuevos Aparatos**, de **superioridad** incontestable, reunen todas las perfecciones del **ARTE HERNIARIO**; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son el en interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

DRAPIER & FILS, **41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.**

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS

MELANOGENA

TINTURA SOBRES ALIENTE

de **DICQUEMARE aîné**

DE RUAN

Para teñir en un minuto, en **todos los matices**, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin **ningun olor.**

Esta tintura es **superior á todas las usadas hasta el dia de hoy.**

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 59. Depósito en casa de los principales peinadores y perfumadores del mundo.

Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor **SIGNORET**, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy dia la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de **LE ROY** son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó 4 á 2 ó 4 Píldoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero LE ROY. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

Signoret

DOCTEUR-MÉDECIN ET PHARMACIEN

PHARMACIE COTTIN — PURGATIF LE ROY — SELON L'ORDONNANCE DU DOCTEUR SIGNORET — Avis Essentiel — Des individus recherchant nos boîtes imitations sophistiquées, on est... — Rue ...

PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el Dr CORVISART médico del Emperador Napoleon III

y **la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS**, con éxito infalible en **Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT** y **polvos** (Frascos de una onza), en las

Gastritis	**Gastralgias**	**Agruras**	**Nauseas**	**Eructos**
Opresion	**Pituitas**	**Gases**	**Jaqueca**	**Diarreas**

y los vomitos de las mujeres embarazadas

PARIS, EN CASA de HOTTOT, Succr, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remiente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerra, Valparaiso (Chile.)

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor *Giraudeau de Saint-Gervais*, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaidas, todas las enfermedades sifilíticas nuevas, invetedaras ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empeines y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar:

Hérpes, abcesos, gota, marasmo, catarros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asmas nerviosos, úlceras, sarna dejenerada, reumatismo, hipocondrias, hidropesía, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto.

Depósito, noticias y prospectos, grátis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor **Giraudeau de Saint-Gervais, 12**, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — *Desconfiese de la falificacion*, y exíjase la firma que vista la tapa, y lleva la firma Giraudeau de Saint-Gervais.

JARABE DE LABELONYE

Farmaceutico de 1re classe de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas celebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las *palpitaciones* y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, esputos de sangre, extincion de vox, etc.

GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las **Grageas de Gélis y Conté**, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la **clorosis** (*colores pálidos*); las **perdidas blancas**; las **debilidades de temperamento**, em ambos sexos; para **facilitar la menstruacion**, sobre todo a las jovenes, etc.

Deposito general en casa de LABÉLONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en *Habana*, **Leriverend**; **Reyes**; **Fernandez y C^a**; **Sara y C^a**; — en *Mejico*, **E. van Wingaert y C^a**; **Santa Maria Da**; — en *Panama*, **Kratochwill**; — en *Caracas*, **Sturüp y c^a**; **Braun y C^a**; — en *Cartagena*, **J. Velez**; — en *Montevideo*, **Ventura Garaïcochea**; **Lasceazes**; — en *Buenos-Ayres*, **Demarchi hermanos**; — en *Santiago* y *Valparaiso*, **Mongiardini**; — en *Callao*, **Botica central**; — en *Lima*, **Dupeyron y C^a**; — en *Guayaquil*, **Gault**; **Calvo y C^a**, y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

PILDORAS DEHAUT—Esta nueva combinacion, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precision digna de atencion, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.—Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dósis, segun la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoje, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan segun sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentacion, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad.—Los médicos que emplean este medio no encuentran ermos que se nieguen á purgarse so pre- de mal gusto ó por temor de debilitarse. la *Instruccion*. En todas las buenas cias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de Paris, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los **Romadizos, Grippe, Irritaciones** y las **Afecciones del pecho y de la Garganta,**

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece á las personas enfermas del **Estómago** ó de los **Intestinos**; fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades **analépticas**, preserva de las **Fiebres amarilla y tifóidea.**

Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rúbrica de **DELANGRENIER**, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en Paris. — *Tener cuidado con las falsificaciones.*

Depósitos en las principales Farmacias de América.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL.

Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la córte cualquiera comision que se le confie. —Habana, Mercaderes, núm. 16.— E. RAMIREZ.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, un mes.	8 reales.
Provincias, un trimestre, directamente. . . .	30 »
Por comisionado	32 »
Ultramar y extranjero.	70 y 80

EL TARTUFO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madríd, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm, 9.

CATECISMO

DE LA RELIGION NATURAL,

POR

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resúmen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto.

Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias.

Se halla en las principales librerías.

TENEDURIA DE LIBROS.

POR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptacion por el comercio en España y América.

Un tomo de 300 páginas próximamente, en 4.° prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante.

Barcelona, Niubó, Espadería, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid, Bailly-Baillier.—Habana, Chao, Habana, 100.

CORS CALLOS Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uneros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las **LIMAS AMERICANAS** de P. Mourthé, con **privilegio s. g. d. g.**, proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos. — 3,000 curas auténticas. — Medallas de primera y segunda clases. — Por invitacion del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curacion se ha hecho constar con certificados oficiales. (*Véase el prospecto.*) Depósito general en PARIS, 28, rue Geoffroy-Lasnier, y en *Madrid*, **BORREL hermanos**, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS, ANEMIA, OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los *Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal* y de *hierro* del *Doctor Churchill*. Precio 4 francos el frasco en Paris. Exíjase el frasco *cuadrado*, la firma del *Doctor Churchill* y la etiqueta marca de fábrica de la *Farmacia Swann*, 12, *rue Castiglione, Paris*

FABULAS POLITICAS.

(Cuaderno detenido y recogido en Mayo de 1868.)

Se vende en la librería de Cuesta, calle de Carretas, 9.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LINEA TRASATLANTICA.

Salida de Cádiz, los dias 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.
Salida de la Habana tambien los dias 15 y 30 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

		Primera cámara.	Segunda cámara.	Tercera ó entrepuente.
		Pesos.	Pesos.	Pesos.
de Cádiz á	Puerto-Rico.	150	100	45
	Habana.	180	120	50
	Habana á Cádiz.	200	160	70

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 cada litera.
El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente. Id.
Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta.
Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete, medio pasaje.
Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LINEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los dias 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinacion á los correos trasatlánticos.
Salida de Cádiz los dias 1 y 16 de cada mes á las dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

TARIFA DE PASAJES.

	Barcelona.			Valencia.			Alicante.			Málaga.			Cádiz.		
	1.ª	2.ª	Cubta.	1.ª	2.ª	Cubta.	1.ª	2.ª	Cubta.	1.ª	2.ª	Cubta.	1.ª	2.ª	Cubta.
	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.	Pesos.
De Barcelona a	»	»	»	4	2'500	1'500	6'500	4	2'500	16	11'500	6'500	13	14'500	8'500
» Valencia »	»	»	»	»	»	»	2'500	1'500		12	9	5	5	12	7
» Alicante »	6'500	4	2'500	»	»	»	»	»	»	9'500	7'500	4	20'500	10'500	6
» Málaga »	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	16	5'500	2 »
» Cádiz »	20	14'500	8'500	-	-	-	15'500	10'500	»	-	-				

OBRAS DE TEXTO

POR SALVADOR Y AZNAR.

TENEDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE.—Novena edicion, aplicada á las ocupaciones mercantiles, industriales, de la propiedad, la general del Estado y de fondos provinciales, 12 reales.

PRACTICAS DE CONTABILIDAD MERCANTIL ó problemas en borrador de una contabilidad completa, para su redaccion en el Diario y Libro mayor, 8 reales. Librería Moya y Plaza, y principales de Madrid y provincias. El autor, que vive Venerás, 5 principal, los envia por el correo á 15, rs., y 10 rs. en sellos ó libranzas.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

ISLA DE CUBA.

Habana.—Sres. M. Pujolá y C.ª, agentes generales de la isla
Matanzas.—Sres. Sanchez y C.ª
Trinidad.—D. Pedro Carrera.
Cienfuegos.—D. Francisco Anido.
Moron.—Sres. Rodriguez y Barros.
Cárdenas.—D. Angel R. Alvarez.
Bemba.—D. Emeterio Fernandez.
Villa-Clar—D. Joaquin Anido Ledon.
Manzanillo—D. Eduardo Codina.
Quivican.—D. Rafael Vidal Oliva.
San Antonio de Rio-Blanco.—D. José Cadenas.
Calabazar.—D. Juan Ferrando.
Cailartin.—D. Hipólito Escobar.
Guatao.—D. Juan Crespo y Arango.
Holguin.—D. José Manuel Guerra Almaquer.
Bolondron.—D. Santiago Muñoz.
Ceiba Mocha.—D. Domingo Rosain.
Cimarrones.—D. Francisco Tina.
Jaruco.—D. Luis Guerra Chalius.
Sagua la Grande.—D. Indalecio Ramos.
Quemado de Güines.—D. Agustin Mellado.
Pinar del Rio.—D. José María Gil.
Remedios.—D. Alejandro Delgado.
Santiago.—Sres. Collaro y Miranda.

PUERTO-RICO.

Juana.—Viuda de Gonzalez, imprenta y liberia, Fortaleza 15, agente general con quien se entenderán los establecidos en todos los puntos importantes de la Isla.

FILIPINAS.

Manila.—Sres. Sammers y Puertas, agentes generales con quienes se entienden los de los demás puntos de Asia.

SANTO DOMINGO.

(Capital).—D. Alejandro Bonilla.
Puerto-Plata.—D. Miguel Malagon.

SAN THOMAS.

(Capital).—D. Luis Guasp.
Curavao.—D. Juan Blasini.

MÉJICO.

(Capital).—Sres. Buxo y Fernandez.
Veracruz.—D. Juan Carredano.
Tampico.—D. Antonio Gutierrez y Victory. (Con estas agencias se entienden todas las del resto de Méjico.)

VENEZUELA.

Caracas.—D. Evaristo Fombona.
Puerto-Cabello.—D. Juan A. Segrestáa.
La Guaira.—Sres. Martí, Allgrétt y C.ª
Maraicabo.—Sr. D'Empaire, hijo.
Ciudad Bolivar.—D. Andrés J. Montes.
Barcelona.—D. Martin Hernandez.
Carúpano.—Sr. Pietri.
Maturin.—M. Philippe Beauperthuy.
Valencia.—D. Julio Buysse.
Coro.—D. J. Thielen.

CENTRO AMÉRICA.

Guatemala.—En la capital. D. Ricardo Escardille.
San Salvador.—D. Luis de Ojeda.
S. Miguel.—D. José Miguel Macay.
La Union.—D. Bernardo Courtade.
Honduras (Belize).—M. Garcés.
Nicaruaga (S. Juan del Norte).—D. Antonio de Barruel.
Costa Rica (S José).—D. José A. Mendoza.

NUEVA GRANADA.

Bogotá.—Sres. Medina, hermanos.
Santa Marta.—D. José A. Barros.
Cartagena.—D. Joaquin F. Velez.
Panamá.—Sres. Ferrari y Dellatorre.
Colon.—D. Matias Villaverde.
Cerro de S. Antonio.—Sr. Castro Viola.
Medellin.—D. Isidoro Isaza.
Mompos.—Sres. Ribeu y hermanos.
Pasto.—D. Abel Torres.
Sabanaldaga.—D. José Martin Tatis.
Sincelejo.—D. Gregorio Blanco.
Barranquilla.—D. Luis Armenta.

PERÚ.

Lima.—Sres. Calleja y compañía.
Arequipa.—D. Manuel de G. Castresana.
Iquique.—D. G. E. Billinghurst.
Puno.—D. Francisco Laudaela.
Tacna.—D. Francisco Calvet.
Trujillo.—Sres. Valle y Castillo.
Callao.—D. J. R. Aguirre.
Arica.—D. Cárlos Eulert.
Piura.—M. E. de Lapeyrouse y C.ª

BOLIVIA.

La Paz.—D. José Herrero.
Cobija.—D. Joaquin Dorado.
Cochabamba.—D. A. Lopez.
Potosí.—D. Juan L. Zabala.
Oruro.—D. José Cárcamo.

ECUADOR.

Guayaquil.—D. Antonio Lamota.

CHILE.

Santiago.—Sres. Juste y compañía.
Valparaiso.—D. Nicasio Ezquerra.
Copiapó.—D. Cárlos Ferrari.
La Serena.—Sres. Alfonso, hermanos.
Huasco.—D. Juan E. Carneiro.
Concepcion.—D. José M. Serrate.

PLATA.

Buenos-Aires.—D. Federico Real y Prado.
Catamarca.—D. Mardoqueo Molina.
Córdoba.—D. Pedro Rivas.
Corrientes.—D. Emilio Vigil.
Paraná.—D. Cayetano Ripoll.
Rosario—D. Eudoro Carrasco.
Salta.—D. Sergio Garcia.
Santa Fe.—D. Remigio Perez.
Tucumau.—D. Dionisio Moyano.
Guaraychú.—D. Luis Vidal.
Paysandu.—D. Juan Larrey.
Tucuman.—D. Dionisio Moyano.

BRASIL.

Rio-Janeiro.—D. M. D. Villalba.
Rio grande del Sur.—N. J. Torres Crehnet.

PARAGUAY.

Asuncion.—D. Isidoro Recalde.

URUGUAY.

Montevideo.—D. Federico Real y Prado
Salto Oriental.—Sres. Canto y Morillo.

GUYANA INGLESA.

Demerara.—MM. Rose Duff y C.ª

TRINIDAD.

Trinidad.

ESTADOS-UNIDOS.

Nueva-York.—M. Eugenio Didier.
S. Francisco de California.—M. H. Payot.
Nueva Orleans.—M. Victor Hebert.

EXTRANJERO.

París.—Mad. C. Denné Schmit, rue Favart, núm. 2.
Lisboa.—Librería de Campos, rua nova de Almada, 68.
Lóndres.—Sres. Chidley y Cortazar, 71, Store Street.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los dias 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.

La correspondencia se dirigirá á D. Víctor Balaguer.

Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68 París, librería Española de M. C. d'Denne Schmit, rue Favart, núm. 2: Lóndres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.